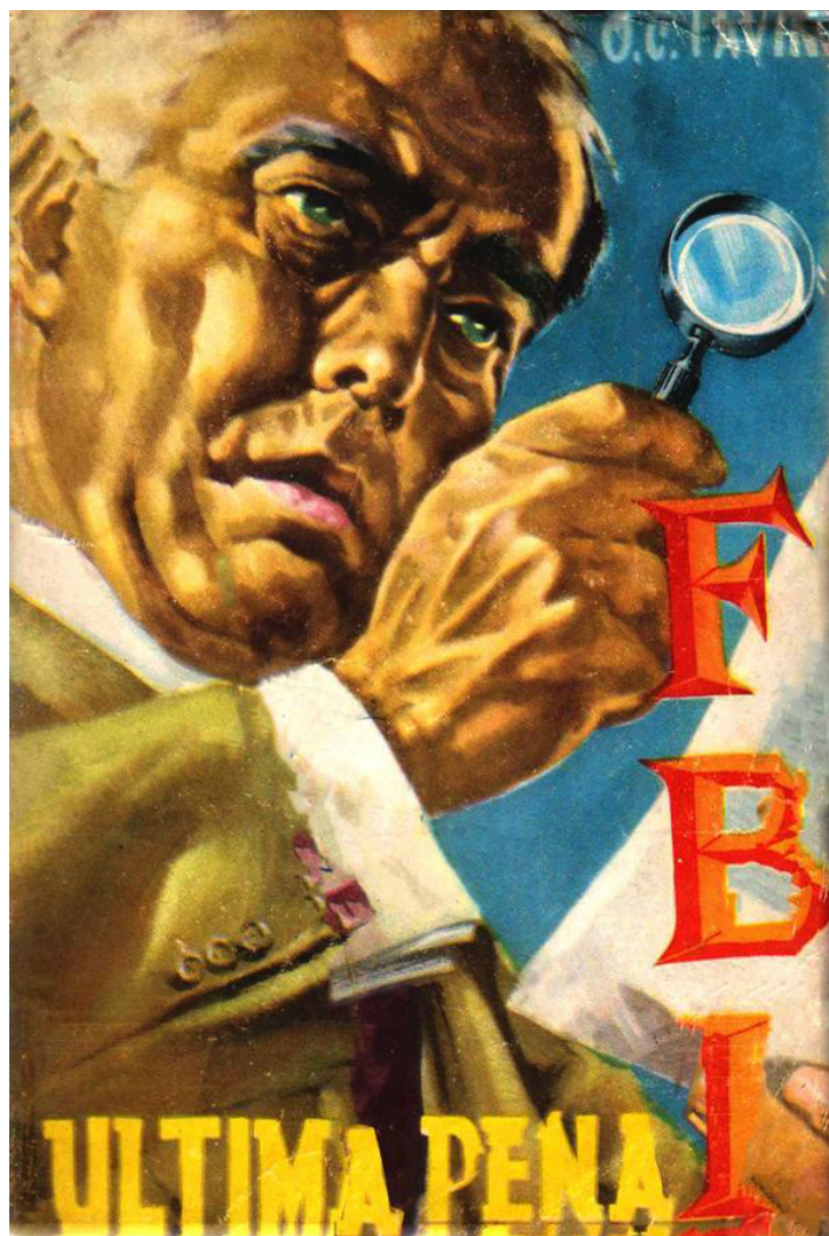




O. C. TAVIN

ULTIMA PENA



DERECHOS RESERVADOS
Copyright by EDITORIAL ROLLAN
Madrid, 1955
PRINTED IN SPAIN



SAN BERNARDO, 68 - MADRID

Impreso en Gráficas ROLLAN.—Madrid

COLECCION F. B. I.

OBRAS PUBLICADAS

1. ¡Culpable! (7.ª ed.) (1).
4. El Cobarde (3.ª ed.) (1).
8. La ruta de la locura (2.ª edición.) (3).
11. Shanghai (3.ª ed.) (1).
18. Tragedia en Berlín (2.ª edición.) (4).
19. Alta traición (2.ª ed.) (2).
20. Terror en la Academia de Quantico (2.ª ed.) (1).
21. El delator (6).
22. Armonías de muerte (3).
23. Destinos cruzados (1).
25. Una ciudad abierta (4).
27. La muerte alada (3).
28. Doctor X (1).
30. Trampas mortales (5).
166. Precinto «C» (3).
167. Un hombre (1).
168. Yo, el juez (4).
169. El capitán de su alma (5).
171. Fuego en la sangre (29).
172. ¡Ultimátum! (4).
173. El ángel de Harlem (5).
174. El quinto viajero (3).
175. Agente núm. 1 (4).
176. Rata acorralada (14).
177. A una carta (3).
178. Hay que saber morir (7).
179. Grita una mujer (5).
183. Morir no es fácil (3).
184. La silla espera (5).
185. Falsas apariencias (33).
186. Cien blancos en el infierno (31).
187. Ojos en la noche (4).
188. Problema resuelto (33).
189. El disco rojo (29).
190. Una pista en Ceylán (24).
191. La heredad de los Lawson (34).
192. La pista perdida (5).
193. Misión de guerra (15).
194. El crimen de las esmeraldas (35).
195. Muerte robada (29).
196. El agente fantasma (5).
197. Confesión (4).
198. La muerte de Lotse Bernard (34).
199. Zona de ocupación (17).
200. F. B. I. contra Crimen, S. A. (1).
201. 30.000 dólares (36).
202. ¡Ni un paso atrás! (5).
203. Viaje sin final (29).
204. Pistas truncadas (37).

205. Gran Hotel (38).
 206. La coartada falló (7).
 207. Lydia (3).
 208. El peso de la Ley (30).
 209. La única oportunidad (28).
 210. Aquelarre (4).
 211. La muerte ronda (33).
 212. Error fatal (39).
 213. Hacia el abismo (7).
 214. Ojos delatores (37).
 215. Reportero de sucesos (4).
 216. ¡Fugitivo! (40).
 217. Rehabilitación (33).
 218. El extraño agente (5).
 219. No escaparás de mí (8).
 220. La garra enguantada (4).
 221. Sombras en rojo (37).
 222. Aprendiz de policía (30).
 223. Torrente de pasiones (5).
 224. Lazos rotos. (33).
 225. Muerte en la carretera (4).
 226. Sangre de periodista (23).
 227. Hielo caliente (27).
 228. Dos vidas (3).
 229. Cara es la victoria (30).
 230. Uno contra todos (28).
 231. Servicio inacabado (21).
 232. Oscura traición (41).
 233. ¡Alto! (4).
 234. Sólo existe un dilema (9).
 235. Legión extranjera (30).
 236. Sindicato criminal (40).
 237. Requiem por Larry (4).
 238. El triunfo del bien (42).
 239. Entre la espada y la pared (28).
 240. Los sospechosos (4).
 241. La vida al azar (21).
 242. Los Balcanes en llamas (43).
 243. La ley y él (5).
 244. Puente de traidores (17).
 245. Extorsión (4).
 246. Espionaje (42).
 247. Noches de pesadilla (3).
 248. Sin rumbo (9).
 249. Un caso policiaco (4).
 250. La caza del hombre (44).
 251. En la brecha (17).
 252. Galería de condenados (4).
 253. Vidas truncadas (44).
 254. Los pies hacia fuera (21).
 255. Una pareja imposible (37).
 256. Fuego en las manos (21).

AUTORES

- | | | |
|---------------------|-----------------------|------------------------|
| (1) Al Manz. | (17) Alv Cortroa. | (33) Bill O'Creigh. |
| (2) Fred Baxter. | (18) Jack Grey. | (34) Don Lassister. |
| (3) Frank McFair. | (19) Edgar Ford. | (35) John Est. |
| (4) Eddie Thorny. | (20) Andre O'Sun. | (36) Edward Goodman. |
| (5) O. C. Tavin. | (21) Fel Marty. | (37) Angelo de Turtur. |
| (6) Alar Benet. | (22) Dana Yonell. | (38) Gary Belsan. |
| (7) A. G. Murphy. | (23) Al Gallard. | (39) Paul Coster. |
| (8) Lewis Haroc. | (24) Chester King. | (40) Herman Teligon. |
| (9) J. L. Martin. | (25) Josep Tell. | (41) Anthony Cuntler. |
| (10) Jack Brooklyn. | (26) Med Ryman. | (42) Anthony Benson. |
| (11) Thomas Settee. | (27) Lou Dark. | (43) Albert Lazor. |
| (12) John Nebot. | (28) Jan Hutton. | (44) Fred Williams. |
| (13) Thomas Wanton. | (29) Richard Jackson. | |
| (14) F. N. Graw. | (30) Jim Murray. | |
| (15) Robert Deaf. | (31) Sand Burt. | |
| (16) Alan Carson. | (32) Joe Greig. | |

I



ARADO en la acera, Ted no sabía qué hacer ante lo que estaba viendo.

Varios muchachuelos, a prudente distancia, rodeaban al hombre blanco y al muchacho negro, intérpretes de aquella brutal escena. Los muchachos eran negros, como también lo era el que estaba sufriendo, gritando de dolor, los bestiales golpes que le propinaba el hombre blanco, alto, fornido, de rostro enérgico, casi brutal. Y el caso es que el hombre golpeaba con el cañón de una pistola que empuñaba.

Ted se decidió a intervenir. Para él no había duda de que aquel individuo, por el hecho de tener pistola, debía de ser un agente de la Policía. Y eso era lo peliagudo del caso. Pero el pobre niño estaba sufriendo un castigo desproporcionado a su resistencia física, a su

edad, cualquiera que hubiera sido el delito cometido por él. Pasaban unas cosas tan extrañas en el Sur...

Dio unas cuantas zancadas, abriendo sus largas piernas poderosas, y se plantó ante el hombre. Le cogió, con mano férrea, del brazo agresor, reteniéndoselo. Los muchachos negros comenzaron a gritar, insultando al bárbaro, buscando piedras en la asfaltada calleja. En las casas colindantes las ventanas estaban ocupadas por gente de color, que ahora gritaba indignada.

—¡No lo pegue! —exclamó Ted con energía, encarándose con el hombre a quien creía un agente de Policía—. Lo va a matar si sigue así...

El agresor levantó la cabeza, pues estaba inclinado sobre el muchacho, que había sido derribado al suelo y permanecía boca abajo, tratando de ocultar su rostro con los brazos. Vestía un uniforme de «botones», azul con botones dorados, ahora lleno de polvo y suciedad.

—¿Quiere no meterse en lo que no le importa? —vociferó el hombre, sacudiendo su brazo para quitarse la mano opresora de encima—. ¡Siga su camino!

—¡No le pegue, le digo! ¡No le pegue más! —exclamó Ted, sacudiéndole con fuerza el brazo—. ¿Es agente de la Policía?

Los muchachos gritaban como energúmenos, azuza dos por las gentes de las ventanas, que chillaban y amenazaban con los puños.

El niño agredido trató de incorporarse, sollozando. Tenía la cabeza, de pelo corto, encrespado, mojado por la sangre, que le caía por la ancha frente; de su boca, igualmente, manaba la sangre.

—¡No le he hecho nada, y me pega! —gimió, agarrándose a una pierna de Ted, que le miró compasivamente—. ¡No he hecho nada! ¡Me tiene rabia, eso es!

El hombre se incorporó del todo lentamente, como preparándose para enzarzarse con Ted. Sonrió con aire de suficiencia, valentón, poniendo ambas manos, después de guardarse la pistola, sobre las caderas. Miró de arriba abajo a Ted y dijo, moviendo solamente un lado de la boca, con acento irónico, reprimiendo la rabia:

—¡Vaya! Amigo de estos salvajes, ¿no? Por su acento, yanqui, ¿verdad? Y amigo también de meterse en lo que no le va... ¡Quieto, maldito ratón negro! —Sujetó al niño, que quería escurrirse del pie del hombre, sujetándole contra el suelo—. Soy de la Policía —sacó

su carnet de un bolsillo y lo colocó ante los ojos de Ted, pegado al rostro—. ¡Entérese, idiota, y siga su camino!

—Ésa no es manera de detener a la gente, patrullero —repuso Ted con desprecio—. No se puede pegar en ningún caso, y eso lo sabe usted tan bien como yo. Vamos los tres al Precinto y allí hablaremos.

—¡Yo no he hecho nada! —exclamó el niño, que tenía quince años y poseía buena estatura, aunque era delgado, quizá excesivamente delgado, desgarrado—. ¡Me tiene rabia, eso es! ¡No he hecho nada para ir a la cárcel!

El agente de la Policía levantó de un brutal tirón al niño, que comenzó a chillar con más fuerza. Ted lo puso a su lado, quitándoselo al agente.

—Vamos al Precinto, agente —dijo, con voz contenida—. ¿No era eso lo que iba a hacer usted? Al chico no lo pega más, seguro.

—¡Cada vez que me ve me pega, y no he hecho nada! —exclamó el niño, amparándose tras el agente Ted, del

F. B. I.

—. Si me llevan al Precinto me mata, caballero. ¿No ve que soy negro?

—¡Es verdad! —gritaron los muchachos, que presenciaban la escena con gran curiosidad y coraje—. ¡Siempre anda buscando camorra con Hunt! ¡Tío bruto, tío bruto!... —corrieron, riendo, en busca de los vecinos portales.

El agente de la Policía lanzó una mirada asesina a Ted. Llovían sobre él los insultos de los vecinos asomados a las ventanas. Alguien, en español, le advirtió que un día iba a ser «balaceado». Otro, que lo «bañarían de plomo». Una vieja lata voló por los aires y cayó a los pies del agente, que sacó la pistola de nuevo en un rápido movimiento.

—Mire lo que ha hecho con su idiota intervención, yanqui —farfulló coléricamente el agente policíaco—. Vámonos. Queda usted detenido por desacato a un agente de la Ley, por agresión, por incitación a la rebelión de esa chusma...

—Está bien, agente —repuso tranquilamente Ted—. Anda, vamos, muchacho —y cogió de un brazo, cariñosamente, al niño, que comenzó de nuevo a chillar, alegando que en el Precinto 14 lo iban a matar a palizas por ser negro.

A paso rápido, los dos hombres y el niño se alejaron de aquella calleja. Los demás muchachos, desde lejos, silbaban agudamente al agente de la Policía.

El Precinto de la Policía estaba en Congress Avenue, en el Distrito Negro, habitado por negros en su mayoría. Ante la puerta del edificio, un caserón gris, muy antiguo, con un jardincillo delante, estaban aparcados varios coches oficiales de la Policía, motocicletas del Servicio Volante de la Brigada de Homicidios. Sentados delante de la puerta, varios agentes uniformados departían, fumando.

—Adelante, amiguito —dijo, sonriendo, el agente, que parecía haber recobrado la serenidad y la ironía sarcástica al llegar allí. Y empujó de mala manera a Ted y al muchacho hacia la escalinata de entrada al edificio—. Cuando salga de aquí va a pensar muchas cosas. Una de ellas, a no meterse en líos. Tú —agregó, dando un pescozón al muchacho, que sollozaba incontinentemente, poseído del pánico—, hijo mío, aprenderás también a no mentir ni difamar. Adelante.

Ted no pareció darse por aludido cuando el agente le empujó rudamente hacia adelante. Sonrió aviesamente, y, cogiendo al muchacho por el brazo, subieron la escalinata. Llegaron a una especie de «*hall*», donde en dos bancos había más agentes de uniforme, sentados.

—¿Está el teniente, Farlane? —inquirió el agente de paisano, dirigiéndose a uno de los uniformados.

—En su despacho —contestó el agente, haciendo un gesto hostil a Ted, quizá por su condición de hombre blanco.

Pasaron a una gran habitación, donde había varias mesas de despacho, ante las cuales estaban sentados varios hombres, escribiendo a máquina, hablando por teléfono o leyendo expedientes. Un par de hombres negros, en pie, azorados, contestaban a un interrogatorio que les hacía un agente de paisano, mientras escribía a máquina rápidamente.

—Jefferson, echa una miradita a estos dos tipos mientras hablo con el teniente —dijo el agente a un compañero sentado ante su mesa.

El aludido miró a Ted y al muchacho, sonrió y afirmó con un gesto.

—Bien, Gallier —repuso—. No tardes, que tengo que marcharme dentro de cinco minutos —repuso.

El agente Dan Gallier penetró en un despacho cuya puerta tenía, en su mitad superior, cristal esmerilado, en el que había la inscripción: «Jefe de Detectives. Brigada de Homicidios».

—Nos sentaremos, muchacho —dijo Ted en tono afable, y empujó al aterrado «botones» a un banco, donde tomaron asiento—. No tengas miedo, chico. Tú has de decir que te ha pegado. Solamente. Bueno, ya se ve eso. No te quites la sangre de la cara —murmuró al ver que el muchacho iba a restañar la sangre que le caía por la frente—. Que te vean así, como te ha puesto ese animal. ¿Cómo te llamas?

—Hunt Lebeau —repuso el niño quedamente, mirando con creciente terror a los agentes, que trabajaban en sus mesas sin hacer caso de ellos.

—Bueno, Hunt. Has de tener valor y sostener tus palabras. No te pegarán, te lo aseguro. ¿Estás empleado en alguna parte? ¿De qué es ese uniforme que llevas?

—Soy «botones» de un restaurante y club de noche, señor.

El agente Gallier salió del despacho. Miró sonriente a Ted y al muchacho. Hizo un gesto con la cabeza, abriendo la puerta de nuevo.

—Adelante, caballeros —dijo sarcásticamente—. Los dos.

Ted y Hunt entraron en un despacho bien amueblado. Un hombre de unos treinta y ocho años, vestido de paisano, estaba sentado ante la mesa llena legajos, sobre la que había también dos aparatos teléfonos y dictáfono.

—Éste es, teniente —dijo Gallier, señalando a Ted con un gesto.

El teniente, moreno, con el pelo negro y de rostro cetrino, de dura expresión, miró al joven agente del

F. B. I.

, dubitativamente, como si se resistiese a creer cuánto de él le había dicho su subordinado Gallier.

—Bien. Gallier, vaya tomando nota de lo que diga este amigo —sonrió con aire de burla, mostrando una dentadura fuerte y limpia—. ¿Su nombre?

—Ted Hickory —repuso el joven calmosamente.

—Yanqui, ¿no es eso? —inquirió el teniente al notar su

pronunciación.

—De Nueva York —contestó Ted, mirando fijamente a su interlocutor.

—¿Lleva mucho tiempo en Nueva Orleáns?

—Tres meses. Anteriormente he venido varias veces, pero por pocos días —repuso Ted, concisamente.

—Entonces usted no conoce nuestras costumbres, las del Sur, claro. Allá, por su tierra, hay otras, bastante ridículas. Una de ellas, la de creer que los «morenos» son gente tan respetable como los blancos. Y eso que en el Harlem tienen ustedes buenas manadas de ellos, que de cuando en cuando les han dado disgustos. Bueno, la cosa es que usted se ha propasado esta vez, tomando partido contra un agente de la Policía, de la Brigada de Homicidios, y a favor de ese mocoso. ¿Se da cuenta de la gravedad de su acción?

—Me doy cuenta de que la Ley es única para todos, así como los derechos y deberes que nos conciernen a los blancos y a las razas de color, teniente —repuso Ted calmadamente, erguido y gallardo, con su gran estatura y porte atlético—. No se puede pegar a un detenido, y mucho menos a un niño. El agente Gallier estaba pegando brutalmente con su pistola a este niño. Lo hacía de tal manera que parecía quisiera matarlo a golpes. Por eso intervine. Es una cobardía indigna de un representante de la Ley.

El agente Gallier se levantó de su silla, lívido de rabia, y avanzó hacia Ted para agredirle. Pero el teniente, con un gesto, lo contuvo.

—Déjelo de mi cuenta, Gallier —dijo el teniente, sonriendo cruelmente—. Este pollo no sabe dónde se ha metido ni lo que dice. Bien, bien, señor Hickory —miró a Ted con fingida benevolencia—; de manera que usted piensa que tratar como se merece a esa gentuza negra es una cobardía, poco menos que un crimen...

—Es un crimen, sin casi —afirmó Ted, que había visto con aire indiferente la agresividad del agente Gallier—. Y está prohibido a los agentes de la Ley hacerlo, está penado. No se puede maltratar a los detenidos.

—Digo... —murmuró en tono admirado el teniente—. Quizá es usted abogado. Tal vez un sacerdote o un elemento de alguna asociación que se encarga de sacar de sus casillas a los «morenos». ¿O un comunista, sembrando la discordia? ¿Qué es usted?

—Agente especial del

F. B. I.

, afecto a la División de Nueva Orleans —repuso Ted, mirando fijamente al agente Gallier, que puso cara de asombro y contrariedad. El agente del

F. B. I.

, mostró su insignia y carnet, que apenas si miraron los policías.

—¿Por qué no me dijo eso cuando se metió donde no le importaba? Porque todo esto no le importa, amigo. Sea del

F. B. I.

, o de la Casa Blanca, esto a usted no le importa —farfulló Gallier, enrojeciéndose de cólera.

—Me importa como hombre decente, humanitario. Por eso no le dije que soy una autoridad como usted. Estoy aquí como un particular para protestar por su brutal conducta —la voz de Ted se hizo bronca, elevando el tono, mientras a su vez palidecía de coraje y su mirada tenía un brillo peligroso.

—Oiga, amigo —terció el teniente Wingate, ordenando con un gesto a su subordinado que fuera al otro extremo de la mesa y se sentara—. Mire, yo no sé si usted tiene una sensibilidad de monja de la Caridad o no, pero aprenda de una vez que nadie mejor que nosotros, los sureños, sabemos cómo hay que tratar a esta chusma de color. Usted viene de lugares donde a los negros se les da una libertad y un trato que les ensoberbece...

—Perdone, pero todo eso lo tengo muy oído, teniente —cortó secamente el agente especial—. Ya sabe que en el Norte hay negros; en Harlem, como dijo usted antes. Allí los delincuentes de color lo son en menor porcentaje que en el Sur, pese a lo que usted dice que les damos excesiva libertad. Aparte de eso, los negros tienen un perfecto derecho, ¿sabe?, a ser tratados igual que los blancos. Hay una enmienda en la Constitución, la catorce, que así lo ordena...

Rieron los dos policías, mirándose con sorna. Ted apretó las mandíbulas, renunciando a seguir hablando de aquello. Hunt trataba de quitarse con un pañuelo la reseca sangre de la cabeza y la frente, mirando son asombro y gratitud al agente especial.

—No siga, agente Hickory —dijo el teniente cuando terminó de reír, cogiendo un cigarrillo del paquete que tenía sobre la mesa—. Creo que le hemos dado excesivas explicaciones sobre lo que es nuestra regla de conducta aquí, dictada por la experiencia. Estamos,

como quien dice, en nuestra casa, y hacemos en ella lo que conviene hacer.

—Esta casa, si se refiere usted con ello a este Estado, como los demás del Sur, es parte del edificio general, que es la Unión, donde hay reglas y leyes generales que todos tenemos que acatar y hacer cumplir, teniente. No me diga que son unos caciques y que estamos como hace dos siglos, cuando reinaba la esclavitud, y posteriormente. Ustedes saben perfectamente que lo que hacen es ilegal y les deshonra, como autoridades que son. —Ted se iba sulfurando, pese a su temperamento tranquilo, prudente y reflexivo.

—En definitiva, joven —dijo el agente Gallier, levantándose de la mesa y yendo a colocarse, las manos sobre las caderas, desafiante, ante Ted—. ¿Sabe usted por qué castigué a este pilluelo? Porque me vi obligado a ello, sépalo de una vez. Yo soy tan sensible como —rió con sorna, mirando al teniente— usted, joven; pero hay cosas que no se pueden dejar pasar, y menos de un golfo como éste —señaló al afligido Hunt, que denegó con la cabeza, atemorizado—. ¿Sabe por qué le pegué, precisamente delante de sus amigos, otros golfos como él?

—No encuentro motivos para que usted haya sacado su pistola y golpeado con ella brutalmente a esta criatura como si luchara con un «gángster» —replicó, despectivamente, Ted—. Por eso intervine agente. Si cometió algo penado por la Ley debió traerlo aquí sin pegarle bárbaramente. ¿Qué es lo que ha hecho Hunt?

—¡Faltarme al respeto! —aulló Gallier, rojo de ira, golpeando la mesa con los puños—. ¡Burlarse de mí con sus amiguitos! ¿No sabe que este chico lleva camino de convertirse en un asqueroso pandillero, en un «gángster»?

—¡Mentira! —gritó Hunt con todas sus fuerzas, reanudando el llanto—. ¡Yo no hago nada malo! ¡Que lo diga mi jefe, el señor Weers! ¡Yo trabajo como un hombre y nunca me he metido con usted! ¡La ha tomado conmigo, eso es todo! ¡Cada vez que me ve me insulta y me amenaza, y hasta me pega!

Gallier intentó echar la mano sobre el cuello del muchacho, pero Ted lo sujetó con fuerza, rechazándole fríamente.

—Teniente —dijo después, mirando despectivamente a Wingate—: ¿no tiene nada que decir a su subordinado? Esto es indigno. ¿No ve usted cómo ha maltratado al muchacho este hombre, que parece

un irresponsable?

—Está bien, Gallier —dijo hoscamente el teniente, haciendo volver a su sitio al sulfurado agente—. Deje todo esto de mi cuenta. El amigo Hickory no sabe nada de lo que sucede en estos parajes —rió forzosamente—. Agente Hickory, puede usted marcharse tranquilamente. Ya se ha desahogado a su gusto, ¿no? Ahora todo queda de mi mano. Aquí no somos como usted cree, se lo aseguro, pero las circunstancias...

—Vámonos, Hunt —repuso Ted, poniendo una mano sobre un hombro del muchacho.

—Oiga, el chico se queda aquí —saltó el teniente, dando una palmada sobre la mesa—. ¿No sabe que lo ha detenido el agente Gallier por meterse con él? ¿Es que encima le tenemos que comprar caramelos?

—Hunt ya está excesivamente castigado, teniente. Pero si desea que se quede, yo voy a traer un médico para que lo reconozca, y después, con el informe que haga, formularé una denuncia en regla contra el agente Gallier por trato brutal a un menor sin causa que lo justifique. —Ted se expresaba con perfecta tranquilidad, sabiendo el terreno que pisaba.

El teniente y su subordinado se miraron rápidamente. Gallier estaba muy pálido y lanzó una mirada llena de odio sobre Ted. Hunt, el muchacho negro, temblaba de pies a cabeza, pegado al agente especial y mirando con profundo terror a los policías.

—Usted se pone bravucón porque es del

F. B. I.

, ¿verdad? —bramó el teniente, mirando con rabia a Ted—. ¿Cree que le tenemos miedo acaso? —Se levantó del sillón giratorio, quizá para poner más de manifiesto su alta estatura, la robustez de su cuerpo y su aire de perdonavidas—. Quiere buscar un conflicto entre nosotros y el

F. B. I.

¡No lo conseguirá! —Se volvió hacia Ted, que sonreía afablemente, apretando a Hunt contra él—. ¡Todo esto no merece la pena, condenación! ¿Cree usted, Gallier, que vamos a caer en la trampa que nos tiende este

«G-Man

» por un motivo estúpido?

—Claro que no, jefe. Por mi parte, asunto zanjado. Que vea este pollo que somos tan decentes como él —farfulló el agente, sin dejar de mirar a Ted con inmenso rencor—. ¡Lléveselo y métalo en un fanal!

—Sí, dejamos en libertad a ese granujilla —murmuró casi con afabilidad el teniente—. Pero, Hunt —le apuntó con el índice de su mano diestra—, es la única oportunidad que te damos. No creas que te suelto por miedo al

F. B. I.

, ni a este amigo. ¡Te doy una oportunidad para que te portes decentemente cuando veas al agente Gallier! ¡Andando, agente Hickory! Olvide el asunto como lo olvidamos nosotros.

—Está bien, teniente. Quiero decirle que en adelante Hunt se comportará bien, pero que si se le maltrata o persigue sin motivo, tendrá quien le ampare legalmente —respondió con frialdad Ted—. Vamos, Hunt. Saluda a estos caballeros sin rencor.

—Buenos días —murmuró sordamente el negrito—. Quiero decir, por mi parte, que nunca me he metido con el agente Gallier. Si no lo digo así, usted me creará culpable, señor agente Hickory, y no es cierto.

Ted empujó al muchacho, que con sus palabras amenazaba con echar a perder todo lo conseguido por el temor de los policías a verse envueltos en un lío con sus superiores por la denuncia de Ted.

Salieron del Precinto. Ted tenía fija en la imaginación la terrible mirada, venenosa, cargada de odio, de Gallier, cuando pasaron ante él. Se había creado un enemigo, sin duda alguna, y lo lamentaba, aunque no lo temía.

—¿Adónde vas ahora, Hunt? —preguntó al muchacho, cuyo rostro oscuro, delgado, revelaba ahora gran alivio—. ¿Cuándo vas a tu trabajo?

—Tengo día libre, señor agente. Bueno, quiero decirle que me ha librado usted de buena, y que no lo olvidaré. El agente, ese burro...

—Cuidado, Hunt. Más respeto por un representante de la Ley —advirtió severamente Ted, mientras trataba de ocultar una sonrisa de regocijo.

—Mire, señor agente Hickory, ese hombre no quería detenerme antes, pero lo que sí quería era pegarme, cuando usted acudió a

ampararme. Lo ha hecho dos veces más. Cada vez que me ve me llama, me insulta, me amenaza y luego me pega. Dice que no viviré mucho si no me callo. Y es capaz de matarme.

—¿Cómo dices, Hunt? —preguntó, intrigado, Ted. Caminaban a paso lento por la calle—. Espera. ¿Has desayunado? ¿Tienes hambre?

—Como tener hambre... —murmuró el muchacho, cohibida—. Siempre se tiene, ¿sabe? Uno gana poco, y mis padres y hermanos...

—Entremos allí, en ese bar. Aunque yo desayuné, el paseo me ha abierto el apetito. Unas salchichas entre pan y mantequilla, y una taza de café, ¿eh? —dijo el agente, cariñosamente, cogiendo de un brazo al muchacho—. Pero antes hay que curarle esas heridas. ¿Te duelen mucho?

—Un poco, señor Hickory. Mire, ahí, en aquella esquina, hay una clínica de urgencia, gratuita. El practicante es amigo mío, de mis padres. Me curará.

El practicante, un negro, porque el establecimiento era para negros, examinó la cabeza de Hunt y se puso a curarlo.

—¿Te has pegado con alguien, Hunt? —preguntó en tono regañón—. ¿Vas a dejar de ser un hombre decente?

—¿Es un muchacho formal, amigo? —preguntó Ted al practicante.

—De no serlo no sería amigo mío, señor. Lo es, como sus padres. ¿Usted es de los que creen que por ser de color somos malos? —el negro miró con animosidad a Ted.

—Señor Wallis: el señor es del

F. B. I.

, y también amigo mío. Háblele con respeto, por favor. Además, es de Nueva York y amigo nuestro, de los negros.

—¡Oh, señor agente federal! —exclamó el practicante, tendiendo su mano a Ted—. No le será muy agradable esto, con sus ideas de considerarnos hermanos, como hijos todos de Dios. Aquí, en este Sur desgraciado, el hombre blanco es el semidiós, el que puede disponer a su antojo de los no blancos. En fin, si quiere un consejo, pida el traslado a otro Estado donde sean más comprensivos con ciertas ideas raciales.

—Espero que todo se arregle bien para mí —contestó, sonriendo, Ted—. Aunque por lo que veo, va a ser difícil acomodarme a estas

costumbres o el que ellos entren en razón cuando conscientemente no lo quieren ser. ¿Estás mejor, Hunt?

—Sí, señor agente —repuso el muchacho alegremente—. Me duele, pero pensando que ese perro, digo..., bueno, el agente Gallier, se ha quedado con las ganas de pegarme más, no siento el dolor. ¿Vamos a eso que decía usted antes?

—Vamos. Bueno, amigo —se despidió Ted del practicante—, gracias por su ayuda. Me convendría que usted registrara en sus libros oficiales de curas que lo ha hecho a Hunt en el día de hoy, especificando las lesiones, su importancia, y la declaración de mi amiguito de que han sido hechas con una pistola manejada por el agente Gallier.

—Lo haré, descuide. El agente Gallier —frunció el ceño el practicante— es posible que algún día venga aquí, pero será cuando ya no tenga remedio, es decir, cuando esté muerto. Es un verdugo para nosotros.

Ted y Hunt entraron en un bar cercano. El agente especial pidió dos «perros calientes» y café con crema. Hunt devoró con apenas fingido comedimiento los dos bocadillos con salchichas, ya que Ted no tenía apetito y tomó solamente la taza de café para animar a su amiguito negro.

—Bien, Hunt —dijo el agente especial cuando terminaron el refrigerio y él encendió un cigarrillo—. Antes me hablaste de que Gallier te amenazó con que si hablabas no ibas a vivir mucho, ¿no es eso?

—Bien, señor Hickory. —Hunt estaba nervioso, inquieto, como con temor—, lo que dije antes, pues..., fue por decir. Quise decir que él no quiere que le conteste cuando me insulta y me amenaza. Nada más que eso, puede creerme.

¡PROEZAS! ¡PROEZAS! ¡PROEZAS!

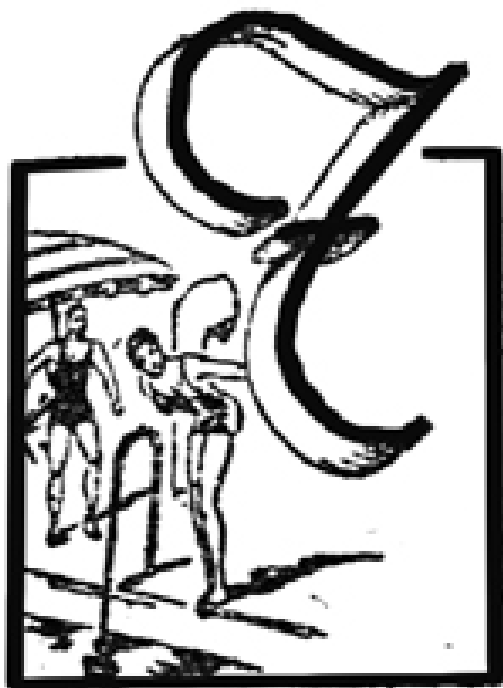
Es el título de la nueva colección de aventuras modernas, en ambientes exóticos, realizadas por hombres audaces y mujeres apasionadas.

Argumentos tensos y dramáticos, presentación exquisita, al bajo precio de CINCO pesetas.

JOVENES, MUJERES Y HOMBRES leerán

P R O E Z A S

II



ED contempló al muchacho largamente, estudiando sus facciones oscuras, la evidente inquietud que mostraba, su huidiza mirada. Puso una mano sobre un hombro del niño y le obligó a que le mirara.

—¿Solamente por eso te amenazó con matarte, Hunt? ¿Es cierto? Mira, yo estoy muy acostumbrado, por mi oficio, a saber cuándo se me quiere engañar o me hablan sinceramente. ¿Por qué te ha amenazado de muerte Gallier?

—Ya se lo he dicho, señor Hickory. Le da rabia que no me pueda pescar en algo malo para llevarme a un correccional de menores. Se pone furioso porque le digo que no hago nada malo y que por eso no me puede encerrar. Esto es todo, señor agente. —Hunt se

mostraba más y más nervioso, y llegó hasta mirar con inquietud a la puerta de entrada al bar.

—Es posible que sea eso que dices, Hunt; pero creo que ocultas algo. Yo diría que Gallier te tiene miedo por algo; que sepas cierta cosa de él y teme que lo digas. ¿Qué es, Hunt?

—Nada de eso, señor Hickory —protestó el muchacho con energía, a punto de romper a llorar—. Me parece que es hora de que me marche —se levantó rápidamente, sin mirar a Ted, que estaba asombrado por el estado de nerviosismo del muchacho—. Le doy las gracias por todo, señor agente. Me marchó. Gracias por todo...

Se escurrió con la agilidad de un mono tras la mesita y se alejó corriendo, saliendo a la calle. Ted movió el cabeza, contrariado. No era nada fácil entender la psicología de los negros, al menos para él. Y mucho menos a un pobre muchacho poseído de un pavor cervical hacia una mala bestia de hombre que lo tenía aterrorizado. Dios sabía por qué. Porque eso sí lo pudo ver claramente: Hunt no quería decir lo que sabía respecto a Gallier porque lo había amenazado con matarlo. Esto quería decir que el agente de Policía temía también a Hunt y trataba de tenerlo constantemente amedrentado, callado, bajo pena de muerte. No se explicaba, si no, por qué aquél le pegaba al muchacho por razones tan fútiles, tales como que le faltaba al respeto.

Pidió otra taza de café, que le excitaba la mente, y reflexionó largamente sobre aquel misterio de la conducta de Hunt y Gallier. Tenía un espíritu analítico y gustaba de pasar largos ratos estudiando minuciosamente cuántos casos de delitos se presentaban al

F. B. I.

, y en los que él intervenía. No tenía sino treinta y tres años, y llevaba como agente especial tres. Era abogado y había ejercido, antes de entrar en el

F. B. I.

, dos años como ayudante de un afamado letrado especializado en la defensa de delincuentes, especialmente criminales. Todo ello, unido a una clara inteligencia, minuciosa, aplicada a la investigación, le había facilitado grandemente su ingreso en Quántico y el sobresalir entre los aspirantes a agente especial.

Pero ahora aquel chiquillo aterrado le había dejado bastante confuso, al par que intranquilo. Recordaba la rencorosa mirada del agente Gallier cuando salieron él y Hunt del Precinto policiaco. Mal enemigo debía de ser aquel hombre del Sur, apoyado por la Ley, de quién se burlaba interpretándola a su capricho en lo concerniente al trato con los negros.

Mientras se levantaba de la silla, después de pagar al camarero, pensó que Hunt podría tal vez estar más tranquilo, ya que Gallier estaba advertido de que el muchacho tenía un protector: él. Cabía suponer que también el teniente advertiría a su subordinado de que no era aconsejable seguir persiguiendo a Hunt por más tiempo. Wingate había asimilado bien la amenaza que le dirigiera de que sería denunciado Gallier si reincidía en su brutalidad con las gentes de color, y especialmente con Hunt. El

F. B. I.

, pesaba mucho, y esto no podía ignorarlo el teniente, pese a su aparente desprecio por el organismo federal.

Tuvo un instante, ya en la calle, de perplejidad entre buscar al muchacho y hacerle declarar lo que indudablemente sabía de Gallier, o dejar las cosas tal como estaban. ¿Y si realmente Hunt había dicho la verdad y solamente se trataba de que Gallier quería domesticarlo a fuerza de golpes, por creer que se burlaba de él, o no le tenía miedo el muchacho? Gallier podía ser un extraño tipo de esos que pretenden ser respetados por temidos, y para eso empleaban una brutalidad constante.

Era casi la una ya, según vio en su reloj de pulsera. Mientras iba hasta el Vieux Carré, el distrito céntrico donde estaba el hotel donde se alojaba, pasaría casi una hora. Por lo tanto, no tenía tiempo de buscar en aquel dédalo de callejas del Distrito Negro a Hunt. Lo dejaría tal como estaba, aunque otro día volvería por allí para saber de su nuevo amigo.

Caminando a paso moderado, bajo un sol radiante, en aquel comienzo de primavera, iba pensando, sin poder evitarlo, en aquella criatura indefensa, cuya extraña conducta le asombrara cuando le preguntó qué había en realidad entre el brutal agente Gallier y él. Porque algo había, sin duda alguna.

Penetró en el Vieux Carré, olvidando al negrito. Encontraba un singular placer en recorrer aquel distrito de la ciudad donde él

residía. Todo el gran tráfico de la ciudad parecía quedar como refrenado, aquietado, en algunos de los rincones de aquella porción antigua, con sus calles estrechas, solitarias, en las que se levantaban edificios que solamente pudo haber visto en Nueva York en Greenwich Village, pero éstos, los del Vieux Carré, más hermosos, más rancios de abolengo, con sus magníficas verjas de hierro labrado, sus grandes balcones con macetas de flotes por doquier, la hiedra colgando. El Vieux Carré invitaba a la quietud, al silencio.

Se sentó en un banco de la plaza de la Catedral, contemplando el monumento, del cual salían y entraban algunos fieles con aire recogido, místico. Doblaron las campanas, y un monaguillo, blanco y rojo, fue empujando lentamente las dos hojas de la gran puerta, disponiéndose a cerrarlo.

Era ya la hora de ir a comer al hotel y siguió su camino, hasta llegar al gran edificio donde se alojaba, construido recientemente, pero respetando el estilo francés preponderante en aquellos contornos.

Y durante dos días, Ted no pudo volver al Distrito Negro para ver a Hunt, como se había propuesto. Estuvo muy ocupado con nuevos asuntos surgidos en la División del F. B. I.

, que le obligaron a una movilidad constante, poniendo en ellos toda su atención.

Al tercer día, encontrándose en el despacho destinado a los agentes especiales, en el Federal Building, uno de sus camaradas, entrando en la amplia habitación, se dirigió a Ted.

—En el «*hall*» está una deliciosa muchachita que pregunta por ti —dijo mirando, mientras sonreía con malicia, a Ted—. Has sabido elegir bien, ¿eh?

—¿Una muchacha...? —murmuró el agente especial, algo asombrado—. ¿Pregunta por mí? No sé...

—No la hagas esperar. Pero si prefieres que me entienda yo con ella... —contestó, irónicamente, el camarada de Ted—. Sí, me ha preguntado por ti. Te conoce. Se llama Ruby Huber, y debe ser mixta de francés e inglés. Algo delicioso.

Ted se levantó, confuso. No le decía nada el nombre de aquella joven que preguntaba por él. Todavía no había hecho amistades en Nueva Orleans entre el elemento femenino, aunque ya pudo notar

que los sureños eran comunicativos, simpáticos, desprovistos en su mayoría de todo prejuicio para hacer amistades, aun sin previa presentación.

—Oye —dijo el camarada de Ted, cuando éste iba a salir—: di a tu amiguita que yo acostumbro a salir contigo y que puede llevar otra nena como ella para hacer pareja conmigo.

Sonrió el agente especial. Lo primero que debía de averiguar era quién preguntaba por él.

En el «*hall*», una joven estaba sentada en un sillón, muy discreta, las manos sobre un bolso, mirando indiferentemente a su alrededor. Pero Ted conjeturó que aquel lindo rostro moreno, mucho más bello de lo que su camarada había indicado, y no era poco, se mostraba como agitado, aunque trataba de ocultarlo. Tenía grandes y rasgados ojos negros, de largas pestañas, su nariz perfecta y labios rojos, gordezuelos. Efectivamente, parecía poseer rasgos latinos, quizá franceses, como denotaba su apellido.

Ted, algo cohibido, se inclinó levemente ante la joven. Ella entonces se levantó, también un poco azorada. Tenía una estatura media y cuerpo proporcionado, esbelto, ágil. Vestía un ligero traje sastre, color crema, con blusa de «nylon» blanca.

—Soy Ted Hickory, señorita —dijo el agente especial, invitándola a sentarse y arrimando después otro sillón—. ¿Preguntaba por mí?

—Sí, señor Hickory —repuso la joven, con voz suave, pero un poco entrecortada. Ted se afirmó en su idea de que aquella linda mujercita estaba bajo los efectos de una fuerte emoción—. Me llamo Ruby Huber, aunque eso no le dirá absolutamente nada. Soy profesora y tengo una escuela en el Distrito Negro. Usted conoce a un muchachito negro llamado Hunt Lebeau, ¿verdad?

—¡Hunt! —sonrió Ted, afirmando con un gesto—. Sí, señorita. Le conocí en circunstancias un poco anormales. Me fue simpático, y esa simpatía fue provocada indudablemente porque el pobre estaba siendo víctima de una injusticia. Mañana pensaba ir a verlo, precisamente.

Ruby bajó un poco la cabeza, como queriendo ocultar unas lágrimas que de repente habían brotado de sus grandes y oscuros ojos. Sacó lentamente un pequeño pañuelo del bolso y se limpió mientras decía con voz contristada:

—Le han asesinado, señor Hickory.

Ted abrió mucho los ojos, atónito. Buscó con febril prisa el paquete de cigarrillos, hurgando en los bolsillos de la americana. Lo encontró y encendió el tabaco con ansiedad.

—¿Asesinado? —preguntó con entonación perpleja, observando minuciosamente el rostro de la joven, que hizo un gesto de asentimiento—. Dios mío... Pero ¿cómo ha sido, señorita Huber? El caso es que ahora... Debí haberme ocupado más de él, lo reconozco —arrugó el ceño, y su mandíbula inferior, fuerte, acusó en sus movimientos la honda agitación y como una ciega rabia, encajándose con fuerza contra la superior—. Cuente, señorita, por favor...

—Hunt, el pobrecito, ha sido alumno mío desde los seis años —comenzó la joven, suspirando de vez en vez, llenos de lágrimas los ojos—. Un niño dócil, inteligente; quizá demasiado inteligente, porque se daba cuenta de que pertenecía a una raza «inferior» y por ello le tocaba, como a todos los negros, sobre todo aquí, en el Sur, ser en cierto modo una víctima de antiguos y hondos prejuicios. Yo le quería mucho, señor Hickory, por ser así de comprensivo, por su humildad y bondad de corazón. Creo que él también me quería...

—Abrevie, señorita Huber —dijo Ted, que se mostraba impaciente, reflejado en su delgado rostro, musculoso, una dureza extraña, como un furor apenas contenido—. ¿Cuándo le han matado? ¿Se sabe quién ha sido? ¿Por qué?

—Hay mucho misterio en todo esto, señor Hickory. Yo me he enterado esta mañana, hace un par de horas, porque sus padres fueron a la escuela a decirme que lo habían encontrado unos hombres, unos descargadores del muelle dieciséis, por Barracks Wharf, dentro de una barca, muerto...

—¿A balazos, apuñalado? ¿Cómo? —inquirió Ted, secamente—. ¡Por Dios, cuánto canalla hay en este mundo!

—Con la cabeza destrozada a golpes. Le golpearon con una barra, un gancho, un remo... No se sabe todavía. Está en la Morgue. Yo sabía que usted era amigo suyo porque el pobre niño me lo dijo anteayer, cuando fue a mi escuela a verme. Me contó lo que le ocurrió con el agente Gallier y lo que usted hizo por él. Y he venido a decírselo, porque como pertenece al

F. B. I.

—Claro —murmuró sordamente Ted, levantándose, contemplando fijamente el cigarrillo que fumaba—. Parece mentira... —Apretó los puños con rabia—. Debí tomar la cosa más en serio, más previsoramente. Debí denunciar al Cuartel General de la Policía lo que ocurre en ese Precinto.

—No sé si habría encontrado el apoyo necesario, señor Hickory. No puedo afirmar categóricamente que todos los policías de aquí sean como Gallier, pero sí puedo decirle que hay como una especie de normas de conducta entre ellos que les hace mostrarse excesivamente rigurosos con los negros. Toman muy a pecho cualquier exceso cometida por ellos. Predomina, desde siempre, la segregación de razas, el considerar a los negros como seres inferiores. Usted ya sabe lo que eso significa en estos días, cuando las gentes de color conocen perfectamente cuáles son sus derechos...

—Ya lo sé, ya lo sé —afirmó Ted, encogiéndose de hombros con displicencia—. Aquí no estamos en el Norte, desgraciadamente. Dígame: ¿qué hace la Policía ahora? Por supuesto, intervendrá el teniente Wingate y el agente Gallier...

—Desde el primer momento. Hunt no fue anoche a su casa. Está empicado en el restaurante y club nocturno Magnolia, y el pobre salía muchas noches tarde, después de las doce, de su trabajo. Era cuando podía ganar más propinas, ¿sabe? Pero era un niño, y allí estaba, a mi juicio, mal, por los malos ejemplos que tenía que ver. Sus padres, cuando eran más de las doce, y posteriormente, se inquietaron. Tardaba demasiado. Telefonaron al club preguntando por el muchacho. Les dijeron que se había marchado hacia las once. Pierre, el padre...

—¿Conoce Pierre lo que le ocurrió a Hunt con el agente Gallier? —interrumpió Ted.

—Sí. Pero Hunt era muy reservado, muy discreto. Yo tenía el presentimiento de que algo extraño, muy serio, había entre Gallier y él. Le tenía un terror inmenso. Hunt no quiso nunca decirme por qué. Sus padres tampoco sabían por qué Gallier lo perseguía sin motivo alguno, le maltrataba. Llegaron a pensar que su hijo había cometido algo grave, y por eso Gallier le trataba así. Pero creo que de ser eso le hubieran metido en un correccional, en vez de aterrarlo con aquella persecución brutal, intimidándole.

—Eso mismo conjeturé yo, señorita Huber. Hunt guardaba algo por miedo. Sabía no sé qué de Gallier, y éste le tenía tanto miedo como Hunt a él. Lo peor es que el pobre se ha llevado el secreto consigo.

—Es horrible que eso se haga con un niño, señor Hickory —la joven contuvo un sollozo—. Con un pobre niño negro, que se ganaba el pan tan trabajosamente, que pasaba hambre, porque la cena que le daban en el restaurante la guardaba para sus padres y sus hermanos, y él apenas lo probaba. Era un hombre..., sin dejar de ser un niño. Digo, señor Hickory, que usted podrá hacer algo por él, porque sea castigado el que lo asesinó. No estoy segura de que la Policía lo haga, y Dios me perdone por pensar mal de ellos. Aquí, cuando un negro muere violentamente, pronto terminan las investigaciones por saber quién lo mató y por qué. «Reyerta entre negros», suele ser el veredicto, y después de algunos trámites, que son cortos, el asunto se va abandonando, y queda el hecho postergado. Si un negro mata, o hiere, o roba a un blanco, aparecen cien culpables al momento. El tercer grado se aplica, y alguien, un inocente tal vez, paga lo que otro hizo.

—Lamentable —murmuró Ted—. Bien, señorita Huber, yo debo decirle que el

F. B. I.

, no es la Policía. Tenemos bien delimitadas nuestras funciones, en los casos en que tenemos que intervenir. Haría falta saber por qué fue asesinado Hunt, y entonces ver si ese motivo entra en nuestras atribuciones. Inmiscuirnos en casos en que la Policía es la indicada para intervenir es como meternos en un avispero. Aquí, por lo que veo, la delimitación de funciones es mayor todavía, sobre todo si se trata de un caso con los negros. Mi jefe, cuando yo vine a esta División, me lo advirtió muy seriamente; nada de cruzarse en el camino de la Policía en su trato con los negros.

—Bien, señor Hickory —la joven se levantó del sillón con un marcado aire de dignidad herida—. Yo creía que... En fin, Dios haga que esta vez la Policía haga la debida justicia, y entregue a los tribunales al autor de ese abominable crimen. ¡Pobrecito Hunt! No todos sus amigos rehuirán el deber de descubrir al culpable. Yo soy de aquí, ¿sabe?, pero amo a los negros tanto como a los de mi raza. Para Dios todos somos hermanos, y así hemos de tratarnos. Señor

Hickory...

—Un momento, señorita Huber. —Ted la detuvo con un gesto—. No se lleve de mí tan mala impresión, por favor. La expuse mi situación como agente del

F. B. I.

Creo que oficialmente no podemos intervenir hasta conocer esos datos de que hablé antes. Nos los tiene que comunicar la Policía. Pero yo soy abogado, y me parece que, si los padres de Hunt me autorizan, puedo indagar y llegar a alguna conclusión que permita hacer una acusación. Voy ahora a hablar con mi jefe. ¿Dónde vive usted? ¿Y los padres de Hunt?

—Gracias, señor Hickory —la joven sonrió, levemente—. No quiero hacerme ilusiones sobre lo que se pueda lograr, investigando particularmente; pero, al menos, Hunt no quedará como un perro tirado al río, sin saber quién lo mató, y debe pagar su culpa. No dormiría tranquila sin tener la seguridad de que he hecho lo posible por él, porque su memoria no sea ahora deshonrada, calificándole de aprendiz de «gángster», como un día me dijo el agente Gallier era Hunt. ¡Le conocía yo mejor que nadie, que sus mismos padres, para saber que era un bendito niño!

Ted tomó nota de las direcciones de la muchacha y de los padres de Hunt.

—Ahora márchese, señorita Hunt —dijo después—. Voy a hablar con mi jefe de este asunto. Temo que no podré intervenir no siendo como abogado, es decir, casi como un particular. La Policía, se resistirá a mi intromisión, pero haré por llevar a la horca a quien asesinó a mi amiguito. Esta tarde irá a visitarlos, hacia las seis.

—Gracias, señor Hickory —ella le tendió la mano. En su rostro había ahora una franca satisfacción, que revelaba el afecto que sentía por el muchacho negro asesinado. Ted la acompañó hasta la salida del edificio, y ella subió a su coche, un «Ford» descapotable amarillo—. Lamento sinceramente que este terrible suceso haya sido el motivo para conocernos. Cuente conmigo, señor Hickory, para ayudarle. Tengo muchos amigos entre los negros del distrito, y vamos a trabajar sin descanso.

El agente especial fue después al despacho de su jefe, el inspector John Cameron, pidiéndole unos minutos de atención para ponerle en antecedentes de aquel suceso.

El inspector Cameron era de Massachusetts, del mismo Boston; hombre muy serio, severo y fiel cumplidor de sus deberes y de que los cumplieran sus subalternos. De rígida moralidad, chocaba con su sensibilidad la vida de los habitantes del Sur, y, sobre todo, aquellos prejuicios acerca de la segregación de razas que observaban. De mediana estatura, fornido, su rostro era una permanente expresión de su seriedad y rectitud. Pocas veces sonreía, y sus ojos azules eran escrutadores, de franca y leal mirada.

Escuchó atentamente a Ted sin interrumpirle, entregado por entero a aquel relato, de cuando en cuando asintiendo con un gesto. Cuando el agente especial hubo terminado, cogió el paquete de cigarrillos de sobre la mesa, y se lo tendió al joven, cogiendo después él con gesto preocupado un cigarrillo.

—Todo esto, en el Norte, amigo Hickory —dijo, arrellanándose bien en su sillón y aspirando el humo del cigarrillo profundamente —, levantaría una tempestad de proporciones incalculables, sobre todo en la Prensa. Aquí es otra cosa. Se hablará muy poco de ese crimen y durante muy corto espacio de tiempo. La Policía saldrá diciendo que Hunt se peleó con otro muchacho, o quizá trató de piropear a una muchacha blanca, pese a ser un niño. Aquí, en el Sur, basta que una mujer diga que un negro ha hecho eso para que el populacho blanco, y quien no es el populacho, quiera lincharlo.

—Voy aprendiendo que todo eso es desgraciadamente cierto —afirmó Ted, con un tono de pesimismo en la voz—. Pero hay algo que parece marcarnos una ruta hacia el culpable de ese crimen...

—Eso es precisamente lo más grave del caso, Hickory —repuso el inspector, arrugando el ceño. Tenía unos cuarenta y cinco años, pero parecía mayor de esa edad, debido a su aire siempre preocupado, severo, muy adentrado en sus reflexiones—. Lo dice por el agente Gallier, ¿verdad? Figúrese lo que él puede hacer, enquistado en la Policía, para esquivar toda sospecha y cualquier intento de descubrirlo, si es que ha sido él el autor directo o indirecto de ese asesinato. Nosotros, el

F. B. I.

, no podemos intervenir hasta no saber quién hizo semejante salvajada y por qué.

—Le sugerí, jefe, el intervenir yo como abogado por cuenta de los padres de Hunt —insinuó Ted—. Ello me daría un carácter

semioficial...

—No sea excesivamente optimista pensando que va a encontrar por parte de la Policía ayuda. Sabemos por propia experiencia que les molesta mucho toda injerencia extraña, y debe calcular lo que se va a encontrar cuando vaya al Precinto catorce, y se ponga frente al teniente Wingate y el agente Gallier solicitando datos, interrogando y metiéndose en sus asuntos, todo por la muerte de un chico negro. Pero, por mi parte, Hickory, y siempre que por ahora no meta al F. B. I.

en el lío, está autorizado para tomarse un permiso de una semana para «asuntos particulares».

—Gracias, jefe —contestó Ted, con satisfacción—. Tal vez en ese plazo de tiempo consiga entregar al asesino a los tribunales.

—Me alegraré de que sea así. Le recuerdo y advierto que no debe de obrar en nombre del F. B. I.

mientras no vea que el asunto es de nuestra jurisdicción. Procure no caer en un fallo por el cual la Policía lo enrede en sus mallas. Será considerado como amigo de los negros, y eso, aquí, es tan funesto como que le acusen de traidor a la patria.



EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

Publica:

F. B. I. - PROEZAS - NEVADA

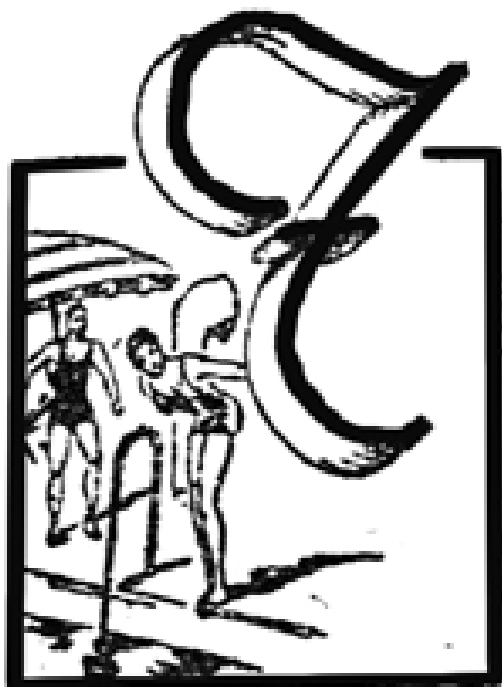
NOVELISTAS DE HOY - JEQUE BLANCO

EXTRAORDINARIA DEL OESTE - LOTO

AVENTURAS DEL F. B. I.

¡COLECCIONES POPULARES PARA TODOS!

III



ED, al entrar en casa de los Lebeau, padres de Hunt, halló lo que esperaba encontrar. Miseria por todas partes, estómagos vacíos, rostros amarillentos, que es la expresión de la anemia en el negro, y desesperación, casi sofocada por el miedo.

Pierre Lebeau y su esposa Deborah eran ya viejos. Las penalidades les hacían parecerlo mucho más. Pierre era oriundo de Haití, como Deborah, y siempre pensaban en la isla querida, a la que abandonaron, por cierto, pensando en que mejor les iría en la fabulosa Louisiana, donde ya el negro, según les dijeron, libre de la esclavitud, tenía muchas y variadas formas de medrar, de pasar bien la vida. Engaño que comprobaron al poco tiempo de residir en

Nueva Orleans.

Ted perdió muchos de sus ánimos al comenzar a interrogar a Pierre y su esposa. Si grande era su dolor por la muerte del hijo que aportaba la mayor suma de dinero al hogar, mayor era su medrosidad a la Policía. El teniente Wingate y el agente Gallier ya habían estado allí, «haciendo diligencias», y fue como si hubiese pasado un soplo helado de terror que les dejase enmudecidos, acurrucados en un rincón, incapaces de toda reacción posterior.

—Dicen que mi hijo era un granuja, señor —dijo Pierre, temblorosa la voz—, y que su final estaba previsto.

—Yo no se lo discutí —terció Deborah, conteniendo los sollozos —; pero si una madre no sabe cómo es su hijo, ¿quién lo va a saber? Nuestro Hunt ganaba unos dólares a la semana, y nos los entregaba sin faltar un centavo. Además, señor, era un niño... Un pobrecito niño sin idea maliciosa. Pregunte al padre Vaillant, un digno sacerdote de nuestra raza...

—Por eso, por ser de nuestra raza no le harán caso alguno —murmuró Pierre, moviendo la nevada cabeza crespa con dolor—. Por eso, y por otras cosas...

—¿Qué otras cosas? —inquirió Ted, que procuraba ahincadamente obtener algún dato que le sirviera para investigar en aquel turbio asunto.

—Yo no sé, señor; pero ante la Policía todos callamos y pensamos en desviar una posible acusación, si pretendemos hacer valer nuestros derechos, incluso el de defendernos con la razón y la verdad. Uno a uno, hablamos y demostramos nuestra razón, pero ante el teniente y ese patrullero, nuestra indignación se desvanece, y bajamos la cabeza, porque sentimos silbar el látigo.

—Pierre dice que el látigo es la comparecencia en el Precinto catorce, señor —aclaró Deborah—. Les interrogatorios, las amenazas, de llevarnos a la cárcel...

—El tercer grado —apuntó Pierre, limpiándose una lágrima con el dorso de la morena mano, de piel apergaminada, donde resaltaban las moradas venas—. Nunca tenemos razón, Dios mío.

—¿En qué se ocupa usted, Pierre? —preguntó Ted, que tomaba notas, que siempre terminaban en puntos suspensivos o de interrogación.

—¿Yo? En lo que sale, señor. Soy limpiabotas, soy chapucero en

carpintería, leñador, deshollinador...

—Todo y nada, señor —suspiró Deborah, pasándose el delantal remendado por el rostro arrugado—. Al final de la semana, dos o tres dólares.

Los dos hijos, un niño de unos siete años y una «hembrita», como los padres la llamaban, escuchaban la conversación bostezando repetidamente, pues el hambre les producía flatos y dolor de estómago. Ted les miraba con pena, comprendiendo toda la tragedia de aquel hogar, en el que el «hombre» que lo ganaba había desaparecido para siempre, dejando tras sí un problema insoluble.

—Bien —dijo al fin el agente especial, sacando de su cartera de mano un papel tamaño folio—. Soy abogado, Pierre, y si usted me firma esta autorización legal, yo podré investigar para saber quién asesinó a Hunt, para que sea juzgado, y, si es posible, el que reciban ustedes una indemnización.

—Mi Pierre no puede exponerse a que le ocurra lo que a nuestro hijito, señor —saltó, aterrada, Deborah—. ¡Somos negros, señor Hickory, lo olvide! No hay Justicia para el negro en esta tierra.

Ted miró con fijeza a Pierre, que observaba a su mujer y luego al agente especial, indeciso, empavorecida.

—No están ahora indefensos, señora Lebeau —aclaró Ted, con energía—. Tienen su abogado —blandió el papel escrito—. No se atreverán a maltratarles, se lo aseguro. ¿O es que prefieren dejar la cosa como está, sin rehabilitar al pobre Hunt, sin que sea castigado el que lo mató? La Justicia no admite tales hechos, amigos. Con ustedes o sin ustedes, hay que castigar al culpable.

Pierre cogió si documento y la estilográfica que le tendía el agente especial, y con mano temblona firmó. Se encogió de hombros después.

—Eso no me devuelve a Hunt —dijo, conmovidamente—; pero tiene razón: hay que vengarlo. Mas, señor, recuerde que estamos en el Sur —movió un dedo, el índice, rígido—. A mi hijo le han matado por algo que está muy oscuro; mire no le vaya a suceder a usted algo parecido, puesto que quiere meter la nariz en el asunto.

—El señor es blanco y agente del

F. B. I.

—murmuró, en tono un poco sarcástico, dolorido, Deborah.

—Procuraré guardarme —contestó, sonriendo, Ted—. Bien; ahora hemos de hablar claramente, amigos. Les hice unas cuantas preguntas, que ustedes no me han contestado.

—La Policía, el teniente y Gallier, ya se lo hemos dicho, han estado aquí antes que usted —contestó Pierre, vacilante—. Usted no sabe lo que eso significa para nosotros, para todos los hombres de color, cuando ellos se ocupan de uno de nosotros y se obstinan en que pensamos mal y hay que «domarnos». No lo sabe usted, señor...

Ted, pacientemente, poniendo a prueba su habilidad para interrogar, enredándolos, sacando de vacilaciones y temores verdades y datos interesantes, acabó por llenar varias cuartillas de letra menuda. Una hora tardó en lograrlo, pero al fin se levantó, satisfecho, de la desvencijada silla.

—Si la Policía, ellos, vienen a intentar coaccionarlos, a amenazarlos, díganmelo —dijo, con acento firme—. No teman a Gallier, aunque tampoco se muestren con él desafiantes. Díganle, sencillamente, que si quiere interrogarles, tengo que estar yo delante. ¿Comprendido?

—Comprendido —murmuró Pierre, mirando a su esposa, que lloraba silenciosamente en un rincón de la estancia, con un hijo sentado en cada una de sus piernas—. Ya lo sabes, Debby. No sabes nada de nada, ¿eh? Que hablen, antes con el señor Hickory. ¡Jesús mío, nunca había visto que un caballero blanco hiciera aquí lo que usted hace por nosotros!

Ted sonrió. Se volvió de espaldas a ellos, y sacó su cartera del bolsillo interior de la americana. Extraje de ellas unos billetes de Banco, y los dejó sobre la mesa sin decir nada. Se puso el sombrero, hizo un ademán de despedida, y salió rápidamente de aquella casa, donde, atónitos, Pierre y Deborah contemplaren, sobándolos, los cinco billetes de a cinco dólares que dejara el joven.

—En vez de pagar al abogado, él nos da dinero —observó Pierre, moviendo la cabeza, como si todo aquello no cupiera en la cabeza, mucho menos hecho por un blanco.

—Guapo mozo —resumió Deborah, suspirando angustiosamente—. Lo menos que podemos hacer por él es pedirle al buen Dios que le ampare y consiga lo que todos deseamos. Vamos, Pierre, comienza. Hijitos: de rodillas, con nosotros y cara a la Virgen.

Ted, al salir de aquella casa, halló en las aceras de la estrecha

calleja como una veintena de negros, todos hombres, que parecían estar esperando a que él saliera de casa de Pierre para entrar y dar su pésame a los padres de Hunt. Sentados sobre el bordillo de las aceras, apoyados en las fachadas de las míseras casas, en corrillos, todos se volvieron hacia Ted, quitándose algunos la gorra, otros inclinándose levemente, en actitudes amistosas. Como reguero de pólvora había corrido la voz en el distrito negro que un abogado blanco, agente del

F. B. I.

, iba a ayudar a los Lebeau para castigar el crimen. Tal vez no fuera ajena a aquella confianza la maestrita Ruby Huber.

Cuando hubo dado unos pasos el agente especial, algo sobrecogido por aquella demostración de dolor de los vecinos de Pierre y Deborah, se detuvo.

En la esquina de Feliciana Street, la calleja, con otra, había aparecido un coche de la Policía, seguido de otro. Pararon los vehículos, y de ellos se apearon ocho agentes uniformados, que inmediatamente ocuparon lo ancho de la calleja, avanzando hacia los negros. Ted pensó que también la Policía estaba informada bien, a tiempo, de lo que hacían los negros del distrito.

—¡Circulad! —gritó un sargento, que blandía un «castigante» de caucho—. ¡Pasad por delante de nosotros! Reunión clandestina, ¿eh? ¡Por delante de nosotros!

Dos o tres negros fueron a pasar, pero los agentes les golpearon con los «castigantes» rudamente, echándolos para atrás. Cuatro agentes corrieron a la otra salida de la calleja, cercando así a los negros. Comenzaron a avanzar los dos grupos entonces, aprisionando a los reunidos en la calleja.

Ted, a la entrada, libre de poder caminar, contemplaba aquella escena como si se hallase muy lejos de Estados Unidos o vuelto atrás en el tiempo, cuando la esclavitud reinaba en aquel Sur de la Unión. ¿Era posible que lo que estaba viendo pudiera suceder ahora, en 1954, cuando apenas hacía unos meses el Gobierno federal había dictado y promulgado una ley sobre la segregación de razas en todo el país, e imponiendo la asistencia a los colegios de blancos y negros, todos juntos, como hermanos en Dios que eran?

Los negros, entre las dos rebanadas del «sándwich», que eran los agentes de camisa caqui oscura, pantalón del mismo color, con el

revólver pendiente de la cintura y el «castigante» en la mano, se comprimían cuánto podían, eludiendo los golpes brutales de los agentes. Todos querían estar en el centro del grupo, y gritaban, blasfemaban y se empujaban, protestando, enloquecidos. Los golpes menudeaban sobre ellos, imposibilitados de poder escapar, porque de lo que se trataba no era de desbandarles, sino de pegarles, castigarles por osar ir a expresar su dolor a los padres de Hunt. Si Hunt había sido un aprendiz de criminal, un maleante en ciernes, ¿por qué manifestar pena por su muerte?

Ted, pálido de ira, avanzó hacia el sargento, que era el más decidido en golpear. Más se detuvo de nuevo, asombrado.

Los pacientes negros, cada uno de los cuales ya había recibido cuando menos un buen zurriagazo, habían tomado una determinación desesperada. La de devolver los golpes que tan injustamente estaban recibiendo, y escapar.

Como puestos de acuerdo, formaron un compacto grupo, y de repente se precipitaron sobre los cuatro agentes que les impedían salir de la calleja por uno de sus lados. Eran veintitantos, exasperados ya, colmado el odio que sentían por aquellos blancos que tan mal representaban a la Ley. Y el miedo, el dolor, la rabia, les dio fuerzas para enfrentarse a los que siempre eran sus enemigos.

Los cuatro agentes se vieron arrollados, golpeados salvajemente, arrojados al suelo, desarmados por la avalancha de exaltados negros. Todo ocurrió en cuatro segundos. En los otros cuatro siguientes, los otros agentes, que intentaban ahora sacar sus revólveres de las fundas, sufrieron igual suerte. Una lucha casi sorda, feroz, y de repente, la desbandada general, dejando a los maltrechos agentes rebozados en polvo, con las ropas rotas, y, lo peor para ellos, desarmados. Los negros, como liebres asustadas, salieron de la estrecha calle por sus dos extremos, dejándola desierta, silenciosa. Los dos coches, abandonados, fueron volcados por varios muchachos.

Ted sonrió con ironía. Si le pareció asombroso el que los agentes golpeasen brutalmente a unos pacíficos negros, mayor aún fue su pasmo al ver cómo nada menos que la Policía era arrollada, agredida, tirados al sucio suelo los agentes, y ¡desarmados! ¿No era derivación una cosa de la otra? ¿Del mal proceder de los agentes,

que desencadenó la ira de los siempre oprimidos?

Optó por marcharse de allí. El sargento vociferaba, insultando a sus subordinados, haciéndoles ver la gravedad de haberse dejado arrebatar los «castigantes» y el revólver con sus municiones, además de ser golpeados y dejados poco menos que desnudos. Un agente, irónico, limpiándose la sangre que le corría por el mentón, exclamó:

—Jefe: no le han tratado mejor a usted. Y déjeme decirle que esto no hubiera sucedido si quienes mandan en el Precinto tuviesen algo que valiera un poco en el cerebro. No, no me mire así —se puso serio, desafiante—; tan pronto llegue al Precinto diré a Wingate que dejo de ser agente. ¡No era para esto para lo que entré en el Cuerpo!

Tres agentes estaban sin conocimiento, en el suelo, con lesiones de cierta importancia. Rezongaban los otros, preocupados por lo que les diría el teniente Wingate. ¡Dejarse desarmar! La pena más grave para el soldado, para el encargado de velar por la Ley.

Ted llegó al Precinto 14 mucho antes de que lo hiciesen los maltrechos agentes, que ahora trataban de poner los dos coches sobre las ruedas, para subir a ellos y regresar.

—¿Está el teniente Wingate? —dijo a un agente ordenanza, en el vestíbulo—. Dígale que quiere verle el abogado señor Hickory.

Y pasó, delante del agente, al despacho general de los detectives de Homicidios. Solamente estaba el agente Gallier, escribiendo a máquina, con un cigarrillo en un lado de la boca.

—¡Ah! —dijo al ver a Ted, y frunció el ceño—. ¿Es para mí?

—Para el teniente —repuso Ted, sonriendo—. Por mi parte, puede seguir su trabajo. Tal vez venga a aumentárselo...

—Depende. Aquí sabemos siempre lo que debemos de hacer, y por ciertas personas o asuntos no nos molestamos mucho. Los vemos venir enseguida.

—Pase —dijo el agente, ordenanza a Ted, abriendo más la puerta del despacho del teniente para que pasase Ted.

—Buenas tardes, señor Hickory —el teniente se había levantada, sonriente, tendiendo a mano a Ted—. No tengo mucho tiempo, pero si me dice rápidamente lo que desea, será mejor. Siéntese.

—Ante todo, creo que hará usted bien en ordenar a alguna ambulancia que vaya a recoger a dos o tres patrulleros que están en Felician Street poco menos que inválidos. Han tenido una buena

pelea con los negros, y no salieron bien librados.

La vez de Ted era tranquila, hasta deferente, pero con un perceptible matiz irónico.

El teniente Wingate, que se iba a sentar, quedó encogido, mirando fijamente al agente especial, muy abiertos los ojos negros, de mirada sombría.

—¿Es una broma, señor Hickory? —inquirió, de mal talante.

Afuera, en el despacho general, se oyó de, repente mucho ruido de hombres que hablaban coléricamente, maldiciendo a los negros, formulando disculpas, arrastrando sillas y pidiendo la presencia cíe un sanitario.

—Me parece que son sus patrulleros, teniente —dijo Ted, sacando un cigarrillo del paquete que extrajo de un bolsillo—. Puede comprobarlo. No tengo prisa.

El teniente, mirando hoscamente a Ted, abrió con violencia la puerta de su despacho, y salió a grandes zancadas. El silencio se hizo. La voz ruda, ronca, del teniente sonó imperativa, dirigiéndose al sargento que había mandado a sus ocho agentes en la desdichada aventura de Felician Street. Poco después, todos hablaban a la ver, queriendo demostrar al teniente que se defendieron lo mejor posible, y que solamente cedieron ante la fuerza del número de sus agresores y su inesperada embestida.

—Y yo, teniente, no tengo más ganas de ser patrullero, y, por tanto, ahí tiene mi chapa y mi credencial. No me gusta pegar sin motivó a quien nada me ha hecho. Esto no es ser agente de la Ley, sino... —dijo una voz colérica, decidida.

Ted escuchaba aquella algarabía con verdadero asombro. El teniente Wingate quería restablecer la disciplina, ayudado, por el agente Gallier; pero, por lo visto, el sentido del deber estaba en aquel Precinto muy relajado, y cada cual trataba de imponer su propio criterio. Hizo una mental comparación con la disciplina establecida en las filas del

F. B. I.

, donde jefes y subordinados sabían perfectamente cuál era su obligación, y la obediencia era consciente, tanto por parte de los agentes especiales como por los jefes, su sentido del mando.

Pasó un cuarto de hora antes de que el teniente consiguiera acallar a sus hombres a fuerza de gritos y amenazas. Gallier estaba

abriendo un expediente a cada uno, interrogando al sargento primeramente.

Wingate entró de nuevo en su despacho, pálido, sudoroso, los ojos saltones de coraje y despecho.

—¡Es la primera vez que esos «coloured» malditos se amotinan, pero será la última! —rugió, yendo a sentarse tras su mesa y cogiendo un cigarrillo del paquete que tenía allí—. ¡Alguien los ha predicado que se porten así!

—Yo presencié la cosa, teniente —dijo Ted, amablemente, sonriendo—. Y a fuer de sincero, he de decirle que todo hombre, blanco o negro, tolera muy difícilmente ser objeto de una agresión injustificada...

—¿Ha venido usted para defenderlos? —gritó el teniente, volviendo a palidecer de coraje—. ¿Es que usted no sabe que la única manera de imponerse a esa gentuza es a fuerza de palos? ¡Lo pagarán muy caro! Y vamos a lo que quiere de mí, señor abogado y agente del

F. B. I.

Le aconsejo que no se meta donde no le llaman. ¡Hable!

Ted sacó de la cartera de mano el documento firmado por Pierre Lebeau, y se lo tendió al teniente, que fumaba nerviosamente, observando al joven con animosidad.

—¿Qué es esto? —inquirió, tomando el papel. Lo leyó al principio con desdén, muy por encima; pero luego arrugó el ceño, y comenzó a releerlo despacio, entre chupada y chupada del cigarrillo. Dejó el documento sobre la mesa, sonriendo con ironía—. Muy legal, muy bien redactado, amigo, pero inoperante —resumió su impresión, con desdén bien acentuado—. Yo no veo que en el asesinato de Hunt, ese pillo demasiado listo, tenga que mediar un abogado. ¿Qué se propone usted? Le advierto que Pierre Lebeau es pobre como una rata, y no sacará de él ni un centavo. Descubra su juego, señor Hickory.

—Mi juego no es otro que tratar de descubrir quién asesinó a Hunt, y llevarlo ante un jurado para que lo ahorquen. Pierre es un pobre negro, que no conoce sus derechos, y por eso soy su consejero legal y, actuante en su nombre. ¿Tiene algo que oponer a eso?

Wingate se rascó el mentón parsimoniosamente. Dejó la colilla del cigarrillo, que ya le quemaba los dedos, y encendió otro.

—No tengo nada que oponer, sino que es absurdo su papel, señor abogado... y agente del
F. B. I.

—murmuró, con ironía, el teniente. Sepa que nosotros, la Policía, somos los encargados de investigar en el caso, y que nadie más calificado y mejor que nosotros para ello. Lo menos que espero de usted es que no se ponga en nuestro camino ni entorpezca nuestro trabajo. Ya le informaremos de lo actuado.

—Como abogado representante de Pierre, represento a la parte de la acusación contra el asesino, señor Wingate —contestó, fríamente, Ted—. El fiscal del distrito me apoyará, como es su deber, y el de la Policía. Con esto quiero decirle que si han de interrogar nuevamente a Pierre o a su familia, lo harán delante de mí, y que habrán de abstenerse de amenazarlos y de insultarlos por el solo hecho de ser negros. Y que ellos pueden recibir en su casa, cuando quieran, a sus amigos negros, y que éstos no han de ser agredidos porque esperen en la calle a ser recibidos por Pierre.

El teniente sudaba aún más que cuando se peleó con sus patrulleros en el despacho de los detectives, momentos antes. Las palabras de Ted eran las de un abogado que sabía marcar fríamente las fallas en la actuación de la Policía, y que estaba dispuesto a denunciarlas en el Cuartel General policíaco, si no era atendido debidamente por el teniente.

—Usted, claro, cree que esto es Nueva York, por ejemplo —dijo, en tono algo conciliatorio, limpiándose el sudor con el dorso de la mano—. Ya se lo he dicho hace días. No es así, desgraciadamente, señor Hickory —manoteó con energía, impaciente—. Los negros del Sur son peores que allá, en el Norte. Mucho más rebeldes, más traidores y solapados. Sin un trato de rigor, serían capaces de rebelarse, y aun así... En fin, le diré que no nos sorprendió nada el que ese chico negro muriese violentamente. Seguíamos su fatal inclinación al mal. Concédanos que sabemos con quiénes tratamos, ¿no?

—Me permito dudarle, teniente. Un negro, aquí, es como otro negro en el Norte. Puede ser honrado o no. Puede ser respetuoso con la Ley o no, lo mismo aquí que allá. Si hay menos criminalidad allá, más respeto a la Ley y a sus semejantes, es porque son tratados humanitariamente, mejor que aquí. Hablo por lo que llevo visto y

por lo que me han dicho personas razonables y sinceras, Hunt no era un mal chico. No puedo permitir que se intente dar de lado la responsabilidad de buscar a quien lo asesinó, basándose en la falsa acusación de que el muchacho tenía que terminar su vida así.

El teniente Wingate enrojeció de nuevo. Nadie le había dicho nunca lo que estaba escuchando de aquel agente especial del F. B. I.

, y, por lo que podía ver, astuto abogado. La mezcla le parecía explosiva. Dábase cuenta de que Hickory «se las sabía todas», y era poco menos que infantil tratar de confundirle con argumentos evasivos respecto a la actuación de la Policía con relación al caso de Hunt.

—Los informes que tengo de ese muchacho han sido adquiridos en diferentes ocasiones por el agente Gallier, y no tengo por qué dudar de... —dijo en tono desabrido.

Pero le cortó la réplica de Ted:

—Yo, sí, teniente. Por un lado, mis informes son contrarios a los del agente Gallier. Por otro, he visto actuar a ese agente, precisamente contra Hunt, y puedo asegurarle que, si perteneciese al

F. B. I.

, estaría ya expulsado y procesado por sus brutales maneras de «investigar». Tal vez aquí sea lo corriente; pero es, desde luego, ilegal a todas luces, y criminal. Por eso mismo me he hecho cargo de este asunto.

—Prefiero no tomar en cuenta sus palabras, señor abogado. —Wingate se ahogaba de rabia y despecho. Sabía cuánta razón tenía el agente especial al expresarse así. Pero era algo que, efectivamente, se hacía siempre con los «coloured» en el Sur. Nadie le daba, en la Policía, mayor importancia, por creerse que tales métodos eran los apropiados, «los de siempre». Y en definitiva, ¿qué es lo que desea de mí?

—Saber lo que han investigado para hallar al culpable de la muerte de Hunt, sencillamente. Si han verificado ya alguna detención, si saben cuáles han sido los móviles del crimen, en qué circunstancias se ha cometido —repuso, fríamente, Ted.

—Le pasaremos un informe escrito sobre todo eso —contestó Wingate, levantándose para dar a entender que la entrevista había

terminado—, pero ya sabe usted que muchas veces debemos mantener cierto secreto en la investigación, para no ilustrar al culpable acerca de lo que hacemos. ¿Basta esto?

—De momento, sí, si me ponen al corriente en un plazo de veinticuatro horas. No creo que deba usted temer una indiscreción por parte mía, y que prevenga al culpable, ¿no es cierto? —Ted se levantó también—. He de ver al fiscal del distrito, para dar estado oficial a mi nombramiento de abogado por la parte de la acusación. Buenas tardes, teniente.

Wingate quedó solo, mirando a la puerta con reconcentrada rabia.

Ted en el despacho general de detectives de la Brigada de Homicidios, encontró a Gallier escribiendo todavía a máquina, mientras fumaba, pensativo. El policía levantó la cabeza, y sonrió aviesamente a Ted.

—Supongo que el teniente le habrá tranquilizado por completo, ¿no? —dijo, con sorna—. Porque habrá venido por eso de la muerte del golfo de Hunt... Era de esperar que acabase así. Se lo predije a sus padres.

—He venido para tratar de ese asunto, en efecto —dijo Ted, sonriendo con ironía—. Pero no estamos, ni mucho menos, de acuerdo el teniente y yo respecto a cómo era el muchacho. Sea como sea, ese crimen no puede quedar impune, naturalmente. Tengo la seguridad, señor Gallier. —Ted recalcaba sus palabras—, de que el criminal será ahorcado, y hasta verlo colgando de la cuerda no descansaré. Soy abogado de la familia Lebeau, y la Ley me autoriza a investigar por mi cuenta en el hecho criminal.

—Enhorabuena, señor abogado —repuso Gallier, con fingida seriedad, brillando sus malignos ojos con ironía—. No dude que la Policía, todos nosotros, trabajamos en ese sentido. La Justicia sacrosanta, ante todo. Pero procure no estorbarnos en nuestras gestiones, ¿comprende? Lo normal, en estos casos, es que el abogado nombrado por la parte acusadora base su acusación en los informes de la Policía, dejando a nosotros lo que es nuestro, es decir, llevar la investigación y captura del culpable del crimen.

—Así lo haré, sin duda, en tanto la Policía me demuestre que hace lo que de ella se espera. Si ustedes me ponen delante del criminal en un plazo corto, yo, estaré encantado. Si no investigaré

por mi cuenta. Es un aviso, agente Gallier. Y lo encontraré, se lo aseguro, y lo llevaré ante el jurado, y será ahorcado. Buenas tardes, señor Gallier.

El agente Gallier lanzó a Ted la misma mirada venenosa que el teniente Wingate cuando el agente especial salía de su despacho. Dio varias chupadas con ansiedad a la colilla de su cigarrillo, se levantó violentamente, empujando la silla en que había estado sentado, y penetró en el despacho de su jefe sin pedir permiso.

Ted, sonriendo casi alegremente, se metió en el dédalo de callejas del distrito negro. Se acercó a un hombre que vendía tabaco y chucherías en una esquina, y le preguntó dónde estaba la calle donde vivía el padre Vaillant. El esquelético anciano negro tendió su mano, señalando una calle larga, tortuosa, oscura.

—Siga todo adelante, y en el primer cruce, en el número cuarenta y cinco, vive el padre.

IV



L padre Vaillant era negro, mestizo, porque su tez parecía más como tostada por una larga exposición a la intemperie, durante muchos años, bien en el mar, navegando, o bien bajo fuertes soles en lugares tropicales. En sus antecesores, indudablemente, hubo un blanco, mujer u hombre.

Era alto; ya de cincuenta y tantos años, pero ancho, aunque delgado. Tenía la cabeza casi blanca, de pelo un poco ensortijado, y en eso, y en su color, advertíase que no era negro de pura raza. También sus ojos eran diferentes a los de sus congéneres, pues tenían un color castaño, y eran grandes, rasgados, de mirada serena, tranquila. Sus labios no eran gruesos, sino delgados, finos, bien dibujados. Y todo en él, aunque vestido con excesiva humildad, con un traje negro lustroso por el uso, era respetable, serio, sencillo,

humano.

Señaló con un gesto de la mano a Ted una silla, al lado de una mesita. Ted le indicó que era agente especial del

F. B. I.

, y abogado de la familia Lebeau, y lo que estaba haciendo en torno al asesinato de Hunt.

El padre Vaillant escuchó aquel preámbulo sin interrumpirle, cruzadas las manos sobre el vientre, reclinado sobre el respaldo del sillón. Al fin, cuando Ted guardó silencio, dijo, con voz bien timbrada, grave:

—Yo conocía bien a Hunt, como conozco a toda la familia Lebeau. Son católicos practicantes, y, para mí, son excelentes personas. No sé si usted practicará alguna religión, si es protestante...

—Católico, padre —repuso prestamente Ted, sonriendo—. Eso creo que nos acerca más, ¿verdad?

—Así es, señor Hickory. Bien, pues Hunt, y esto se lo digo con toda sinceridad, era un muchacho honrado. Nunca faltaba a misa los domingos ni dejaba de entregarme unos centavos para nuestros pobres y atenciones de la capilla. Atendía mis consejos, en fin, y se comportaba como un feligrés de los mejores. Para ser un niño de quince años, ¿qué más se le podía pedir, en estos tiempos de anormalidad moral?

—¿Usted querría dar este testimonio cuando haga falta, aun cuando la Policía sostiene una opinión diametralmente opuesta a lo que usted ha indicado sobre Hunt? —preguntó Ted, mirando fijamente al sacerdote. El padre Vaillant sonrió, con amargura.

—La Policía ya ha estado aquí, señor Hickory —repuso, con sencillez—. El agente Gallier, precisamente. Me dijo (yo juraría que con alegría) que mi opinión sobre el pobrecito muchacho era muy errónea, como lo probaba la clase de muerte que ha tenido, la de un maleante. Y que, por tanto, mi deber era rectificar mi opinión o abstenerme de decir «tonterías» al asegurar que Hunt era un buen chico. Deduje de semejantes palabras que el agente Gallier quería forzarme a no figurar como testigo de favor por el muchacho. Algo muy extraño, que me dejó preocupado.

Ted quedó pensativo, como lo estaba el padre Vaillant. El agente Gallier, sin duda, estaba tratando de crear muy mala fama sobre

Hunt, y para ello no vacilaba en esgrimir argumentos y amenazas para hacer enmudecer a aquellos que conocían bien a Hunt. Era muy extraño, en efecto, todo aquello.

—¿Qué contestó usted a Gallier, padre? —inquirió el joven, tras una pausa.

—Lo que era mi deber, naturalmente. Decirle que conocía mejor que él a Hunt, a su familia, y que no podría nunca admitir la versión que él daba sobre la conducta de mi pequeño feligrés. Le encarecí con todo empeño a que, en nombre de la Justicia, averiguase la verdad de lo sucedido, y se respetase la memoria del inocente muchacho, cuyos pecados, si los cometió, serían los de un niño, pero nunca los de un maleante aprendiz, como el agente aseguraba. Se marchó verdaderamente furioso, y me dijo... — Guardó silencio el sacerdote, encogiéndose de hombros con cierto desdén.

—¿Qué le dijo? —preguntó, con interés, Ted.

—Nada, amigo mío. Algo sobre nuestra raza, sobre nuestros merecimientos para ser tratados como esclavos, como antes, o nuestra extinción, muy merecida, a juicio suyo. El agente Gallier — suspiró el padre Vaillant— está muy alejado, para desgracia suya, de Dios. He rezado para que en su mente, en su corazón, la Verdad se abra paso, y sea un hombre digno, merecedor del cargo que ostenta como servidor de la Ley y la Justicia.

—¿Le amenazó con represalias si usted testificaba ante el jurado cómo era realmente Hunt?

—Sí. Pero no tiene eso importancia. ¿Qué me pueden hacer los hombres, si Dios se digna ampararme y me da fuerzas para seguir mi camino, que es el que creo que Dios me trazó?

—Tiene razón —aprobó Ted, mirando con afecto al sacerdote—. Otra cosa, padre: ¿conoce usted al dueño o gerente del establecimiento donde Hunt prestaba sus servicios como «botones»?

—Era mi deber saber dónde el muchacho trabajaba, conociendo, además, que se trataba de un lugar de éstos... —Movi6 la cabeza, resignadamente—. En fin cuando, me enteré, le dije al padre de Hunt que debiere, buscar otra cosa para su hijo, y que yo le ayudaría a ello. Creo que usted me comprende, ¿verdad? Ese club de noche era para Hunt un constante mal ejemplo, un lugar donde su tierna alma podría echarse a perder. Corre allí el dinero en gran

abundancia. Muchos vicios.

—Pero al dueño, al gerente... —insistió Ted.

—Le conozco, claro. Es Percy Deers. Hace unos años, casi un mendigo. Ahora, casi millonario —sonrió e sacerdote, mirando maliciosamente al agente especial—. «Negocios», como ahora se dice, para encubrir grandes pecados, mediante los cuales se hacen fortunas con una rapidez sorprendente. Me parece, amigo Hickory, que no perdería su tiempo investigando en torno a ese sujeto, y sus verdaderas actividades.

—¿Verdaderas? —repitió Ted, arrugando el ceño.

—Eso dije. Yo repito ciertos informes que me han dado algunos feligreses negros, que han servido en Magnolia como lavaplatos, avisadores de taxis, músicos de las orquestas, porteros. Tras el negocio de restaurante y club de noche hay algo aún más tenebroso y, desde luego, ilegal.

Ted se levantó del sillón, tendiendo su mano al sacerdote.

—Es usted la primera persona a quien encuentro más deseosa de ayudar a la Justicia a esclarecer este asunto, padre —dijo el joven, con calor—. Los Lebeau tienen mucho miedo, y es comprensible. No se atrevieron a decirme lo que saben. Ruby sí me confió algo, pero no tanto como usted.

—Es que yo no puedo ni mentir, ni dar la espalda a lo que es justo, ni tener miedo a nada ni a nadie, no siendo a Dios —repuso, blandamente, el sacerdote—. Le deseo mucha suerte, señor Hickory, y si me necesita, cíteme ante quien sea para decir la verdad y pedir justicia. Hunt me ha hecho llorar, al saber su muerte. Ha sido horrible lo que han hecho con él; sea quien sea el que lo hizo, debe ser castigado; pero hay que pedir al Señor le haga comprender la magnitud de su falta, y se arrepienta, pagando su culpa.

Abandonó Ted la casa donde vivía el sacerdote, contento por los datos que le había dado, sobre todo aquél referente al club nocturno donde había estado empleado Hunt.

La calle era estrecha, como todas las del distrito negro de la ciudad, y la iluminación, poco menos que nula. Por eso, por aquélla casi ausencia de luz, se sobrecogió cuando oyó que gritaban varias personas, que corrían otras, todos, al parecer, hombres. Recibió un empujón, y pudo ver entonces a un agente uniformado de la Policía que perseguía a un negro.

—Quieto, usted —dijo el agente, apuntándole con una pistola al ver a Ted—. ¡Levante las manos! ¡Granujas!

Aquello parecía una redada de la Policía, o quizá algo peor.

—Ya estoy —dijo Ted, sonriendo, pero llevando en la mano derecha su insignia del

F. B. I.

—. ¿Qué les pasa?

—Estamos cacheando a estos cochinos —dijo el «cop», una vez comprobada la identidad de Ted—. Se han hecho con algunas armas de fuego, y hay que recuperarlas y detener a los que las tienen. ¿Qué hace usted por aquí? —Bueno— sonrió el agente—. Es cierto que aquí hay tugurios, clubs nocturnos; pero tenga en cuenta, si es forastero, que son solamente para negros, y que es peligroso que un blanco entre en ellos.

Los agentes, una veintena, llamaban a las puertas de las casas, mirando antes una lista que llevaba un sargento. Entraban arrolladoramente, con los «castigante» enarbolados, y registraban sin miramientos, repartiendo golpes a la menor protesta. Por todo el distrito había otras patrullas cacheando a les transeúntes negros que encontraban al paso. El teniente Wingate, por lo visto, trataba de sacarse la espina de la derrota sufrida pocas horas antes al ser desarmados ocho de sus hombres por los aterrorizados negros, a quienes exasperaron con su injustificada agresión.

Ted tomó un taxi, deseoso de alejarse de allí, ya que nada podía hacer por evitar aquellos malos tratos sobre los negros. En Nueva Orleans, como en todo el Sur, era lo más natural tratar así a los «coloureds» cuando creían que se lo merecían, y esto era casi siempre. Los Estados del Sur elegían sus propios gobernadores, que eran sudeños, naturalmente, y éstos, a su vez, elegían los jefes de la Policía, también del país, con los mismos prejuicios raciales. Un estado de cosas difícil de arreglar por parte del Gobierno federal, pese a sus leyes protectoras de los negros, igualándolos a los blancos, en cuanto a derechos y deberes.

Ted pensó, consternado, en la cantidad de pobres negros que ya estarían llenando los calabozos de los Precintos policíacos, sufriendo interrogatorios de tercer grado, para que dijeran quiénes tenían las armas arrebatadas a los agentes. Sería preciso convencer a aquellos negros que las tenían que lo mejor que podían hacer era

devolverlas, dejarlas cerca del Precinto, para que los agentes las recogieran de nuevo; pero esto iba a ser imposible hacerlo.

Esperó a que fuese la hora de cenar, en el hotel, revisando varios textos legales sobre la forma de enjuiciar criminalmente en el Sur, la formación del jurado, la acusación fiscal y la defensa. En realidad, eran leyes, casi todas, generales para todos los Estados de la Unión, pero en cuanto a la composición del jurado, había extraños reparos para la incorporación de ciudadanos negros en él. Se tendía a su eliminación, lo cual no extrañó a Ted. Recordaba famosos casos judiciales en el Sur, no hacía muchos años, que constituyeron verdaderos escándalos por su irregularidad.

Una camarera llamó a la puerta de su cuarto. Ted abrió. La camarera señaló con un gesto a un negro joven, mal vestido, que estaba tras ella.

—Quiere hablar con usted —dijo, en tono despectivo.

Y se marchó, dejando al negro, con la gorra en la mano, confuso, con la vista baja.

—¿Qué quiere? —preguntó Ted, haciéndole un gesto para que entrase.

—¿Es usted el señor Hickory? —preguntó el moreno, sonriendo tontamente.

—Sí. ¿Qué quiere? —insistió el agente especial, contemplando al hombre fijamente.

—Pues yo... —vacilaba el negro, siempre manoseando la gorra grasienta—. Que puedo hacer algo por Hunt, me parece. Que se descubra quién lo mató, quiero decir. Me expongo a mucho, señor Hickory; pero quiero hacerlo.

—Muy bien. —Ted sonrió al negro, indicándole una silla—. Eso está muy bien, hombre. ¿Ha sido un negro?

—Sí, señor. Un negro, un traidor. Pero hemos de darnos prisa, si quiere detenerlo. En estos momentos sé dónde encontrarlo —se levantó el hombre, mirando a Ted con ansiedad—. ¿Quiere venir?

—Claro que sí. —Ted estaba en mangas de camisa. Tenía puestos los tirantes, sobre espalda y pecho, que sujetaban la funda del revólver, con el arma dentro—. ¿Es lejos de aquí? Bueno; supongo que estará usted seguro de que se trata del asesino de Hunt, ¿verdad?

—Estoy seguro. Lo ha dicho él mismo, borracho como estaba. En

fin, usted se lo preguntará, y como es policía, se lo sacará.

—Vamos —dijo, poco después, Ted, poniéndose la trinchera y el sombrero—. ¿Dónde encontraremos a ese hombre?

—En los muelles del río, en el veintidós. Yo le dejaré muy cerca, porque no quiero que se sepa que le he denunciado. Uno no tardaría en ser liquidado.

Salieron a la calle. Ted llamó a un taxi, porque, según le había dicho aquel negro, el muelle 22 estaba lejos del Vieux Carré. Durante todo el camino, el acompañante de Ted no despegó los labios. Parecía nervioso, como con temor y arrepentimiento de haber dado aquel paso. Pidió dos cigarrillos al agente especial, que fumó con ansia.

—Nos bajaremos aquí —dijo el negro, después de mirar a través del cristal de la ventanilla, a su lado—. No es prudente hacerlo muy cerca de la taberna. Si me ven con usted y luego sucede lo otro, van a pensar mal de mí.

Ted ordenó al chofer parara el vehículo. Se bajaron. El negro se metió aún más la gorra en la cabeza, bajando la visera para ocultar su flaco rostro, de nariz muy achatada y pequeño mentón.

Estaban en la zona portuaria, en Peters Street, a la orilla de los muelles. Constantemente sonaban sirenas roncas, agudas. Del Mississippi brotaba una amarillenta neblina, mezclada con humo negro. Más abajo trabajaban unas grandes grúas, iluminadas por potentes focos, descargando mercancías.

—Por aquí —dijo el negro, señalando con la mano tras Peters Street—. Es al otro lado de la calle, entre otras estrechas.

Ted asintió con un gesto. Había sacado su «Magnum» de la funda bajo la axila, y lo llevaba en el bolsillo del lado derecho de la trinchera. Y se metieron, dando la vuelta a una esquina, en Chartres Street, una vía ancha y bien iluminada, de la cual nacían callejas oscuras, tenebrosas. Abundaban allí los bares, las tabernas y los sótanos, de donde salían músicas extrañas, exóticas; voces de hombres y mujeres, ruidos de vasos y de animación a las parejas de baile. Nunca había estado por allí el agente especial, y miraba con curiosidad a los transeúntes, marineros, descargadores de los muelles, negros, blancos, asiáticos. Era un lugar aquél donde seguramente la Policía apenas si haría acto de presencia, a no ser en caso de grave conflicto, y si era llamada.

El negro que acompañaba a Ted caminaba a paso largo, pues era alto, muy delgado y ágil, y constantemente miraba a su alrededor. Habían penetrado en varias calles estrechas, adentrándose en aquel laberinto sombrío, donde las luces eran cada vez más distanciadas y débiles.

—Está lejos esa taberna, ¿no? —dijo, al fin, Ted, un poco impaciente. Pensó que no sabría volver a los muelles si se quedara solo—. ¿Falta mucho?

—No, señor. Dos calles más, al Norte, y le dejaré muy cerca, frente al sitio donde está el asesino —respondió el negro, siempre mirando a su alrededor con inquietud.

Llevaba las manos metidas en los bolsillos del pantalón, que le quedaba muy corto, pues apenas si llegaban a los tobillos, delgados.

En una esquina de la calleja que recorrían, estrecha y empinada, el negro se detuvo repentinamente. Ted le miró, parándose también.

—Dé la vuelta a esa esquina —dijo el hombre, tartamudeando un poco—. A la derecha verá la luz de la taberna. Entre, y pregunte al chico del mostrador quién es Félix, el cubano negro. Es grueso, bajito; lleva un jersey azul con listas blancas. Tenga cuidado, señor, porque saca el cuchillo con gran rapidez, y sabe manejarlo bien. Que tenga suerte. Yo he hecho lo que podía por Hunt.

Ted le vio correr a grandes zancadas, calle abajo, como alma que lleva el diablo. No tuvo tiempo de hacerle ninguna pregunta ni retenerlo un poco.

Lo que siguió después llenó de asombro al agente especial, alarmándole seriamente después. Porque apenas cruzó la calle, para dar la vuelta a la esquina, sonó un disparo fuerte, oyendo silbar la bala un poco por encima de su cabeza. El bulto oscuro, de un hombre alto, fuerte, a unas treinta yardas de distancia, se ocultaba en el portal oscuro de una vieja casa baja. Desde allí volvió a disparar sobre Ted, que estaba ya con su revólver en la mano, aún asombrado por aquella agresión impensada. ¿No era que aquel negro lo había llevado a una ratonera para ser asesinado?

El agente especial, tras la esquina, disparó a su vez cuando el hombre asomó el cuerpo un poco. La bala debió estrellarse en la misma esquina del marco de ladrillo del portal, a muy corta distancia del agresor, porque éste se metió apresuradamente en su refugio.

Ted saltó ágilmente al otro lado de la estrecha calleja, recuperado el aplomo. Estaba adiestrado para aquella clase de lucha, y lo que ahora deseaba era capturar al agresor, y saber quién era y por qué quería matarle.

Pero aquel individuo pensaba otra cosa, al parecer, diametralmente opuesta a lo que deseaba Ted. Porque saltó también a la calle, y dióse a correr con tanta velocidad como lo hiciera el negro que le llevó allí.

El joven disparó tras un par de segundos, fijando bien la puntería. Tiró a las piernas del hombre, que se alejaba a toda prisa en busca de la cercana esquina. Pero la bala se estrelló en el pavimento, de piedras redondas y agudas, levantando una llamita o fogonazo.

Se dedicó entonces a perseguirlo, apenas sin temor a una celada de su enemigo desconocido. Llevando su revólver era difícil que le ganase en velocidad para disparar, y ya estaba prevenido contra toda sorpresa.

Cuando dobló la esquina, con cierta precaución, porque precisamente allí podía estar la muerte esperándole, no vio a su agresor por ninguna parte. Era cierto que la nueva calleja era muy corta y hacía como una ése, viéndose a su final otra esquina, recorrida la calle. Las casas, construidas en caprichosa colocación, no estaban alineadas a la calle, sino que hacían entrantes, unas, y se metían, otras, como replegadas.

Detuvo su carrera Ted, mirando a su alrededor en busca de aquel tipo que tan mal le quería. ¿Era negro o blanco? Eso no lo podía decir, porque con aquella carencia de luz y la distancia a que había estado de su agresor, escondido por añadidura, no pudo percibir tal cosa. Parecía vestir bien, y llevaba un sombrero flexible, de alas muy bajadas sobre la frente.

Recorrió la calleja, desanimado, mirando cautamente tras cada recodo de las casas. Fue a otro callejón, avanzó más y más, revólver en mano. Se convenció de que la aventura había terminado. Quien quiso matarlo debió de renunciar a hacerlo, al constatar que Ted iba armado y sabía tirar bien.

Tenía que regresar a los muelles. Y aquellas callejas estaban desiertas, como si sus habitantes hubieran evacuado las viviendas. Todo tan extraño, tan intranquilizador... Porque la agresión podía

repetirse, estando él extraviado en aquel dédalo. Tras cada esquina pedía recibir un balazo.

Le costó mucho trabajo, dando vueltas, retrocediendo al entrar en callejones sin salida, indeciso entre tomar por una vía u otra, llegar a un sitio donde leyó el nombre de la calle: «Prieur Street». Aquello era ya el distrito negro, pensó al recordar aquel nombre. Una vez había estado allí, en sus correrías por aquel distrito, lleno de curiosidad por conocer toda la ciudad. Se orientó, y a poco llegó a North Gálvez, donde una línea de autobuses tenía una parada cerca. Suspiró, satisfecho, y subió a uno. Todos los pasajeros eran negros, y le miraron fríamente, quizá extrañados al verle subir a aquel vehículo público, pero para negros.

Cuando entró en el hotel, Ted se dirigió a una de las cabinas telefónicas, y buscó en la «Guía» el número del Precinto 14 de la Policía.

—¿Está el detective de Homicidios Gallier? —preguntó, cuando la voz hombruna se puso en comunicación con él.

—No. Esta noche no está de servicio —contestó el de la Policía—. Si quiere, puede llamar a su casa: Can, mil ciento veinticuatro.

—Gracias —contestó Ted, colgando después.

Marcó seguidamente el número que le indicaron. Una voz femenina, de anciana, bronca, preguntó quién llamaba.

—Está el señor Gallier, ¿verdad? —inquirió el agente espacial.

—No lo sé. —Contestó, de malos modos, impaciente, la vieja—. ¿Quién le llama?

—Su amigo Ted. Si esta...

—No está, no está. Se marchó después de cenar, hace como dos horas.

—¿Dónde le podría encontrar? Es algo urgente —insistió Ted, amablemente.

—¡Yo qué sé! Pregunte en La Magnolia, donde para con frecuencia. ¿Sabe lo que es eso? Un club de noche. Esto es todo lo que sé —colgó la anciana sin despedirse.

Cenó aprisa el joven. El susto recibido no le había quitado el buen apetito. Pero su imaginación trabajaba a toda presión. Tenía motivos para enredarse en un problema de deducciones sumamente sugestivo, dada su inclinación a esta clase de trabajos.

No tenía duda alguna de que le habían tendido una celada con el

solo objeto de asesinarlo. Aquel negro que fuera a decirle que sabía dónde estaba el asesino de Hunt era el enviado encargado de engañarlo con aquella noticia y llevarlo al lugar de ejecución. Lo había logrado hasta casi conseguir el plan propuesto. Tal vez aquel mismo negro hubiera intentado matarlo a no haber visto que Ted llevaba encima su revólver. Se acobardó y lo dejó solo ante el hambre que disparó sobre él en aquella calleja. Por lo tanto, existía una maquinación para asesinarlo. Y no podía ser sino a causa de que quería que se hiciera justicia en el caso del asesinato de Hunt. Eso era todo. Se le consideraba como muy peligroso y entremetido.

Se propuso visitar el club de noche Magnolia. Allí podría estar el agente Gallier, que no tenía servicio. Era extraña la coincidencia de que Gallier frecuentase, al parecer, aquel local de diversiones, donde, según el padre Vaillant, se hacían cosas ilegales. ¿Estaría el detective de la Policía investigando sobre la muerte de Hunt? ¿Quizá tratando de descubrir lo que había tras la máscara de club de noche para denunciar las actividades ilegales?

Como poco conocedor de Nueva Orleans todavía, tomó un taxi y le dio la dirección al chofer, Common Street, 77, que estaba situado a la izquierda del Vieux Carré, en una parte moderna de la ciudad, donde había vanos locales como Magnolia.

En un edificio moderno, de unas quince plantas, estaba el club de noche. La portada era llamativa, abundando la iluminación neón de colores, la flor del magnolio, enorme, de color crema claro, toda ella formada por luz fluorescente, y el rótulo, parpadeante, cambiando de tonos continuamente. Un gigante negro, con librea roja y oro, recibía a los clientes y abría y cerraba portezuelas de lujosos coches. Ted hubo de confesar que aquel establecimiento era digno de figurar en la calle Cuarenta y Dos de Nueva York.

Cinco dólares de entrada, sin derecho a consumición, le hizo pestañear, escandalizado. ¿Era allí donde Gallier iba con frecuencia? Bueno, tal vez hiciera valer su condición de policía, y en ese caso basta sería obsequiado por la dirección, con tal de tenerlo a su favor.

Como todos los lugares de diversión nocturna, Magnolia tenía la gran rotonda donde estaban las filas de mesas, el pequeño escenario, la pista brillante de baile, la orquesta de negros, la «animadora» de turno, la pareja de baile. Pero allí el público era

muy elegante, muy bien vestido al menos. Los criados, de etiqueta, parecían bien enseñados, siendo en su mayoría negros de alta estatura y buena presentación.

Pidió un «*whisky*», una vez sentado ante una mesa, casi en un rincón. Y comenzó a buscar a Gallier entre el público que llenaba el local. Mas no lo encontraba. Las parejas bailaban en la pista a los compases de la música negra.

No estaba Gallier allí. Había dado una vuelta a la rotonda, como si buscara a alguna persona conocida, sin ver al detective. ¿Se habría marchado ya? ¿O no fue allí?

Sonrió con malicia al pensar que Gallier estaba libre de servicio aquella noche y que, según la vieja con quien habló por teléfono, hacía dos horas que se había marchado de su casa.

¿Conoce usted

NOVELISTAS DE HOY?

Es una colección que presenta las mejores novelas inéditas de los famosos escritores BAROJA, LOPEZ DE HARO, FERNANDEZ-FLOREZ, CELA, INSUA, LAFORET y otros, editadas maravillosamente, al precio ínfimo de CINCO pesetas.

EN LIBRERIAS Y QUIOSCOS

Suscripciones a EDITORIAL ROLLAN

V



ERO Ted observó que bastantes clientes, después de estar un rato ante las mesas, bebiendo generalmente, se levantaban con cierto disimulo, seguidos de las mujeres que les acompañaban, y entraban empujando una puerta suntuosa, con cuarterones dorados y un verde claro, de hoja seca, en otra estancia. Tal vez fuera a los lavabos, pero no lo parecía, porque estos servicios estaban en otro lado, y en la puerta ya había un letrero que lo indicaba.

Se acordó Ted de lo que le dijo el padre Vaillant sobre supuestas actividades allí que no eran legales. ¿A qué irían aquellos hombres y mujeres, disimulando y poniendo cara de malicia, sonriéndose unos a otros? ¿Es que había reservados? Entonces no habrían estado sentados en la rotonda antes, sino que se hubieran ido directamente

a tales cuartos.

El agente especial se sintió acicateado por la curiosidad. Tenía la impresión de que allí había algo misterioso. Le pareció extraño que los que allí iban, en su mayoría, parecían todos habituales, parroquianos antiguos, a juzgar por el trato que se daban mutuamente, como amigos o bastante conocidos. Igualmente trataban a los criados o camareros negros, así como al «maitre», un blanco orondo, de ademanes solemnes y obsequiados.

No acostumbraba el agente especial a conformarse filosóficamente con hacer suposiciones cuando algo quería saber o investigar. Su profesión le impelía muchas veces, por deber, a tratar de averiguarlo y llegar hasta el pleno conocimiento de lo que le interesaba. Ahora quería saberlo, porque, ya tenía referencias de que en Magnolia no era oro todo lo que relucía, no obstante abundar los dorados en columnas, frisos, paneles, lámparas.

Se levantó despreocupadamente, caminando lentamente entre las mesas ocupadas y los camareros negros, que estaban muy ocupados sirviendo. Llegó hasta la famosa puerta y la empujó, como si ya conociese adonde se iba por allí. Pasó el umbral. De allí partía una lujosa escalera alfombrada, con «apliques» de luz en la pared. En pie estaba un criado negro, vestido como los otros, con frac blanco, tropical. Era alto, delgado...

Ted se inmutó, contemplándolo sorprendido. El criado, muy abiertos los ojos, palideció, trocando su negro color en ceniciento. Y comenzó a temblar, retrocediendo hacia el arranque de la escalera. Porque aquel «moreno» era nada menos que el tipo aquel que hacía pocas horas, muy pocas, lo había, metido en aquel lío de la emboscada, yendo a buscarle al hotel.

Ted se recuperó inmediatamente, como más ducho en sorpresas. Avanzó dos pasos y cogió al negro por un brazo, haciéndole bajar los dos escalones que ya había subido, iniciando la huida.

—¡Vaya, amiguito! —dijo en tono burlón, sujetándole bien y colocándolo, de un brusco tirón, al otro lado de la escalera, contra la pared—. ¿Te extraña mucho volverme a ver? ¡Quieto, o te incrusto en la pared, pajarraco!

—¿Que desea, señor? ¿Por qué me trata así? —el negro trataba de zafarse de aquella mano de hierro y pretendía también equivocarse a Ted, haciéndole creer que estaba engañado, confundiéndolo con

otro, Contaba con el cambio de indumentaria; cuando fue al hotel a buscar al agente iba vestido como un mendigo casi; ahora parecía todo un señor, con su traje de etiqueta. En cuanto al rostro negro, los blancos suelen creer que todas las gentes de color negras, amarillas, cobrizas, tienen un rostro casi idéntico.

—¿Qué deseo, dices? —preguntó Ted, zumbón—. ¿Te haces de nuevas? ¿Es que no estás con un susto de muerte desde, que me has visto? ¿Por qué me tienes miedo entonces? Me dejaste muy a punto en aquella esquina, donde me esperaba la muerte, ¿no? —Lo zamarreó con dureza.

El negro se encogía, temblando cómicamente, pero negando con la cabeza, obstinado.

—¡Yo no he hecho nada de eso, señor! ¡Estoy aquí desde hace varias horas, señor! ¡Pregunte al «maitre», a mis compañeros, al gerente! ¡Se confunde usted! —chillaba, mas ceniciento su delgada rostro cuanto más le oprimía Ted contra la pared.

Alguien bajaba, tosiendo, por la escalera. El agente especial levantó la cabeza. Era un hombre bajito, regordete, con un puro en la boca. Vestía «*smoking*» y pantalón negros. Era rubio, y su rostro afable, como aniñado.

—¡Ahí tiene al dueño, al gerente! —exclamó el negro, recobrando ánimos y tratando de escapar de la garra de Ted, que no lo soltó por eso.

El hombrecillo se detuvo, poniendo una mano sobre la barandilla. Puso cara de asombro, aunque no de enfado. Se quitó el habano de la boca y dijo en tono un tanto severo al negro:

—¿Qué es eso, Charlee?

—No sé, jefe —repuso el criado, ahora en un tono más agudo y decidido—. Este caballero me ha acometido no sé por qué. Me toma por otro, sin duda.

—Idiota, no quieras engañarme —contesto Ted, sulfurado ya, volviendo a coger de un brazo al negro—. Bien sabes que no estoy confundido...

—Señor —dijo el gerente, bajando la escalera con aire tranquilo—. ¿Es que el criado le ha faltado al respeto? ¿Quiere tener la bondad de explicarme lo sucedido? Charlie, deja hablar al señor.

Ted se sintió confuso, malhumorado. No podía intervenir como agente del

F. B. I.

, y llevarse, por las buenas o las malas, al condenado negro, que le estaba tomando el pelo. Y dar explicaciones al dueño del club nocturno le parecía tonto, porque seguramente sabía tan bien como él lo que había hecho su criado. Su situación era, por tanto, molesta, equívoca. Se decidió, no obstante, a poner las cartas sobre la mesa, dado que los otros dos tenían las suya y nadie estaba engañado.

—Este tipo —dijo en tono duro, zamarreando al negro, que callaba, fijando su asustada mirada en Deers, el dueño del local— ya sabe lo que ha hecho conmigo. Fue a buscarme al hotel diciendo que sabía quién había asesinado a Hunt y que me llevaría ante el asesino. Lo que hizo fue ponerme ante un pistolero, que disparó sobre mí. ¿Lo niegas, maldito? —Se dirigió al negro, que movió la cabeza negando con energía.

Deers, con su cara de niño asombrado, miró a Ted y luego a Charlie. Sonrió apaciblemente, quitándose el habano de la boca.

—¿A qué hora, señor, fue a buscarle Charlie para ese extraño cometido? —preguntó, imperturbable, a Ted.

—A las nueve, poco más o menos —respondió el agente especial.

Charlie lanzó una risita de conejo, prontamente reprimida por el joven, que le empujó contra la pared, furioso. Deers hizo más amplia su sonrisa benévola.

—Antes de las nueve, a las ocho y media, señor, estaba Charlie aquí, como siempre, preparando los servicios —dijo suavemente—. Le aconsejo se lo pregunte al «*maître*», a sus compañeros, si no quiere creerme. No hay duda que usted lo ha, contundido, caballero. No tiene nada de particular, se lo aseguro. Muchas veces me ocurre que confundo a mis criados, porque estos «morenos» —rió alegremente— todos parecen iguales por las caras.

—Cuénteme ahora una de miedo, señor —repuso irónicamente Ted, soltando a Charlie, que se apresuró a marcharse escaleras arriba—. Ese tipo es el que me hizo la trastada, pero parece que tiene una buena coartada —sonrió forzosamente, considerando que aquel «*round*» lo había perdido por no actuar como agente del

F. B. I.

De ser así se llevaría al negro, y también a Deers por mentiroso y querer librar a su criado de una buena.

—Desde luego, la tiene —afirmó Deers, inclinándose amistosamente, todo amabilidad y corrección—. Juego limpio, caballero. Supongo que usted es de la Policía ¿no? Razón de más para hacerlo. La desgracia acaecida al pobre Kunt nos tiene a todos de cabeza. Vamos al salón, si gusta. Me agradaría invitarle a un buen «*whisky*», con el deseo de que este incidente se arregle amistosamente.

—Soy el abogado de la familia Lebeau —repuso Ted, accediendo a marcharse de allí con Deers, que abrió la puerta, dejándole hueco para que pasara— y estoy investigando ciertas cosas —el agente especial no sabía que decir ni qué hacer, humillado, fracasado por la astucia de aquel pequeño hombre, de rostro aniñado, todo tranquilidad y dulzura—. Me llamo Ted Hickory.

—Me agrada mucho conocerles, señor abogado. —Deers guiaba a Ted por el pasillo, en busca de la mesa donde su sentara el joven.

El «*maître*», detrás, erguido, solemne, esperaba órdenes de su jefe. Se sentaron. Deers, a patentando indiferencia, preguntó al jefe de los camareros:

—¿A qué hora, Grant, vino esta tarde Charlie?

El «*maître*» levantó la cabeza un segundo, pensando. —Dijo después con voz campanuda:

—Hacia las ocho y media, o quizá un poco antes. Pasó lista, de manera que vino a su hora.

—Bien, Grant. Tráiganos una botella de «White Horse» del viejo, del mío, con la soda. ¿Desea alguna cosa más, señor Hickory? Y, Grant, que no me molesten mientras esté hablando con este caballero. —Deers miró sonriente a Ted cuando el «*maître*» se marchó—. Ya lo ve, señor abogado. Me permito sugerirle que sufrió una disculpable confusión.

—Dejemos ese asunto —gruñó Ted, apretando las mandíbulas.

Estaba al cabo de la calle de cómo se preparaban falsas coartadas, para que Deers le engañara ahora. Esto le indicaba, de rechazo, que Deers estaba metido en el asunto del asesinato de Hunt, que sabía lo ocurrido, o, quizá, que fue instigador de ello. Todo muy complicado, pero excitante para él, porque entraba de lleno en sus aficiones de investigador.

—De acuerdo —dijo Deers, ofreciendo un cigarrillo al joven—. Antes me dijo usted que es el abogado de los Lebeau, ¿no?

¿Investiga, por lo tanto, en ese asunto del asesinato del pobre Hunt?

—Sí. Investigo, y llevaré a la horca al que lo mato, y tal vez a alguno más; depende —contestó Ted en tono cortante, mirando fijamente a Deers, que afirmó con un gesto de cabeza, como dándole la razón—. ¿Qué sabe usted de Hunt, cómo era el muchacho?

—No me agrada hablar desfavorablemente de personas que han muerto, señor Hickory —contestó Deers en tono de disculpa, mirando un magnífico solitario que llevaba en el dedo anular de su mano derecha—. Su pongo que alguien le habrá dicho ya que el pobre chico llevaba mal camino, pese a nuestros consejos. Puedo asegurarle que hace tiempo le hubiera despedido, a no ser porque sabía que al hacerlo los verdaderamente castigados iban a ser sus padres. Pero lo disculpo, porque me doy cuenta de que el ambiente, la miseria, hasta quizá el ser negro, pesaba sobre él. Hay muy poca caridad, señor Hickory, sobre todo con la juventud, los niños.

El «maitre» llegó con una bandeja, dejando sobre la mesa la botella de «*whisky*» y el sifón. Deers le hizo un gesto de despedida, y luego miró a Ted con sus verdes ojos, apacibles, amables, esperando su respuesta a la perorata que le dirigiera momentos antes sobre su compasión hacia Hunt.

—Los informes que tengo yo de Hunt son totalmente opuestos a los que usted me da —repuso el joven con desdén—. Yo hablé con él unos días antes de morir y me produjo buena impresión. ¿Qué le hace a usted informar mal de él?

—Repito que no me agrada expresarme de él en sentido desfavorable. —Deers parecía muy contrariado, llenando las copas de «*whisky*» mientras tanto—. Aquí teníamos que reñirle mucho. Esto no tendría importancia, dado que tenía quince años solamente. Pero... le gustaba hurtar, como les gusta a casi todos los negros. Lo hace la miseria, ya lo sé, las privaciones. Hunt era excesivamente avisado para el mal.

—¿Qué robaba? —inquirió Ted, mirando con más hostilidad cada vez a Deers.

—No solamente comida, que eso no me hubiera importado, porque tenían hambre los suyos, aunque le dábamos doble ración para que se la llevase; repito que eso no tenía importancia, aunque revelaba un mal instinto. La cajera notó alguna vez que le faltaban

unos dólares, no muchos. Los camareros notaron también que habían sido registrados sus trajes, hurtándoles cantidades de las propinas recibidas, Hunt era peligroso, se lo aseguro.

El agente especial quedó silencioso. No creía una sola palabra de lo que le decía aquel hombre, un hipócrita consumado y embustero. ¿Por qué tanto empeño en querer hacer creer que el pobre muchacho Hunt había sido un maleante, un ladrón, y que su trágico final era merecido? Allí había algo extraño que tenía que desentrañar.

—¿No está aquí ahora el agente detective Gallier? —preguntó de improviso a Deers, tras una pausa.

—Viene a veces. El agente Gallier conocía muy bien a Hunt, y antes de que yo admitiese al chico me dijo que deseaba le pusiese a prueba yo, porque le daba lástima de él y de su familia. Eso fue lo que me decidió a admitir a Hunt, de quien tenía malos informes. Ya ve cómo ha salido...

La indignación ponía en el rostro de Ted una palidez grande, y su mirada era acerada, fija sobre el dueño de la Magnolia. ¡Qué pareja de truhanes debían de ser! Y todo ello mezclado con la misteriosa muerte de Hunt, lo que le daba tanto que pensar. Recordó cuando Hunt le dijo que Gallier le amenazó de muerte si hablaba. ¿Si hablaba a quién, sobre qué?

Se levantó sin cumplidos, apenas comenzada la copa de «*whisky*». Lamentaba con toda su alma no poder actuar como agente del

F. B. I.

, para coger del cuello a Deers y llevárselo a la División para tenerlo doce horas bajo interrogatorio hasta que declarase cuánto sabía y lo que había hecho.

—Bien, me marcho —dijo concisamente, sin tender la mano al hombrecillo, que, deferentemente, también se levantó, sonriente—. Dígame a Charlie que lamento haberme equivocado con él. Ciertamente, no he visto nunca muchos negros, aunque en Nueva York hay millares, pero jamás me ocupé de ellos y ni los miré la cara. Buenas noches, señor Deers.

—No tiene importancia, señor abogado. Le ruego que si averigua algo sobre Hunt no deje de decírmelo. No es un secreto cómo murió y por qué, pero sí me gustaría saber quién lo hizo. Una riña quizá...

Cuando Ted fue al guardarropa para recoger su trinchera estaban allí varios hombres y mujeres charlando, mientras esperaban sus abrigos ligeros y echarpes, que les entregaba una muchacha negra.

Al ponerse un gabán uno de ellos, de un bolsillo del «*smoking*» blanco se le cayó al suelo algo, Ted lo miró. Era un disco de color marfil, en cuyo centro había marcada una cifra: 25. Una ficha de las que se emplean para jugar, que tienen el valor en dinero marcado. El hombre se inclinó y la recogió. Dijo, sonriendo en voz baja:

—Se me olvidó cambiarla, bueno, mañana me valdrá.

El agente especial sonrió triunfalmente, dando la espalda a aquellas personas, que ya salían hacia la putera. Ahora sabía lo que había en la trastienda de La Magnolia. Allí se jugaba fuerte al parecer, clandestinamente. Por eso muchos de los clientes del club de noche, tras estar un rato en el salón de baile, disimuladamente desaparecían, yendo a jugar al piso superior, donde estaba de guardia aquel canalla de Charlie para dejarlos pasar si eran conocidos de la casa.

¿Qué papel entonces era el de Gallier, el agente de Homicidios? Porque a él no se le había ocultado que allí se jugaba. Y si no lo denunció y prohibió que en adelante se jugara era porque Deers...

En la calle, donde hacía una hermosa noche, fresca, con cielo estrellado, se sintió mucho más alegre y satisfecho de haber entrado en aquel lugar, aunque no hubiera encontrado a Gallier. Había hallado otras cosas mucho más útiles para él, para su investigación.

Eran las once y media y pensó que bien podía ir andando hasta el hotel donde se alojaba, para refrescar sus pensamientos en la tranquilidad de las calles, casi desiertas. De los muelles del río llegaban a veces los mugidos de las sirenas de los barcos. Arriba, en el cielo, pasaba un gran avión de pasajeros, guiñando las luces verde, blanca, roja, zumbando sus cuatro motores.

Buscó, a través de las anchas calles céntricas, el Vieux Carré. Le gustaba, a la luz de la luna, contemplar aquellas edificaciones antiguas, estilo español colonial, o francés del siglo XVIII, con las maravillosas filigranas de hierro de sus balcones, verjas de casa, ventanas, las macetas de flores en los patios, las silenciosas plazas rodeadas de altas palmeras, con sus jardines y los bancos blancos, y a un lado, una iglesia de piedra blanca, muy antigua, con la

espadaña donde parecían dormir las campanas negras.

Mientras caminaba con lentitud iba madurando sus planes de acometer a Deers y a Gallier, a quienes creía firmemente asociados en aquel oscuro negocio del juego, y, por lo visto, dispuestos igualmente a no retroceder ante el crimen si avizoraban algún peligro de ser descubiertos. Admitido esto, ya no dudó de que el atentado que él había sufrido hacía unas horas había sido planeado por Deers y Gallier. Tenían miedo de que un agente del F, B. I. comenzase a husmear en el asesinato de Hunt.

Pasaba un negro, empujando su carrito, muy adornado y pintarrajeado, en el que vendía helados. Se detuvo para, recuperar fuerzas en medio de la calle, limpióse el sudor y se puso a cantar con voz timbrada una vieja canción del Sur, de los campos de algodón:

*Un campo blanco como nieve;
escucha el suave canto de los negros
Ansío estar allí,
porque alguien me espera
Allí donde florecen los copos de algodón.*

Ted contempló con simpatía, parado en la acera. El negro rió bajito, limpiándose la frente con un gran pañuelo de colorines. Después, tarareando, se alejó por una estrecha calle silenciosa, donde sonaban las ruedas del carrito, que parecía una góndola. El agente especial se metió también por aquella calleja, buscando lugares nuevos no conocidos de él. Estaba en la parte oeste del Vieux Carré, al Norte. Llegó a una placita llena de recogimiento, en la que había, en medio, un surtidor con la forma armoniosa de un cisne, de cuyo pico, elevado hacia el cielo, caía el agua, que sonaba como una dulce música.

Un coche, silenciosamente, se acercó a la acera. Ted estaba de espaldas al vehículo, cuyas portezuelas se abrieron sin producir ruido apenas. Dos hombres se bajaron sigilosamente de él. Tres pasos, y se colocaron al lado del agente especial, que se volvió un poco sorprendido.

—Vaya al coche sin despegar los labios —dijo uno de ellos.

Ambos eran negros y llevaban pistolas, que apoyaron en los costados de Ted.

—Vaya, camine, camine —dijo el otro, empujándole con la mano izquierda—. Al coche, y en silencio, o le dejamos tieso.

El agente especial sonrió divertidamente, diciéndose que lo que ahora le pasaba no era extraño, dado que él había dado muy poca importancia al anterior atentado, dedicándose, como un pacífico turista, a recorrer las pintorescas calles del Vieux Carré, olvidando lo delicado de su situación. Mas vuelto a la realidad, nada halagüeña, tenía que pensar rápidamente cómo salir de aquel mal paso. Una pistola a cada lado del cuerpo, prestas a ser disparadas, no era como para tomarlo a mucha burla o desdén. Aquellos «morenos», sin duda alguna, querían «pasearlo» en las afueras de la ciudad.

—No tengo ganas de pasear en coche —dijo, en tono tranquilo, mirando a uno y otro hombre, que vestían corrientemente, llevando gorra de visera muy echada sobre el rostro achocolatado, de ancha nariz y gruesos labios.

Los negros se miraron, atónitos. Ted demostró conocer bien la psicología de los individuos de aquella raza. Nunca se mostraban en un plano de igualdad con los blancos. Algo atávico les hacía sentirse inferiores, esclavos más o menos libertos, pero siempre inferiores al blanco. Si un blanco les hablaba resueltamente, en tono de mando, de desdén, sin miedo, ellos bailaban la cabeza, buscando envalentonarse mediante un esfuerzo poderoso, que la mayoría de las veces no encontraban. Esto era lo que les sucedía a aquellos dos matones. Tal vez pensaron encontrar miedo en Ted, y eso les hubiera hecho envalentonarse, ser asesinos, crueles, despiadados con el blanco que ante ellos demostraba no tener pavor.

—Camine —dijo uno de ellos, pero no intentó empujarlo violentamente—. Camine, o aquí mismo acabamos el asunto.

—Claro que aquí mismo —afirmo el otro, mirando desconfiadamente a su alrededor, sobre la placita callada, desierta.

El cisne de piedra, mirando al cielo, lanzaba su chorro de agua que luego lo bañaba, brillantando su cuerpo.

—No —repuso Ted, impávido, muy tranquilo—. Matadme aquí, si os atrevéis. ¿Os han dicho que pertenezco al F. B. I.

? ¿Sabéis que si me matáis será para vosotros como si pusierais vuestros cuellos en el lago de la horca?

—¿Del

F. B. I.

? —murmuró sordamente el que estaba a su derecha.

Abrió mucho los ojos, asombrado, mirando a su compañero. Esto demostró igual consternación y pasma.

Ted dio un paso atrás, decidido. En medio segundo tenía el «Magnum» en la mano, apuntando a los dos negros. La situación había cambiado radicalmente, todo por ser negros del Sur los que recibieran la orden de «pasear» a un blanco sin más ni más. Los habían engañado y se daban cuenta de ello ahora, un poco tarde.

No les quedaba otro remedio que buscar en la huida la solución a su paso en falso. Tenían la pistola en mano, pero sabían también lo que era el

F. B. I.

Atropellándose, se lanzaron al coche, apuntando a Ted para atemorizarlo y que les dejase huir en el vehículo.

El agente especial disparó dos veces sobre ellos. A las piernas, porque no deseaba matarlos, sino interrogarlos. Después levantó el revólver, más amenazador que antes, dispuesto a tirar a matar si ellos respondían con sus armas.

Los dos individuos gritaron de dolor y pánico, indicándose a la vez y cojeando. Soltaron sus armas, atemorizados, para contener la sangre que brotaba de la pantorrilla, donde recibieron cada uno una bala. Todo su falso valor se vino abajo ante la amenazadora actitud de Ted, dispuesto a acabar con ellos en pocos segundos si osaban hacer resistencia.

—¡Quietos ahí! —gritó el agente especial, y se acercó, dando con el pie a las pistolas para alejarlas de los negros—. ¡Quietos, o no lo contáis!

—Mire, patrón —exclamó uno de ellos, sentándose en el suelo —; nosotros no sabíamos que usted era del Gobierno. Nos mandaron que le diéramos un sustito, no más que un sustito...

—Solamente meterle el resuello en el cuerpo, caballero —dijo el otro, suplicante—. Bromas de aquí, si sabe lo que quiero decir. Nos desangramos, véalo... ¿Nos dejará desangrarnos?

—Para lo bichos que sois, eso no tendría inoperancia alguna —replicó Ted adustamente, sin moverse de donde estaba—. Depende eso de vosotros. ¿Quién os ha mandado que me mataseis?

—Pero, patrón, no se trataba de matarlo, fíjese —gritó uno de ellos, en tono plañidero—. Nadie nos mandó eso. Nosotros no somos asesinos y nos habríamos negado. ¡Me voy a desangrar, caballero!

—¿Quién os mandó matarme? —volvió a preguntar Ted, y levantó el revólver, echando atrás ostentosamente el percutor del arma.

—¡Qué cosa, señor, con su terquedad en creer que nosotros queríamos matarlo! —farfulló el otro, apretándose la herida para impedir que saliese la sangre. Comenzó a sollozar, sin dejar de mirar con el rabillo del ojo a Ted—. Déjenos marchar, patrón...

—Voy a disparar sobre vosotros si tratáis de seguir así. Estamos solos, y con decir que habéis tratado de atracarme y me he defendido, basta para que no me hagan nada y hasta me feliciten. Sois negros, no lo olvidéis. ¿Quién os mandó asesinarme?

Los dos matones se miraron con ansiedad y miedo cada vez mayores. Veían cómo su sangre manchaba ya el cemento de la acera, corriendo un delgado canal rojo que brotaba de sus piernas.

—Bueno, pues fue Charlie. Uno como nosotros, que nos dijo: «Le dais un susto bueno a ese hombre y yo os entrego cincuenta dólares a cada uno». Y eso fue patrón. Le íbamos a dar una pequeña paliza y a dejarlo en una cuneta, lejos, pero ni nada más, se lo juro —dijo el más delgado y más atemorizado.

—Se juega fuerte en Magnolia, ¿verdad? —inquirió Ted después, aprovechando aquella extraña situación para procurar averiguar cuanto le fuera posible.

—Bueno, pues... —el negro miró a su compañero con temor. Pero la sangre seguía manando de las piernas de ambos, y esto les llenaba de pavor—. Si, se juega..., y se hacen trampas por la banca. ¡Déjenos marchar ya o avise que vengan a curarnos! ¡Nos está dejando morir!

—¿Quién mató a Hunt? —preguntó de nuevo Ted, implacable—. Cuanto antes me contestéis, antes os curarán. ¿Quién mató o mandó matar a Hunt?

—¡No lo sabemos eso! —gritó el negro, con angustia—. ¡Nosotros no fuimos!

—¡No fuimos nosotros! —exclamó el otro roncamente—. ¡Lo sabrá Charlie, o su jefe! Nos contrataron solamente para asustarle a usted, y de lo demás no sabemos nada.

En aquel momento sonó una sirena y el zumbido de una motocicleta que se acercaba rápidamente. Los dos negros intentaron levantarse, pero solamente podían tenerse sobre una pierna, pues la otra la tenían rota seguramente, o la herida de bala les impedía apoyarse en ella. Ted corrió por la pequeña plaza, buscando entre las sombras de los macizos de flores el no ser visto. El tener a la Policía en contra le hacía huir de ella lo mismo que si fuese un maleante.

Siguió su carrera precipitada, metiéndose en varias estrechas calles del Vieux Carré, donde, por haberlo recorrido ya otras veces, se pudo orientar. Divisó las torres de la catedral y luego el viejo cabildo, en la gran plaza silenciosa. En un banco, un hombre y una mujer charlaban como dos enamorados en aquel grato ambiente de paz y belleza.

Llegó por fin al Hotel Fleur. En la acera estaban sentados, en sillones de mimbrés, varios huéspedes, fumando, bebiendo y hablando. La noche era espléndida. Llegaba del golfo una suave brisa con olor a salitre, que hacía moverse dulcemente las palmeras esbeltas del jardín. Alguien tocaba una guitarra y cantaba en español un aire mejicano.

Eran casi las dos de la madrugada cuando se acostó Ted. Pensó que su investigación había adelantado bastante, ya que sus sospechas habían entrado sobre Deers, Gallier y aquel Charlie respecto a la muerte de Hunt. Existía un garito en Magnolia, cosa prohibida por la Ley, y solamente hacía falta comprobar su funcionamiento para proceder contra aquella pandilla de maleantes. Esto no iba a ser fácil ahora, pues Deers cerraría temporalmente su garito en vista de que había trascendido el secreto.

Se durmió a los pocos minutos, sin que pesara sobre su ánimo el temor ante los dos atentados que había sufrido en veinticuatro horas. Había tenido suerte, pues, sobre todo en el segundo, salvó su vida gracias a la impericia de sus atacantes, que muy bien pudieron apuñalarlo o matarlo a tiros en la misma plaza, en vez de intentar hacer las cosas al estilo de los «gangsters» de Chicago.

El teléfono sonó hacia las nueve de la mañana, cuando ya se estaba vistiendo. Era la linda maestra Ruby Huber la que le llamaba.

—Quisiera verlo, señor Hickory —dijo la joven—. No quiero

decirle nada por teléfono... Tengo que atender a mis alumnos y por eso no puedo desplazarme para visitarle.

—No se moleste. Yo iré ahora mismo. Dentro de media hora estaré ahí —respondió Ted, contento de encontrar una oportunidad de hablar con aquella deliciosa mujercita, de la que se había acordado casi continuamente, pese a sus preocupaciones.

Desayunó rápidamente en la habitación, y luego tomó un taxi, dando la dirección de la escuela, en Clairborne Street, al chofer. ¿Para qué querría hablar con él la joven? Desde luego, sería sobre la muerte de Hunt. Si conseguía nuevos datos, y además estar con ella un rato...

La escuela estaba en un edificio en forma de pabellón de un solo piso, rodeado de un jardín con altas palmeras de oscilantes copas, un espacio para juegos y una piscina. Los niños negros jugaban en aquel instante en medio de gran algarabía. Sentada en un sillón de mimbre, estaba en el jardín Ruby, la maestra; su vestido blanco, de sencillo y bonito corte, realzaba su esbeltez y distinción. Ted confirmó su impresión de que era una muchacha realmente encantadora cuando avanzó hacia ella, que se había levantado para saludarle.

—Buenos días, señorita Huber —dijo Ted, estrechando su mano pequeña, pero fuerte—. ¿No se vuelve loca con los gritos de esos salvajes?

—A veces sí, pero hay que considerar que son niños y que no es posible pedirles moderación. En cambio, cuando están en clase, parecen mayores, y eso es lo que hay que desear —contestó ella, sonriendo—. ¿Vamos a mi despacho?

¡PROEZAS! ¡PROEZAS! ¡PROEZAS!

Es el título de la nueva colección de aventuras modernas, en ambientes exóticos, realizadas por hombres audaces y mujeres apasionadas.

Argumentos tensos y dramáticos, presentación exquisita, al bajo precio de CINCO pesetas.

JOVENES, MUJERES Y HOMERES leerán

P R O E Z A S

VI



L despacho de la maestra era una habitación alegre, muy ventilada por dos ventanas amplias que daban al jardín. Ruby tenía una auxiliar, una muchacha que había terminado la carrera hacia un par de meses y practicaba en la escuela de la señorita Huber hasta que la designasen escuela propia. La muchacha se levantó a un gesto de Ruby y salió después de saludar a Ted. El agente especial se sentó frente a la mesa ocupada por la maestra, que parecía preocupada.

—Bueno, señor Hickory —dijo tras una pausa—. Seré breve y concisa. Quería hablar con usted cuanto antes porque Gallier, el detective del Precinto Catorce vino anoche, hacia las ocho, a visitarme. Yo vivo aquí, en la parte trasera del edificio. ¿Sabe lo que me dijo ese hombre, muy diplomáticamente?

—Intentó coaccionarla, ¿no? —respondió Ted, sonriendo—. De ese tipo no puede esperarse más que desatinos, dado el miedo que tiene.

—Precisamente —afirmó la joven, mirando a Ted con cierta admiración—. Me dijo que esta escuela, que depende del Municipio, tiene muchos golosos que están constantemente presionando para que yo sea trasladada y ocupar mi plaza. Me aclaró que él tenía buenas amistades en el Ayuntamiento y que podría sin duda alguna anular esas recomendaciones y que siga aquí, si yo...

—Si usted se abstiene de intervenir y declarar en el caso de Hunt, ¿verdad? —terminó Ted, después de encender un cigarrillo.

—Está usted muy al tanto de las intrigas en cierta clase de gentes, por lo que veo. La baja política, ¿no? Pues eso mismo es lo que me dijo entre vacilaciones y frases amables, y no por eso menos amenazadoras. Me dijo que yo llevaba una vida tranquila, con buena paga, y que no comprendía cómo había dicho a usted que Hunt era un chico decente, cuando los informes que él tenía, como policía, eran opuestos. Ello significaba, según él lo entendía, ponerme del lado de la injusticia, contra la Ley, y podría arrepentirse si seguía en tal actitud. Esperaba que desistiese de figurar como testigo cuando se vea la causa por la muerte de Hunt. Y se marchó, pero antes hubo de escucharme. —Ruby se sonrojó de indignación.

—¿Qué le contestó usted? —preguntó Ted, algo inquieto—. ¿No fue diplomática con él? ¿Cree que realmente cuenta con la suficiente influencia como para arrojarla de esta escuela?

—No pensé en tal cosa. Me proponía algo indigno. Encubrir un crimen repugnante, y mi respuesta no podía ser otra, sino que deseaba figurar como testigo a favor de Hunt y declarar lo bueno que fue el muchacho siempre, incluso cuando dejó de venir como alumno, porque me visitaba con mucha frecuencia y conocía perfectamente su modo de ser y cómo luchaba valerosamente por salir adelante en la vida, ayudando a sus padres y hermanos. Le dije que el asesinato de Hunt era algo muy tenebroso y que no comprendía cómo la Policía, él mismo, estaban tan extrañamente desorientados e informados.

—Una acusación en toda regla, Ruby —murmuro Ted en tono preocupado—. Sí, usted tenía que hacer eso, porque es sincera y

desea que la verdad prevalezca, pero...

—El apartarme de este asunto, Hickory —interrumpió la joven con dureza—, era encubrir el crimen, apoyar una falsedad convertirme en cómplice de un acto incalificable. Hunt era bueno, honrado, y ha sido asesinado porque sabía algo que podía perjudicar a Gallier y a otros. No olvidemos lo que el chico le dijo a usted, las amenazas del detective, si hablaba.

Ted explicó a Ruby lo que había averiguado respecto a las actividades ilegales y clandestinas que tenían lugar en Magnolia.

—Tengo la fuerte sospecha de que Gallier es socio, de Deers en ese garito, o «protege» a Deers a cambio de una fuerte suma o porcentaje en los ingresos por el juego —terminó el joven—. Hunt se enteró de eso, tal vez sin darse cuenta de ello, llegando a sus oídos una conversación, y lo consideraron muy peligroso. Gallier intentó atemorizarlo salvajemente, pero al fin consideró que era mejor cerrarle la boca para siempre, y lo asesinaron.

—¡Cobardes! —exclamó la joven, reprimiendo las lágrimas de rabia—. ¡Eso es lo que quiere ese hombre entonces! ¡Que yo declare en su favor para que quede impune su crimen! ¡Aunque me quiten la escuela no lo haré!

Ted pensaba, ante la actitud digna de Ruby, que otros peligros podrían sobrevenirle, dada la catadura moral de Gallier, de Deers y sus secuaces. Si hacían con ella algo de lo que habían hecho con él, la muchacha estaba en grave peligro, porque solamente escapó él por suerte y por ser hombre. Y por estar avezado a la lucha contra los maleantes en todos los terrenos.

—No obstante —advirtió él, cautelosamente—, debo advertida que esa gente no vacila en emplear la fuerza, quizá la agresión personal, cuando les fallan las advertencias amenazadoras. Me parece que será muy prudente que nos veamos con más frecuencia y que en todo momento sepa que puede contar conmigo, sea de día o de noche.

—Gracias, señor Hickory —repuso ella, sonrojándose levemente, confusa—. Soy muy conocida en este distrito, y cualquier cosa que ocurriese no dejaría de levantar muchas protestas. Por otra parte, no creo que Gallier pueda hacer su capricho a espaldas de sus jefes.

Ted sacó de un bolsillo una pequeña pistola automática y dos cargadores, y se lo tendió todo a la joven, que lo miró con asombro.

—Cójalo. Tal vez no haya ocasión de emplearla, pero, por si acaso —dijo el joven, sonriendo animosamente—. Si alguien pretende sacarla fuera de aquí de noche, sea blanco o negro, opóngase incluso disparando contra quien lo pretenda. Si Gallier u otro agente quieren llevársela al Precinto, haga valer su derecho a darme cuenta de ello por teléfono y de no prestarse a interrogatorios sin estar yo delante. No salga de noche por ahora. No abra la puerta a desconocidos.

—Me está asustando —respondió Ruby, riendo alegremente—. Pero le haré caso, se lo prometo. Me doy cuenta de que sabe usted qué clase de gente se nos ha puesto enfrente. Gallier siempre ha tenido mala fama de cacique al amparo de su cargo oficial. En este Distrito Negro le odian tanto como le temen.

—¿Al teniente Wingate también? —preguntó Ted.

—A él le consideran culpable de que su subordinado sea así de arbitrario, aunque personalmente se porte algo mejor con los negros. Como irá observando, en el Sur existe muy fuerte el sentimiento racista. Un niño blanco siempre se considerará superior a otro negro. Desde siglos, desde que se implantó la esclavitud, ese sentimiento se hereda de padres a hijos, y con leyes o sin ellas, el problema subsiste, y a veces se agudiza con actos de violencia.

—No olvide mis recomendaciones, señorita Huber —dijo Ted, levantándose del sillón—. Vendré a verla con frecuencia, si me lo permite...

—Me agrada mucho verlo, señor Hickory. Así me podrá dar noticias de la marcha de este asunto. Los vecinos de este distrito están soliviantados. Si no se hace verdadera justicia es posible que sucedan cosas muy desagradables. Estos seres, aunque tengan mucha paciencia y siempre se vean tratados injustamente, pueden llegar un día a exasperarse, y entonces es cuando, a su vez, cometen actos de barbarie que les da pretexto a los racistas para pedir el exterminio de los negros en toda la Unión.

—Creo que la verdad respecto al asesinato de Hunt saldrá muy pronto a relucir —opinó Ted, pensativo—. Voy reuniendo antecedentes y convicciones que así lo indican. Pero ellos no vacilan en emplear medios tan desesperados como absurdos. Lo que ha hecho Gallier con usted es como declararse culpable. Ya casi no intenta ocultarlo y el miedo le lanza a la violencia. Por eso debe

tener cuidado. Adiós, señorita, y acuda a mí a la menor señal de alarma.

Ted se alejó de la escuela poseído de honda inquietud. No le había gustado que Gallier, personalmente, fuese a amenazar de aquella manera a la joven, a quien intentaba aterrorizar para que callase. El detective igual podía llevar a cabo aquella amenaza de dejarla cesante que enviar a algún maleante para que la asesinase, o lo haría él mismo. Y Ruby era una mujercita deliciosa para correr semejantes riesgos.

A paso rápido, cruzando calles estrechas y malolientes, en aquel Distrito Negro que era como una lacra en la bella ciudad del Sur, llegó al Precinto 14 de Policía. Preguntó a un agente uniformado por el teniente Wingate. No estaba en su mesa el agente Gallier.

—Buenos días, teniente —dijo Ted cuando se vio frente a frente del ceñudo Wingate—. Vengo a protestar de la conducta de su subordinado, el agente Gallier, con respecto a la señorita Huber, la maestra de Clairborne Avenue. ¿Sabe algo de eso?

—No sé nada —contestó adustamente el teniente—. Suelte lo que sea, porque tengo prisa.

—El agente Gallier ha indicado, con toda delicadeza, a la señorita Huber que si declara lo que sabe respecto a la conducta de Hunt en el tribunal es muy posible que sea desposeída de su escuela, porque él conoce a personajes influyentes del Ayuntamiento. Eso es una coacción intolerable, teniente, además de una estupidez que se volverá contra Gallier.

El teniente arrugó el ceño, un poco pálido su macizo rostro. Se rascó el mentón, baja la mirada. Dijo después en tono brusco, decidido:

—Está bien, señor Hickory. Tomo nota de su denuncia. No sabía nada de semejante asumo. Gallier, a veces, es excesivamente celoso en el cumplimiento de su deber y se va de la lengua demasiado. Espero que la señorita Huber habrá tomado las cosas como realmente son: una broma de Gallier.

—¿Una broma? —dijo Ted, sonriendo con ironía—. Bien, entonces tendrá que atenerse a las bromas que a él le gasten, tales como que le llevan ante los tribunales por amenazas y coacciones estando de servicio; también es posible que lo expulsen del Cuerpo. Ya sabe, teniente, lo que le puede suceder a un representante de la

Ley cuando no es honesto.

—Le digo que deje ese asunto de mi cuenta, señor Hickory —contestó en tono violento el teniente—. Recojo su denuncia y actuaré inmediatamente. No es preciso que usted lleve las cosas tan a mal. Y, oiga, anoche dos negros fueron heridos en una pierna cada uno por un hombre cuyas señas personales coinciden con las de usted, y, además, dijo que era del

F. B. I.

—Wingate sonrió sarcásticamente, mirando fijamente a Ted—. ¿Fué usted el que hizo eso?

—Fui yo, sí. Me querían meter en un coche para asesinarme. Iban armados. Es la segunda vez en dos días que tratan de liquidarme. Soy agente del

F. B. I.

, no lo olvide, y, además, como simple ciudadano, tengo derecho a defenderme. No los maté, aunque pude hacerlo. ¿Qué han hecho ustedes con esos tipos?

—Claro, ellos dicen que iban bebidos y que le invitaron a usted amablemente a que les acompañara para seguir la juerga. Nada de agresión contra usted —murmuró el teniente, pensativo—. Bueno, son unos maleantes, ya fichados por nosotros. Pero usted, señor Hickory, huyó cuándo llegó un motorista de los nuestros, y eso no es legal, bien lo sabe usted. ¿Por qué no se presentó a declarar, a denunciar el caso, a ayudarnos?

—Lo iba a hacer hoy, pero estoy muy ocupado con el caso de Hunt —respondió Ted, humorísticamente—. Ya sabía que ustedes llevarían a buen fin lo de esos maleantes sin mi ayuda. Le felicito, teniente. Deseo que con la misma facilidad encuentre al asesino de Hunt, y para eso no le escatimo mi ayuda. Y haga el favor de decir a Gallier, de mi parte, que tenga cuidado con lo que dice a personas dignas, porque la coacción es un delito. Hasta la vista, teniente.

Wingate le hizo un gesto de despedida, nuevamente rabioso contra el agente especial y consigo mismo. Se sentó a su mesa, acariciando su mentón, pensativo. De mala gana ordenó algunos expedientes y asuntos de trámite. Poco después se asomó al despacho general de los agentes, que estaba vacío. Volvió al suyo y encendió un cigarrillo con ademanes bruscos, impacientes.

Poco después alguien dio un golpecito en la puerta, solicitando

entrar. Era el agente Gallier, a juzgar por aquella forma de llamar.

—¡Pase! —exclamó el teniente, con rudeza.

Dejo los papeles que tenía en la mano y se recostó sobre el respaldo del sillón. Su macizo rostro, duro, áspero en su mirada y gesto, acentuó aquella severidad al entrar el agente detective.

—Hola, teniente —dijo Gallier, que había observado el mal humor de su jefe con una rápida y fugaz mirada—. Bueno, su orden está cumplí...

—Espere, Gallier —cortó Wingate en tono impaciente, mirando fijamente a su subordinado—. Espere. Tengo que comunicarle que estoy ya más que harto de que se exceda, y me está causando muchos perjuicios con su forma caprichosa de ser un agente de la Policía. Voy a formarle expediente ahora mismo y lo voy a remitir al Cuartel General, juntamente con su persona. Por mi parte deja de prestar servicios en este Precinto. ¿Está claro?

Gallier, en pie, lívido, miraba a su jefe con los ojos casi cerrados, y una sonrisa forzada frunció sus delgados labios.

—¿Por qué, jefe? —inquirió con voz suave, algo irónica, y se encogió de hombros, como si no diese mucha importancia a las palabras de Wingate.

—¿Me lo pregunta? —vociferó el teniente, dando un puñetazo sobre la mesa—. ¿No sabe que desde hace, mucho tiempo le he estado sermoneando que lo que usted hace es contrario a las ordenanzas del Cuerpo? ¿Qué tiene ciertas relaciones con gentes que van caminando con un pie dentro de la Ley y el otro fuera? ¿Y que en el caso del asesinato de Hunt parece como si usted tuviese cierta participación?

—Todo eso son habladurías, jefe, y parece mentira que usted... —murmuró con desprecio Gallier; volviendo a encogerse de hombros.

—¿No ha estado usted en la escuela de la señorita Huber y la ha amenazado con dejarla cesante si declara sobre el chico en sentido favorable a él... y desfavorable para usted? ¿No ha amenazado igualmente al sacerdote, al padre Vaillant, si declara en favor de Hunt? —rugió el teniente, levantándose porque la indignación le impedía estar quieto—. Yo me pregunto, Gallier, qué clase de pájaro es usted, porque, desde luego, no es de la categoría de los decentes. ¡No puede seguir siendo policía, y eso es lo que voy a

decir en el Cuartel General!

Gallier retrocedió hasta la puerta, la abrió, asomé la cabeza bacía el despacho grande y luego volvió a cerrar la puerta, sonriendo. Estaba muy pálido, con las mandíbulas apretadas por la rabia. Wingate, en pie, ante la ventana, le miró atentamente.

—Me parece, jefe, que debo darle un consejo —dijo Gallier, con voz fría y lenta pronunciación, como si quisiera recalcar bien lo que decía—. No haga nada de eso que me cuenta, ¿quiere? Si hace que me echen del Cuerpo lo va a sentir usted mucho más que yo...

—¡No sentiré que lo echen, porque es usted un maleante, un condenado traidor al Cuerpo, que emplea abusivamente su autoridad para fines particulares, inmorales! —gritó el teniente, enronqueciéndole la voz por la rabia—. ¡Me ha estado dando falsas informaciones sobre la muerte de Hunt, sobre cómo era el chico, y me va a echar encima al

F. B. I.

! ¡Gallier, yo le voy a acusar del asesinato de ese chico, o, al menos, de encubridor!

—Peor para usted, jefe —repuso Gallier, sacando con presteza su pistola de la funda, en el cinturón—. ¡Levante los brazos y a callar! ¡Levante los brazos!

Wingate, asombrado, los levantó. Ahora comprendía quién era, en realidad, aquel hombre, que desde hacía varios años era policía. Claro que desde que pasó al Precinto 14 pensó de él que reunía muy pocas aptitudes como defensor de la Ley, y que más bien parecía un conculcador en potencia de ella. ¿Qué iría a hacer ahora aquel granuja, al ordenarle que levantase los brazos? ¿Por qué se había asomado al despacho general, como sí quisiera ver si había alguien que les pudiera oír?

Gallier, sin dejar de apuntarle con la pistola, se acercó a él, y le quitó el arma que llevaba bajo la axila.

Wingate, rugiendo de rabia, se volvió para golpear a Gallier, pero éste le tomó la delantera con ferocidad inigualada. En vez de disparar, lo que habría alarmado a los agentes de uniforme que estaban en la puerta del edificio, propinó a su jefe repetidos culatazos con la pistola sobre la descubierta cabeza.

Wingate cayó desmayado, la cara llena de sangre, el cuello, los hombros. Gallier, ebrio de rabia y rencor, se inclinó, y siguió

machacando aquel cráneo con loco frenesí, aunque tenía buen cuidado de no mancharse con la sangre de su víctima ni producir ruido.

Cuando, jadeante, con los ojos fuera de las órbitas, dejó de golpear con la pistola, Wingate era ya cadáver. Una cabeza y un rostro destrozados, que el agente contempló con una sonrisa cruel.

—¡Denúnciame ahora, si puedes! —exclamó, con sorna.

Después retrocedió unos pasos, mirando la estancia, la lucha apenas si había producido desorden. Solamente en el rincón de la ventana había un charco de sangre, que aumentaba rápidamente de tamaño. Y el teniente, boca arriba, con el rostro bajo una roja mancha, desfigurado.

Gallier salió del despacho con sigilo, metiendo su pistola en la funda. Limpió la de Wingate con esmero, pero aprisa; entró de nuevo en el despacho, y la metió en el cajón central de la mesa de despacho. Volvió a salir. Con un esfuerzo de voluntad compuso su rostro, dándole un aire de tranquilidad. No tenía manchas de sangre en el traje, ni en los zapatos, ni en las manos.

Fue hasta la salida del Precinto, donde estaban de guardia dos agentes uniformados, que le miraron con indiferencia. Nunca el agente Gallier tuvo simpatías entre sus compañeros, uniformados o detectives. Le trataron siempre «oficialmente», con frialdad.

Subió al coche, que tenía muy cerca de la puerta, y lo puso en marcha.

Los dos «cops» siguieron su charla cuando el vehículo dobló la esquina. Un cuarto de hora después, el agente de paisano Barnes entró en el Precinto, pasando directamente al despacho general.

Tres minutos después, los dos «cops» saltaron de sus asientos cuando el agente Barnes apareció ante ellos pálido como un muerto, y gritaba roncamente:

—¡El jefe..., el jefe está muerto, asesinado!

Los dos agentes, atónitos, corrieron al despacho, en unión de Barnes. Se miraron como idiotizados, aterrados, sin comprender qué pudo haber pasado allí hacía no mucho rato. Barnes telefoneó al Cuartel general, ponteadó así en marcha las investigaciones para aclarar el misterio de aquella muerte. El capitán Hayes preguntó, pensó, y dio orden, de buscar al agente Gallier, última persona que había estado en el despacho del teniente Wingate.

¿Conoce usted

NOVELISTAS DE HOY?

Es una colección que presenta las mejores novelas inéditas de los famosos escritores Baroja, López de Haro, Fernández-Florez, Cela, Insúa, Laforet y otros, editadas maravillosamente al precio ínfimo de CINCO pesetas.

¡SOLICITENOS FOLLETO GRATUITO!

VII



L detective Gallier hacía volar a su coche por la carretera. Pero el coche era de la Policía, con su rótulo en las portezuelas, su matrícula oficial, y, sobre el techo, en la parte delantera, el anuncio «Pólice» en grandes letras, que por la noche se iluminaban. Huía, pero aquella huida era tan descabellada como descabellado fue el asesinato de su jefe el teniente Wingate. Gallier había perdido, por tanto, la cabeza, y trataba ahora de salvarla huyendo, huyendo...

La carretera era la Noventa, de primera clase, que se dirigía hacia el Oeste, cruzando el Misisipi por el puente enclavado en la ciudad. No sabía adónde ir, no siendo que se dirigía al Oeste, lo cual no suponía nada en cuanto a encontrar salvación en aquel punto cardinal. Tanto le hubiera dado ir al Este, el Norte o el Sur.

Pero Gallier, aún perdida la cabeza por aquellos actos cometidos antes, llenos de salvajismo, dejando que su ferocidad se impusiera al buen sentido, todavía pensaba, aunque a su manera. Mientras conducía con gran habilidad, su recuerdo le llevó a Ruby Huber, la maestra de escuela que se le había puesto enfrente con un valor desconcertante cuando el trato de asustarla para que no declarara a favor de Hunt. Desde mucho tiempo atrás, Gallier sentía profunda admiración por la belleza de Ruby. Le gustaba extraordinariamente, ésa en la palabra. Y muchas veces se lo dijo así a la joven, recibiendo una fría y cortante negativa a sus insinuaciones amorosas, con fines turbios.

Gallier creía que la misma Ruby había ido a ver a Wingate, el teniente, y le refirió cómo el detective quiso coaccionarla para que no hablara como testigo en favor de Hunt. Y el teniente se puso furioso, seguía pensando Gallier, y le amenazó con dejarlo fuera del Cuerpo y encausarle como asesino o cómplice en la muerte del muchacho negro. Esto le costó la vida al teniente; pero quedaba Ruby allá, en el distrito negro... ¿Por qué no vengarse de ella, dado que contribuyó a que él perdiese la razón, vencido por el miedo, y matase a su jefe?

La mente del agente trabajaba febrilmente en un solo sentido. Salvarse y vengarse de Ruby, que lo denunció. Hubiera querido vengarse también de Ted Hickory, el agente del

F. B. I.

, cuyas investigaciones, aparentemente sin importancia, tendían a acorralarlo, sacando la verdad a la luz pública. Sí; el agente especial era muy peligroso, pero ya estaban las cartas boca arriba, y no pasaría de ser uno más a perseguirlo, porque él había dado el paso necesario para pasar a ser un perseguido de la Policía, como un maleante que en realidad fue y era.

Frenó casi repentinamente el coche. Solamente estaba a diez millas de Nueva Orleáns, al Oeste. La idea de vengarse de Ruby le seducía, y ponía freno a su idea acuciante de huir, de poner muchas millas entre él y la Policía, sus camaradas de antes.

Pero no quería entrar en la ciudad con aquel coche, que pregonaba a todas luces quién iba dentro. La Policía ya habría dado la voz de alarma en estaciones ferroviarias, en controles de carreteras, en puentes, en aeródromos. Incluso para seguir huyendo,

aquel coche no le valía, sino que le perjudicaba enormemente.

Se bajó del vehículo. La carretera Noventa tenía cuatro pistas — dos de ida y dos de vuelta—, partidas por una franja de verde hierba. Por allí pasaban muchos coches, camiones, motocicletas. Tal vez hasta demasiados, para lo que él quería. Pero lo iba a intentar, porque el tiempo corría en contra suya.

Vio acercarse un coche gris, un «Oldsmobile», quizá de último modelo. Avanzaba velozmente, pasando del límite de las 60 millas por hora marcadas en el Estado como máximo de velocidad. Gallier se puso en medio de la pista, levantando la mano imperiosamente.

El coche gris frenó, gimiendo las zapatas. Quedó a unas diez yardas de distancia de Gallier, que avanzó hacia él con paso natural. El conductor del «Oldsmobile» era un hombre de mediana edad, e iba solo. El agente, sonriendo, señaló a su coche oficial, y mostró la insignia al hombre, que puso cara apurada comprendiendo que se había buscado una denuncia por exceso de velocidad, aunque no dejó de extrañarle que un agente de paisano se encargase de controlar la circulación de carretera.

—Demasiado correr, amigo —dijo Gallier—. Baje, haga el favor, para tomar los antecedentes oportunos.

—Bueno; sí. Lo reconozco —murmuró el hombre, bien vestido, con aspecto de granjero acomodado—. Tengo cierta prisa, sabe, agente... Mi mujer enferma y llevo unas medicinas que espera el médico.

Gallier tenía mucha más prisa que el otro en terminar aquella cuestión. También tenía que salvar su vida. Sin contestar, se volvió de espaldas al granjero, que sacaba su cartera para mostrar la documentación del coche y la suya propia. Gallier extrajo su pistola del cinto, la cogió por el cañón, y se volvió repentinamente, brazo en alto, hacia el individuo.

Le dio tres o cuatro golpes demoledores sobre el cráneo, cubierto con una gorra de visera larga, color caqui. Luego se volvió hacia un lado y otro de la pista, por si avanzaba algún coche. El hombre, sin un gemido, había caído sobre el asfalto cual si fuera un fardo, llena de sangre la cara y la gorra.

Lo cogió de las piernas con fuerza, y tiró de él hasta franquear la cuneta. Después, tirando siempre de él, subió un pequeño talud cubierto de hierba, lo bajó, ya al otro lado, y se adentró en el

campo, entre matorrales y rocas. Soltó la presa, y quitó el cinturón de la americana deportiva que llevaba el hombre. Le ató las manos a la espalda, y el cinturón fue lo suficientemente largo para poder atarle los pies, cortándolo Gallier por la mitad con su navaja. Lo amordazó con fuerza, mediante el pañuelo del herido, y después bajó a la pista, satisfecho de su obra.

Ya tenía un coche particular, en el que poder ir a Nueva Orleans y huir después, cuando se vengara de Ruby. Su experiencia de policía, de algo le valdría, pensó, con optimismo. Todo cuanto hicieran sus antiguos camaradas para detenerle era la rutina bien sabida por él.

Subió, al «Oldsmobile», dejando en la cuneta el coche oficial policíaco. Ya lo encontrarían sus camaradas, y supondrían que había emprendido la huida a campo traviesa. Cuando el hombre a quien agredió quisiera recobrar el conocimiento y librarse de sus ligaduras, habrían pasado quizá un par de horas. Porque le había golpeado con furia, eso sí. Si no moría, iba a quedar muy mal durante mucho tiempo.

Volaba por la carretera Noventa, hacia la ciudad; pero al cruzarse con la número Uno, en Harahan, tomó la nueva dirección, hacia Bridge City, cruzando por el puente a velocidad moderada. Un motorista policíaco estaba a la entrada, pero ni miró apenas el coche. Gallier pensó que todavía no habían circulado las órdenes de detención contra él, que por otra parte, ya no iba en el coche policíaco. Quizá el motorista, si había recibido tal orden, se fijaría exclusivamente en el vehículo de la Policía.

Entró en Nueva Orleans por el Norte, carretera Sesenta y Uno, por Tulane. De allí pasó a Canal Street Norte, cruzando la corriente de agua por el puente. Poco más allá, y entró en el distrito negro, al norte del Vieux Carré.

Conducía con prudencia, evitando el que algún agente del tráfico le hiciera pararse por exceso de velocidad. Estaba a corta distancia, relativamente, del Precinto 14 y esto le hizo sonreír con ironía. Quizá pensaran allí que se encontraba a muchas millas de distancia, en cualquier dirección. Realmente, sólo habían transcurrido dos horas escasas desde que matara a Wingate.

Clairborne Street, donde estaba la escuela de Ruby. Allí estaba, con los chiquillos negros, tan odiados de él. En que lío le había

metido el tal Hunt aún después de muerto.

Se bajó del coche a la puerta del edificio, Ruby estaba en el jardín. Sentada sobre la hierba, tenía en su regazo a un niño de corta edad, negro, y trataba de hacerle aprender las letras del abecedario. Gallier entró en el recinto. Iba sonriente, y se quitó el sombrero cuando se detuvo ante la joven, que le miró con manifiesta hostilidad.

—Buenos días, señorita Huber —dijo él, con deferencia—. Siento molestarla; pero el teniente Wingate necesita escuchar una declaración de usted, referente al caso de Hunt. Tengo ahí el coche, y todo será cosa de una hora, poco más o menos.

—Estoy, como ve, trabajando. ¿No cree que el teniente ha buscado una hora intempestiva para llamarme? —repuso, fríamente, la joven.

—Es que el teniente ha reunido a tres o cuatro testigos, y falta usted para que declaren, señorita. Así serán menores las molestias.

—Quiero advertirle, señor Gallier —dijo Ruby, con entereza—, que diré la verdad de lo que sé, y no lo que usted...

—De acuerdo —sonrió Gallier—. Nadie pretende ya que diga sino lo que es cierto. ¿Vamos, señorita? Están esperando los otros.

Ruby dejó sobre la hierba al niño, y se levantó. Entró en su vivienda, y a poco regresó con otro vestido, color salmón, que le daba un aire más juvenil aún. Gallier la miró fijamente. Y su idea de matarla en la carretera la desechó. Se la llevaría, pero no para matarla.

—¿Podré telefonear desde el Precinto al señor Hickory para que acuda también? —preguntó a Gallier, mientras iban hacia la calle—. Debo advertirle que si él no está delante, no hablaré. Tengo derecho a ello.

—Naturalmente, señorita Huber —asintió Gallier, amablemente—. Podrá telefonear a su amigo. La dejaremos la última, para que tenga tiempo de llegar.

Subieron al «Oldsmobile». Ruby se sentó, a indicación del amable Gallier, al lado de éste, junto al volante. La joven estaba un tanto asombrada por la deferencia y cortesía del policía. Desde que le diera la última vez sendas «calabazas», hacía unos cuatro meses, nunca lo había visto tan amistoso, y, al parecer, arrepentido de sus palabras amenazadoras del día anterior. Tal vez, pensó, la convenía

más transigir y admitir que el asesinato de Hunt fue, no por su incipiente maldad, sino por algo oscuro y siniestro. Gallier era listo, y lo había pensado mejor.

La joven no intentó provocar una conversación con el policía mientras éste conducía. Ya le había dicho que no declararía si no estaba delante Ted, abogado de los Lebeau y de ella misma, puesto que estaba al lado de la cansa de Hunt. Y Gallier, silencioso igualmente se ocupaba solamente de llevar su flamante coche robado por calles y más calles, hacia el Norte, en busca de la carretera Sesenta y Una.

Pero Rudy conocía la ciudad bien, sobre todo aquella parte, y encontró que iban muy desviados para llegar al Precinto 14, al que normalmente habrían tardado en llegar unos siete minutos desde la escuela. El coche iba hacia el norte de la ciudad, y de seguir así unos minutos más, saldrían de ella. Se volvió un poco para mirar a Gallier, que, imperturbable, había acelerado más la marcha al haber menos tráfico allí.

—Estamos en Tulane, señor Gallier —dijo, con voz asombrada, señalando una estación de servicio de gasolina, a la entrada de la carretera Sesenta y Una.

—Es cierto —murmuró Gallier, sonriendo—. Olvidé decirle que tengo que recoger a un testigo, al mismo tiempo que a usted. Es en Laplace, ya sabe, a pocas millas de aquí. Supongo que eso no la importará.

Ruby frunció el ceño. No olvidaba quién era aquel individuo con quien iba. Y se arrepintió de haber accedido a subir en el coche con él, cuando pudo haberle dicho que ella iría, inmediatamente, andando, al Precinto, y de paso podría haber telefoneado a Ted. Seguramente era verdad que iba a recoger a otro testigo en Laplace; mas eso iba a verse enseguida, porque, aquella localidad estaba cerca. Calló, por tanto, prudentemente, mientras observaba de reojo a Gallier.

El coche aceleraba más y más su marcha en la amplia pista. Rebasaba las 60 millas permitidas como máximo de velocidad. Y llegó Laplace, en el recodo del Mississippi. Era un pueblecito pintoresco, que ella conocía por haber ido a pescar a veces con varíes de sus alumnos negros. El auto rebasó la localidad, y entonces, Ruby se sintió inquieta, cada vez más inquieta. —Hemos

pasado Laplace— dijo, mirando fijamente al agente, que volvió a sonreír con amabilidad—. ¿Lo ha notado? ¿Adónde vamos?

—Sí; claro que lo he notado —repuso el, con deferencia—. Es un granjero que vive más lejos, en el campo. ¿Teme algo, señorita Huber, yendo con un servidor de la Ley? Es un paseo agradable, que indudablemente le abrirá el apetito y la pondrá más bella de lo que siempre ha sido, si eso es posible. Da gusto respirar esta brisa del campo, ¿no cree?

Ruby no contestó. ¿Iría ahora aquel tipo a declararse nuevamente a ella, abundando en sus pretensiones oscuras, en las que por nada se refería al matrimonio? Ni aun así lo aceptaría. Gallier, para ella, estaba complicado en el asesinato de Hunt. Todos en el barrio lo decían ya. Era odiado y temido, por su brutalidad, su carencia de escrúpulos, sus malas artes. Ni estando loca aceptaría a un hombre como aquél. Había sido una idiota en subir a su coche, en ir sola con él.

Fijó su mirada, al descuido, en el rectángulo de cuero, dentro del cual estaba la licencia del coche, colgando a un lado de la ventanilla del lado derecho, junto al parabrisas. Leyó el nombre del propietario del coche: «Alexiades Hora, residente en Lutcher: granja B 17, condado de Saint James». Y entonces observó que el coche en que iba no era de la Policía. Era un vehículo particular, según aquella patente.

Asomó la cabeza por la ventanilla. No había ningún rótulo en las portezuelas que indicase su carácter de coche oficial. Su asombro y temor aumentó ante aquellos extraños detalles.

—¿Es de la Policía este lujoso coche? —preguntó a Gallier, que la había estado observando de reojo mientras tanto.

—No. Es de un amigo, que me lo ha prestado. Quiere comprarlo a su dueño, y me encargó lo probase y le diese mi opinión. Va bien, ¿verdad? —repuso el agente, con toda tranquilidad—. Si yo pudiera, me quedaría con él, porque piden poco.

—¿Dónde está esa granja? —inquirió poco después Ruby, al ver que entraban en Wallace, a unas quince millas de Laplace, siempre al lado del río—. Estamos en Wallace.

Gallier no contestó, pero sonrió, con marcada ironía. Iban a las sesenta millas por hora, pues el agente no deseaba todavía llamar la atención de los vigilantes de carretera. Ruby palideció, y se apartó

del agente, apretando en sus manos el bolso, donde estaba la pequeña pistola que le había entregado Ted. Menos mal que tuvo aquella precaución de llevarla consigo, y en caso de verdadero peligro sabría defenderse.

—¿Adónde vamos? —inquirió de nuevo, dura la voz, desconfiada—. ¿No es un cuento eso del granjero que vamos a recoger? Señor Gallier: vamos al Precinto, o a mi escuela. ¿Me oye?

—Vamos de paseo, monada —repuso él, riendo y mirándola con aire burlón—. De paseo, lo cual no creo sea un delito, ¿verdad? Tenía deseos de hacer esto, acompañada por usted. Como se hubiera negado, de habérselo pedido, he tenido que recurrir a este truco, tan inocente, por otra parte. Pero no tema, no tema. Ya sé que me ha denunciado al teniente, por eso que le dije que podía quedar usted cesante si declaraba a favor de Hunt. Tonterías, porque yo no soy rencoroso. Ya lo ve usted. La llevo de paseo, y deseo seamos muy buenos amigos. Vamos, acérquese a mí, y no tema. Soy todo caramelo...

—¡Pare inmediatamente, que voy a bajarme! —exclamó la joven, muy pálida.

Y puso su mano sobre el manillar de la portezuela, abriendo un poco.

—No haga tonterías, queridita —murmuró, ariscamente, Gallier, acelerando la marcha del coche—. Cierre y estese quieta, porque no querrá suicidarse, supongo. Vamos a comer en un parador retirado, como dos enamorados o recién casados —rió, fuertemente—. Después daremos un buen paseo a la orilla del río... Es muy poético el río, ya lo sabe, Todo será en paz, como dos...

—¡Le digo que pare y me deje bajar! —gritó ella, con voz temblorosa—. Y eso que dice que yo le he denunciado al teniente Wingate es una mentira, aunque sí estaba dispuesta a hacerlo, si usted persistía en llevar a cabo su amenaza. Señor Gallier: pare el coche, y dejemos las cosas por las buenas. Su actitud es indigna de un policía.

—Ya no soy policía, hermosa niña —contestó Gallier, volviendo a reír—. Ahora secuestro hermosas doncellas, como usted. Ya digo que no soy rencoroso, y menos con usted. Solamente la pido un poquito de cariño. ¡No abra la portezuela, estúpida! —chilló al ver que Ruby la había abierto y metía ya una pierna, como si tratara de

saltar a tierra.

Con la mano derecha, frenando un poco la marcha, cogió de un brazo a la joven, y la atrajo violentamente al asiento, cerrando después la portezuela.

Ruby quedó un instante quieta, bajo la fuerte presión de la mano de Gallier, que conducía con la izquierda hábilmente. La joven, lentamente, aparentando haber aceptado la situación con mansedumbre o estar poseída de un terror que la inmovilizaba, fue abriendo lentamente su bolso, y metió en él la mano. El policía la soltó al verla quieta, resignada.

Ruby tocó la pistola automática. La cogió con la mano; Pero nunca había usado un arma automática, siempre más complicada que un revólver, el que se monta levantando el gatillo. Ted la dijo que estaba echado el seguro, y que para disparar habría de poner la primera bala en la recámara, haciendo retroceder el cañón. Sí; pero ¿cómo? ¿En qué lado estaba el seguro? ¿Cómo era? ¿Cómo hacer retroceder el cañón con una sola mano, estando el astuto Gallier a su lado, presto a saltar sobre ella a la menor alarma?

Se jugó el todo por el todo, exasperada como estaba. Ya sabía lo que la esperaba, si continuaba con aquel hombre bestial por más tiempo. Sacó rápidamente el arma, echándose al extremo opuesto del asiento, y apuntó con mano firme a Gallier, gritando, con voz temblorosa:

—¡Pare, o disparo! ¡Detenga el coche ahora mismo!

Gallier frenó bastante la marcha, atónito, aunque sin llegar a detener el vehículo. Miró después a Ruby con furia. Su mirada se detuvo en la pistola, en los ojos llameantes de la joven, muy pálida. Después sonrió, con burla.

—Pero quite el seguro, mujer. Mire: conozco toda clase de armas...

Y estirando el brazo rápidamente, agarró la muñeca de la joven, y se la retorció brutalmente, hasta que la pistola cayó sobre las piernas de ella, que estaba medio desmayada por el dolor y la desesperación. La cogió, y la metió en un bolsillo, riendo alegremente, mientras pisaba el acelerador de nuevo.

Ruby recobró bríos al verse nuevamente inerte. Ya que no pudo valerse de la pistola, ensayaría otro medio, aunque ello le costase la vida. Lo horrible para ella era el estar con él, dejarle que

consiguiera sus propósitos.

Como una furia, cerrando los puños bien, se fue sobre Gallier, golpeándole con saña el rostro, el pecho, tratando de inmovilizarlo, para que no siguiera conduciendo el coche. Mejor volcar, estrellarse contra un árbol, saltar sobre los taludes de los lados de la carretera, antes que seguir con él.

El coche, sin dirección apenas, muy ocupado Gallier en parar la lluvia de golpes con solamente el antebrazo derecho y la mano, fue de un lado a otro de la carretera, gimiendo sus frenos, pronto a despistarse.

—¡Quieta, maldita seas! —gritó el agente rabiosamente—. ¡Quieta!... ¡Yo te daré para que estés modosita! —El coche seguía haciendo eses, hasta que lo frenó frente a la cuneta.

Ruby trató entonces de escapar, abriendo la portezuela rápidamente, pero el largo brazo del policía salió disparado y la cogió por la cintura del vestido, haciéndola entrar de un tirón bárbaro. Después siguió la lucha, en la que Ruby ponía todo su furor y desesperación lanzando golpes, patadas, mordiscos.

—¡Condenada gata! —rugió el agente, que temía llegase algún coche y sus ocupantes presenciaran aquella salvaje escena—. ¡Te daré cloroformo, espera! —Y aplicó un tremendo directo al mentón de Ruby, que lanzó un gemido, perdiendo el conocimiento.

Gallier la echó sobre el asiento y puso en marcha el coche, colocándolo en la pista. Después se arregló el cuello de la camisa, la corbata, atusándose el pelo. Miró con rencor a la joven mientras aceleraba la marcha.

Se planteó inmediatamente el problema sobre lo que en realidad podía hacer con aquella muchacha estando huido, acorralado quizá dentro de poco, cuando la alarma se hubiese extendido por todo el Estado gracias a la radio, al telégrafo, a los teletipos. ¿Qué tardarían en bloquear todas las carreteras sus antiguos camaradas de la Policía? Quizá ya lo estaban haciendo. Y Ruby no era una muchacha miedosa, que dejaría hacer bajo el imperio del terror. Peleaba con coraje y el conflicto surgiría de nuevo cuando recobrase el conocimiento. Lo mejor, pensó, sería matarla y arrojarla a la cuneta o esconder su cuerpo en el campo. Pero le gustaba tanto, ahora más, precisamente porque Ruby era bravía, fuerte, hermosa en su furor...

Le convenía dejar la carretera aquélla, tan frecuentada y buscar alguna secundaria donde poder parar y bajar del coche los dos. Llevaba encima bastante dinero, que le había dado Deers, el dueño del Magnolia, a cambio de la «protección» que sobre él ejercía, evitándole denuncias por jugarse a los prohibidos. Tenía tres mil dólares, cantidad bastante para sostenerse muchos días si conseguía escapar a la Policía.

Aceleró la marcha, buscando un punto, no lejano, en que había un cruce con otra carretera secundaria. Estaban en Burnside, a medio camino entre Nueva Orleáns y Baton Rouge, la capital del Estado de Louisiana. Era una feliz casualidad, para él, que ningún motorista se hubiera cruzado con él, ni a la entrada de los pueblos ni durante el trayecto. Pero en cuanto corriese la voz de alarma, lo sabía de cierto, los motoristas saldrían a la carretera a docenas, como los coches patrulla, y entonces pobre de él.

Tuvo que llegar hasta Darrow para tomar la carretera 29, hacia el Sur, y de la cual partía después un ramal secundario que iba al lago Verret, un lugar que ya conocía él; un sitio tranquilo, con bosques frondosos donde esconderse con Ruby. Después, seguramente, si ella persistía en su hosquedad, la mataría. Era un peligro llevarla con él a ningún sirio habitado porque chillaría, pediría protección y lo denunciaría.

Quince minutos después, tras haber acelerado el coche hasta llegar a las 70 millas por hora, pasó de la carretera general a la 29. De allí tomó la secundaria, la 170, que conducía al lago poético que conocía, tan escondido entre colinas verdes y bosques. A su orilla había dos o tres paradores para los turistas y los pescadores aficionados, pero con no acercarse con Ruby estaba solucionado. El iría por víveres y regresaría al bosque. Si pudiera aguantar siquiera unos días, hasta que cediese la búsqueda de la Policía, podría intentar salir del país por el pequeño puerto de Morgan City, alquilando una lancha de pesca para turistas, con la cual iría a Méjico costeando.

Era media tarde, casi las seis, cuando llegó a Pierre Pass, a corta distancia del lago Verret, cuyas aguas tranquilas, azules, brillaban al sol. Miró a Ruby, que seguía sin sentido. La dio un golpe en la cara, para constatar si estaba muy adormecida o quizá fingía el desmayo. La temía ya bastante, después de haber luchado con ella y visto que

era valerosa y fuerte.

Metió el coche en una pista de tierra al llegar a la orilla del lago. Daba dicha pista la vuelta a la superficie de agua, y en su orilla derecha estaba la carretera 268, que podría utilizar si lo necesitaba en caso de apuro.

Paró el coche después de sacarlo de la pista y hacerlo entrar en un claro del bosque de pinos y eucaliptos. Todo era silencio y paz, solamente interrumpido por los pájaros y el chillido de ardillas que bajaban y subían graciosamente por los troncos de los árboles.

Bajó a Ruby, que seguía sin sentido. La echó sobre la hierba espesa y regresó al coche para buscar una cuerda con que atarla, porque preveía que trataría de escapar en cuanto volviera en sí.

~~~~~  
¿Conoce usted

## NOVELISTAS DE HOY?

*Es una colección que presenta las mejores novelas inéditas de los famosos escritores BAROJA, LOPEZ DE HARO, FERNANDEZ-FLOREZ, CELA, INSUA, LAFORET y otros, editadas maravillosamente, al precio ínfimo de CINCO pesetas.*

**EN LIBRERIAS Y QUIOSCOS**

**Suscripciones a EDITORIAL ROLLAN**

## VIII



LEXIADES Horn, el dueño del «Oldsmobile», a quien Gallier dejara en el campo sin sentido, atado y amordazado, tenía la cabeza muy dura. Sus amigos y convecinos le apodaban, con razón, «Cabeza de Adobe», tanto por su terquedad como por la granítica resistencia de su cráneo, puesta a prueba en la primera guerra mundial, cuando recibiera un balazo en la cabeza. La bala, al choque, se desvió, en vez de penetrar en su sesera, y solamente le produjo la privación del conocimiento durante una hora y una huella poco profunda en aquella calabaza de acero.

Por ello, Alexiades Hora, golpeado a conciencia en su cráneo por la pistola de Gallier, solamente estuvo «dormido» media hora escasa. Pasado dicho lapso de tiempo, abrió los ojos y miró al cielo

azul, pues estaba boca arriba. Lanzó un gemido y volvió a cerrar los ojos. Hizo un movimiento para volverse, deslumbrado por el sol, y encontró que estaba atado de pies y manos. Su pañuelo le oprimía la boca. Recordó inmediatamente lo sucedido. El policía que le agredió, no sabía por qué, ya que no es costumbre de los representantes de la Ley aporrear con una pistola, ni con nada, a quien conduce con excesiva velocidad un coche.

Le dolía la cabeza, cosa natural, pero no mucho. Su cráneo, como siempre, había respondido muy bien, resistiendo sin quebrarse aquellos golpes bárbaros de Gallier. Haciendo un esfuerzo, se sentó y miró a su alrededor. Oyó el zumbido de algunos coches que pasaban por la carretera. ¿Qué sería del suyo? ¿Por qué aquel maldito policía le pegó y lo llevó hasta allí, y lo ató y amordazó? Bueno, si conseguía alguna vez ponérselo delante, iba a ir bien servido, por bestia, aunque fuese el mismo jefe de la Policía.

Comenzó a forcejear para desasirse de las ligaduras. Era robusto y tenaz, y después de revolcarse sobre la hierba, moviendo piernas y brazos, medio ahogado por la mordaza, soltó una mano. La otra quedó libre inmediatamente; y los pies, siguiendo la mordaza el mismo camino. Se incorporó y algo de mareo le invadió, pero se rehízo prestamente. Sangraba la herida de su cráneo y se limpió la cara con el pañuelo. Una rabia sorda le invadió. ¡Como lograra alguna vez tener delante a aquel tipo, lo iba a machacar la cabeza a golpes, palabra! Por culpa de él había perdido un tiempo precioso, y su pobre Ethel, su mujercita, estaría esperando la medicina que tanta falta le hacía para sus jaquecas nerviosas.

Fue hasta la carretera y quedó estupefacto. No estaba su nuevecito «Oldsmobile»... En cambio, allí se encontraba el coche del policía, en la cuneta. ¿Qué demontres había pasado?

—Ese tío no es policía —exclamó con rabia, empezando a comprender, a su manera, lo sucedido—. Me ha robado mi coche y ha dejado ése, que quizá quitó al agente que le fue a detener. ¡Me ha robado mi cache!

Entró en la pista y se dirigió al coche de la Policía. Estaba, naturalmente, sin su ocupante. ¡Cómo le hubiera gustado encontrarlo allí, solos los dos, para tener unas palabritas! En fin, la cosa no parecía tener remedio inmediato. Si le habían robado su auto, allí tenía otro para correr a denunciar lo sucedido.

Subió al vehículo y lo puso en marcha. Antes pensó si su agresor lo habría dejado averiado, para no ser utilizado, pero no era así. Todo iba bien, y lo lanzó a gran velocidad hacia su pueblo, cercano. Sonrió con ironía al pensar que llevaba nada menos que un coche de la Policía.

Estaba Ted, el agente especial, en el despacho de los agentes especiales, cuando le llamaron por teléfono. Era Raymond, el cronista de sucesos del «Sun Post», buen amigo y alegre camarada.

—Oiga, Ted: ahí va una noticia bomba —dijo con su voz siempre optimista, chillona—. Han matado al teniente Wingate hace un rato. En su mismo despacho, fíjese...

—¡No me diga! —exclamó Ted, atónito.

—¿Sabe quién ha sido, según parecen demostrarlo ciertos datos fidedignos? Agárrese, Ted...

—Algún negro, el padre de Hunt, tal vez una manifestación de «morenos», hartos de... —respondió el agente especial, aún asombrado por aquella noticia.

—¡Quite allá, hombre! ¡El agente Gallier! Bueno, se ve cada cosa en este dichoso mundo...

—¡Gallier! —exclamó Ted, más asombrado aún que cuando escuchó la noticia primera—. Bueno, bueno... Nunca hubiera podido creer que el teniente Wingate y él no fuesen dos compadres muy compenetrados en ciertas cosas. ¿Qué habrá sucedido para llegar a tal extremo?

—Estoy en el Precinto catorce, intentando meter la nariz, pero están muy reservadas. Han dado ya orden de detener a Gallier, el que ha desaparecido en un coche oficial. ¿Vendrá por aquí? Le espero.

—Voy a poner en antecedentes a mi jefe, Raymond, y luego iré. Gracias por todo.

Ted colgó el aparato, muy excitado. ¿Qué habría pasado entre Gallier y el teniente? Bueno, el tal Gallier se la había buscado, y buena, buena... Sí, era un maleante. Eso saltaba a la vista. Parecía inconcebible que los mandos superiores, el mismo teniente, no hubiesen notado qué clase de tipo era Gallier. Solamente con recoger las quejas del vecindario habría bastado para clasificarlo justamente como indeseable en el Cuerpo. Pero con eso de que los

negros nunca tienen razón en el Sur...

Iba a dirigirse al despacho del inspector Cameron, cuando sonó de nuevo el teléfono. Volvió atrás y descolgó. Era una voz femenina, casi de niña, muy suave, pero al parecer asustada, inquieta.

—¿Señor Hickory? —preguntó.

—Sí. ¿Quién es?

—Soy la ayudante de la señorita Huber en la escuela. Quiero decirle algo, señor Hickory, que me tiene muy inquieta. Es esto: hace un buen rato, más de una hora, vino a buscar a Ruby, en un coche, el agente de Homicidios, señor Gallier. Dijo que era para prestar declaración en el Precinto...

—¡Repita eso! —gritó Ted, palideciendo—. ¡Por favor, repítalo! Dice que Gallier fue a buscar a Ruby en un coche...

—Eso mismo. ¡Dios mío, también está usted asustado, como yo! Pues se la llevó, sí, señor. Yo quería haberla dicho a Ruby que no fuese con él, sino sola, andando. No me gustaba nada ese Gallier, ¿sabe? Y siempre andaba tras Ruby con sus groserías, sus pretensiones, sus aires de conquistador. Pero pensé que todo podía ser normal, correcto. Bueno, se marchó con él, y se lo digo para que sepa que... debe estar en el Precinto y debiera usted ir a su lado. ¡Por favor, señor Hickory, no la deje sola allí, sabiendo quién es Gallier!

—¡Voy inmediatamente allá, muchacha! —exclamó Ted sofocadamente.

Y colgó bruscamente. Presintió que una catástrofe se cernía sobre Ruby, si es que ya no era víctima de ella en aquellos momentos. ¡Gallier había secuestrado a Ruby!

Era ahora, precisamente, cuando se daba cuenta de lo mucho que le afectaba aquella desgracia ocurrida a la muchacha, y no como pudiera sentirlo una persona que siente un interés profesional (policía, abogado) y un deber de proteger a dicha persona, sino algo mucho más hondo y doloroso que parecía fijársele en el mismo corazón. Desde que conociera a Ruby, muy pocos días ciertamente, se dijo que le gustaba mucho aquella linda joven que tanto amaba a los niños, y sobre todo a los niños desvalidos negros, quizá porque eran peor tratados, como pertenecientes a una raza «inferior», y sufrían miseria, desprecio. Ruby era una excepción en aquel Sur, porque sentía amor al prójimo, de cualquier raza que fuese, y

porque sentía en cristiano y en católico.

La medida de su desesperación y dolor por lo que pudiera estar pasando Ruby en aquellos instantes de incertidumbre le dio la medida también de lo que la quería. Y de lo que tenía que luchar por ella.

Penetró en el despacho de su jefe, el inspector Cameron, que le miró con cierto asombro al verlo demudado, nervioso con exceso, en sus ojos oscuros una extraña llama de agresividad. El joven comenzó a narrar con atropellada coordinación cuánto de dijeran por teléfono el periodista y la ayudante de Ruby.

Cameron sacó una consecuencia de todo aquello, enarcando el ceño adustamente.

—Pidamos a Dios que esa muchacha galga con bien de ese peligro, muchacho —dijo en tono conmovido—. Mal asunto, sí, pero no desesperado si penemos los medios para inmovilizar a ese granuja antes de que suceda lo peor. Vaya inmediatamente al Precinto en un coche oficial y colabore con la Policía. Tome la iniciativa, obre por su cuenta si es preciso, según que ellos le pongan o no trabas. Desde aquí le ayudaremos como podamos. Vaya, vaya, Hickory.

El amplio porche de la escuela estaba lleno de negros, hombres y mujeres, padres de los niños educandos de Ruby, y muchos vecinos. Sentados en el suelo, algunas mujeres lloraban junto a sus apenados maridos, que parecían estar furiosos, aunque sin atreverse a ponerse en acción, porque allí estaban también varios agentes uniformados, que iban de un lado a otro preguntando quién había visto a Gallier en el coche, con Ruby, y cuánto tiempo hacía.

Otros canturreaban baladas tristes, que componían sobre la marcha, sin cuidarse para nada de la métrica de las estrofas. Una voz se levantó de entre ellos, haciendo callar a los demás:

—¡Ooooyeoeeee! —gritó guturalmente—. ¿Alguien me podría decir si Gallier es de raza amarilla?

—¡Nooo! —gritaron los demás en tono burlón.

—¿Quizá de raza roja, indio? —volvió a preguntar el negro.

—¡Nooo!... ¡Tampoco de raza india! —contestaron los otros a coro.

—¿Será de raza negra? —inquirió el preguntón en tono inquieto, pero riendo socarronamente.

—¡Yaeaaaa! ¡Tampoco! —gritaron, indignados los asistentes a aquel extraño mitin.

—¡Entonces será blanco! ¿Es blanco, perros negros?

—¡Sí! —exclamaron todos con júbilo—. ¡Blanco, blanco, blanco!

—¡Fuera de aquí! —gritaron los agentes uniformados, con violencia, furiosos por la mordacidad de los negros.

Y comenzaron a levantar a algunos, empujándolos, pero todos se habían sentado, poniendo sobre la cabeza los brazos, para protegerla contra los golpes. Fuera de la baja verja de hierro del jardín, atestado de hombres, mujeres y niños, había ya centenares de individuos, que hacían coro a los de dentro.

—Me pregunto —gritó el negro preguntón, elevando potentemente su voz— si un negro hubiese secuestrado a nuestra maestrita, qué le habrían hecho. ¿Lo sabéis?

—¡Lincharlo! —exclamaron a coro los asistentes.

Se levantó un viejo negro de pelo rizado y muy blanco, delgado, con «ojos de algodón». Con un gesto pidió silencio y dijo después con voz temblona:

*Alguien está golpeando en la puerta, en tu puerta.*

*Oh, pecador, ¿por qué no contestas?*

*Alguien está golpeando en tu puerta.*

*Oh, pecador, ¿dónde estarás, que no respondes?*

—¡Queremos que nos devuelvan a nuestra madrecita a nuestra maestra! —gritaron los negros, las mujeres, los niños, entonando una triste canción con lento ritmo.

Los agentes, inquietos, comprendiendo que todo aquello estaba contribuyendo a excitar los ánimos de los negros, no sabían qué hacer. La violencia no daba resultados. Aquellas gentes, inmóviles, sentadas, aguantaban los golpes y cantaban, ahora cada cual por su lado, pero coincidiendo la letra. Pedían el regreso de la maestrita, la muerte del secuestrador blanco Gallier. Y de repente todos se levantaron del suelo, de sobre la hierba, y salieron a la calle. Se formó una manifestación que los agentes trataron vanamente de disolver. Más y más gentes se unían a los que ya se dirigían hacia el Precinto 14, cantando, recitando poesías e incluso trozos de las Escrituras.

Ted Hickory, el agente especial, estaba hablando con el capitán

de la Policía. Acababan de recibirse noticias de Lutche, la población en cuyo término tenía su granja Alexiades Horn, aquél a quien robara su coche Gallier. Explicaba el furioso granjero lo sucedido, por teléfono, y cómo algún agente del tráfico había visto su coche en dirección Oeste. Más tarde fueron llegando nuevos informes de los interrogados granjeros que tenían sus fincas a la orilla de carreteras, y de otros agentes del tráfico.

—Vamos en esa dirección —dijo el capitán, hombre enérgico, pero afable, comprensivo.

Y dio varias órdenes a sus subalternos. Varios autocares, coches de turismo y motocicletas salieron ruidosamente de la calle. Pero también llegaba la manifestación de los negros.

—¡A muerte el secuestrador blanco! —aullaron los negros.

—¡Queremos que nos devuelvan a nuestra maestría, la doncella blanca!

—¡Muerte al traidor policía blanco!

—¡Muerte a Gallier, el verdugo de los pobres negros!

—¡Busquemos nosotros a Gallier! —vociferaron muchos—. ¡Camiones, hermanos! ¡Salvemos a nuestra madrecita blanca, la madrecita de nuestros hijos!

El capitán ordenó que los agentes que estaban en la puerta del Precinto se retiraran, entrando en el edificio.

—Nunca los he visto tan decididos, tan indignados —murmuró con cierto asombro—. Ese maldito Gallier no sabe el daño que nos está produciendo. Ahora estos morenos tienen razón, nos refriegan por la cara nuestros pecados.

La manifestación se disolvió rápidamente, pero los hombres iban a buscar camiones a los almacenes de café, de algodón y frutas. Querían ayudar a la Policía a buscar a Gallier. Después habría que aplacarlos para que no linchasen al secuestrador de Ruby, la adorada muchacha blanca que adoraba a los niños negros.

Ted partió solo en su coche hacia Luther. Le asustó ver ya en la carretera 61 varios camiones repletos de negros que cantaban tristemente o que pedían a gritos la muerte del agente Gallier por los asesinatos de Hunt, del teniente de la Policía y el secuestro de Ruby. Tenía tanto interés en salvar, si era posible, a la muchacha como en ser el primero en detener a Gallier, aquel maleante infiltrado en la Policía.

La carretera 61 era poco menos que intransitable ya. Los negros de los camiones daban cuenta del suceso a los granjeros de su misma raza cuyas fincas estaban cerca de la gran pista, y se unían alegremente, en otros camiones, viejos «Fords», motocicletas e incluso mulas y caballos, deseosos de linchar a un blanco, esta vez con motivo justificado, según ellos. Los criados negros de los granjeros blancos abandonaban los tajos y corrían por los terrenos, chillando mientras buscaban un medio de transporte para unirse a los demás.

Ted llegó a la carretera 268, que terminaba precisamente en el lago Verret, antes que nadie de la Policía y los negros aullantes. Pero ya la noche se cernía sobre todo, y las arboledas eran sombrías masas sin apenas contornos. Allí la oscuridad era mayor, por este motivo. No olvidaba el agente especial, según le indicaron en el Precinto policíaco, que dos tercios de terreno que rodeaba al lago eran tierras pantanosas, siempre peligrosas, y más aún durante la noche. Se intentaba, por el Servicio Forestal del Estado, mediante la creación de bosques, de afirmar aquel suelo traidor, esponjoso, morada de reptiles y caimanes.

Detuvo su coche ante el «chalet» del Lake Verret *Country*, cuyos socios se dedicaban a la caza de patos salvajes, a la pesca y la natación. Preguntó al «manager» si había visto un coche gris, cuya matrícula dio, ocupado por un hombre y una mujer, dando su descripción con detalle.

—Aquí no ha estado. Ya me ha telefonado la Policía hace un rato, y francamente, mi deseo es que ese tipo se encuentre muy lejos de aquí —respondió el hombre, preocupado—. Pero un guarda dice haber visto ese coche al sur del lago esta tarde. Me figuro que trata de esconderse en estos terrenos. Esto es todo.

Ted comprendió que la búsqueda habría de demorarse hasta el día siguiente, en cuanto comenzara a amanecer. Con aquella oscuridad sería imposible dar con la pista de Gallier. El terreno, por otra parte, era muy peligroso; para meterse en los pantanos haría falta todo un equipo de iluminación, varios guías experimentados y muchos hombres que recorriesen yarda por yarda el paraje.

—Lo mejor que podría hacer la Policía —dijo el encargado del hotel, a preguntas sobre estas dificultades, hechas por Ted— sería cercar el lago, los caminos que conducen a él y esperar. Ese hombre

no puede estar muchos días sin comer, vagando por el pantano. O muere en él o se entrega. No tiene otro remedio.

Cortó la conversación el ruido infernal de muchos coches, motocicletas y camiones. Los faros iluminaron las copas de los árboles que rodeaban el edificio. Llegaba la Policía, pero también los camiones llenos de negros, que querían cooperar con los servidores de la Ley, aunque una vez en su poder Gallier pretendieran lincharlo sin otra forma de proceso que la practicada por los blancos con ellos desde hacía muchos años. Ted arrugó el ceño, muy contrariado. Temía mucho que Gallier, al verse acorralado por los negros y de Policía, asesinase a Ruby, llevado de la desesperación y el pánico. Mucho mejor hubiera sido tomar el asunto por cuenta de muy pocas personas, entre ellas él, y sorprender al maleante sin darle tiempo a nada, deteniéndole.

Los negros comenzaron a usar sus procedimientos, heredados de sus antecesores, cuando vivían en las selvas africanas, o cuando huían de los blancos en aquel Sur de la esclavitud. Varios grupos se internaron en el bosque llevando hachas, cuchillos, y a poco regresaron con muchas ramas de pino, ya con forma de hachones, que encendieron seguidamente. Se formaron partidas, y bajo aquellas luces ondulantes se adentraron en el bosque gritando como condenados del Infierno, o entonando bélicas melopeas.

—Tratan de aterrorizar a Gallier para que salga de donde pueda estar escondido y atraparlo —murmuró un sargento de la Policía, que daba órdenes de seguir a los negros para evitar que el traidor agente fuese linchado—. No quieren esperar a que amanezca, y esto va a ser una aventura trágica, con el pantano como lugar de operaciones.

Ted se unió a los negros, que le acogieron amistosamente, ya que algunos de ellos le conocían como el abogado de la familia del asesinado Hunt, el muchachito negro. Partían ramas de pino, que tendían sobre el terreno cuando éste no ofrecía seguridad al pisarlo, formando así pasarelas. El bosque ofrecía un extraño y mágico aspecto, bajo las innumerables luces de los hachones dispersas por todos lados. Cantaban los negros, chillaban, imitaban gritos de animales, reían coa modulaciones que parecían rugidos de fieras, de caimanes. Y Ted se sintió sobrecogido. Los nervios de Gallier tendrían que saltar, enloqueciéndole, bajo aquella terrible, amenaza

tan salvajemente expresada. ¿Qué habría hecho con Ruby? ¿Qué haría, si ya no la había matado, al verse así perseguido? Gallier ya había demostrado con Hunt y el teniente Wingate que no retrocedía ante el crimen si las cosas se le ponían mal.

Llevaba una linterna eléctrica que le había dado la Policía, el sargento Maloney, cuando el agente especial expresó su intención de marchar con los negros. Ahora no la usaba, por ser innecesaria, ya que ellos se alumbraban con los hachones resinosos; pero pronto pensó que debía de separarse de aquellos hombres, que llenaban el bosque y los pantanos de gritos atroces, cánticos y llamadas a Gallier, amenazándole con lincharlo tan pronto dieran con él. La Policía no intervenía ahora para contenerles, dado que eran muchos los negros y estaban muy excitados. No se podía matar a más de doscientos individuos que estaban en libertad y podían ser muy peligrosos en aquellas circunstancias.

Los asustados búhos aleteaban, lanzando bufidos agudos; buitres y aves de presa saltaban de los árboles, asustados. En el suelo surgían sombras fugaces que culebreaban, silbando, buscando las malezas, la alta hierba donde se ocultaba la tierra movediza. Rugían algunos caimanes, sorprendidos en sus sueños o en la asechanza de la presa. Los negros sabían ver a tiempo las tierras traidoras y las rodeaban o tendían pasarelas de ramas, sobre las que pasaban rápidamente. Alguna vez había que acudir en auxilio de un hombre que se hundía o que era acometido por un caimán o un reptil furioso.

Ted se apartó de ellos dejando que se alejasen. Solamente le dijo a un joven negro, que iba a su lado, que iba a seguir solo, porque creía que aquella táctica que empleaban los demás era perjudicial para encontrar a Gallier, ya que éste podría huir si sabía en qué dirección llegaban sus perseguidores. Encendió la linterna eléctrica, puso su revólver en el bolsillo de la trinchera y se hundió en la oscuridad, buscando huellas en aquel terreno blando, rezumante de humedad.

Pronto se dio cuenta de que estaba extraviado, cosa que no le podía extrañar mucho. Pero lo importante era encontrar a Ruby y a Gallier. No sabía si en aquella dirección los encontraría, pero tampoco los demás parecían haber encontrado rastros que les indicase haber logrado aquel objetivo.

## IX



RAN las tres y veinte de la madrugada. Hacia las cinco comenzaría a haber luz diurna, o antes. Ted estaba cubierto de barro pegajoso desde los zapatos hasta casi la cintura. Caminaba pesadamente, ya que su calzado tenía tal costra de légamo que abultaba el triple de su tamaño, y su peso era enorme. Los pantalones los llevaba pegados a las piernas, igualmente recubiertos de barro amarillo, maloliente. Más no descansaba en su penoso trabajo de buscar huellas del fugitivo y de Ruby.

Muy lejos se oían los gritos de los negros, incansables tanto en la búsqueda como en sus gritos, sus melopeas y amenazas contra Gallier. También llamaban a la «madrecita», «la dulce doncella amiga de los negros». La Policía trataba de seguirlos y encauzar sus

pesquisas, por si de repente encontrasen al traidor agente librarlo de ser destrozado, linchado, a manos de aquellos seres, que gozaban de antemano al tener justificación para vengarse por la muerte del muchacho Hunt y el secuestro de Ruby.

La linterna iluminaba claramente, mejor que un hachón de pino, el suelo por donde caminaba el agente especial. El círculo de luz abarcaba una superficie considerable para ver la trampa de la hierba que ocultaba la tierra movediza. En lo alto, por encima de las altas copas de los pinos y eucaliptos, había un blanco fulgor lunar que disminuía la negrura del bosque.

Encontró de repente la orilla del lago después de cruzar un camino en terreno firme. Allí se podía caminar con seguridad. La luna, en el espacio abierto del lago, brillaba como una bandeja de plata, reflejándose su luz en las tranquilas aguas. Y vio, sobre el camino que bordeaba el lago, unas huellas de neumáticos casi nuevos. Se inclinó y las examinó con detenimiento. Estaban marcadas recientemente, a juzgar por la fuerte impresión sobre la tierra húmeda. Aquellos neumáticos pertenecían a un vehículo de buen tamaño, por ser gruesos. Ted conjeturó que ajustaban perfectamente al tamaño de un «Oldsmobile». No había otras impresiones que aquéllas, lo cual indicaba que los coches de la Policía no habían pasado por allí.

Paseó la luz de la linterna sobre la tierra, alrededor de las huellas de los neumáticos, no encontrando otras de personas. Evidentemente, el coche no se había detenido allí. Por ello, siguió avanzando sin perder de vista las marcas de las ruedas. Al otro lado del lago, hacia el Norte, se veían entre las oscuras masas de arbolado oscilantes llamas. Los negros y la Policía buscaban todavía a Gallier y a Ruby. Se oyeron ruidos de remos, surcando las aguas del lago algunas lanchas.

Ted seguía tras las marcas de aquellos neumáticos. Creía firmemente que por allí había pasado el coche robado por Gallier. En alguna parte lo abandonaría, pensó, y era cosa de saberlo para seguir después al policía y a la muchacha.

Las marcas se desviaron repentinamente, entrando en un claro del bosque. Y allí, sorprendido, llevando en la mano al revólver, se detuvo. Ante él estaba el «Oldsmobile», el coche gris de Hora, según apreció por la matrícula.

Encendió la linterna cuando vio que dentro del coche no había nadie. Buscó huellas de pies masculinos y femeninos. Había hierba, muy alta, sobre una tierra húmeda. Y le fue fácil encontrar las marcas de zapatos de hombre, y otras, breves, de alto tacón, dejadas por el calzado de Ruby. No tenía sino seguirlas.

Aquel hallazgo le dio nuevas fuerzas y ánimos. Únicamente él estaba sobre la pista de Gallier y Ruby. Casualidad, sin duda, pero afortunada casualidad que pensaba explotar solo.

Las huellas le condujeron a otro claro, donde la hierba estaba hollada con más, fuerza, en forma alargada, como si un cuerpo hubiera sido tendido allí. Las huellas de hombre, de Gallier, rodeaban de aquella forma. Después, Ted vio que las huellas de Gallier se alejaban solas. Las siguió unos minutos, pero retrocedió, porque le intrigaba mucho más aquel espacio hollado, sin duda alguna, por el cuerpo de Ruby.

Lo examinó con ansiosa escrupulosidad. Un lado de aquel espacio con la hierba aplastada se prolongaba. Ruby había rodado por encima de la hierba, alejándose. Ted pensó que había estado atada y por ello rodó sobre la hierba. Señalábanse las huellas de su calzado, sobre todo los agudos tacones, pero de costado, imprecisos.

Un grito ahogado le hizo dar un salto, en la mano el revólver. Era cerca, muy cerca.

Pero había sido un grito de mujer, sin duda alguna. Por lo tanto, era Ruby. Ted sintió gran alegría. Si había gritado es que estaba viva, aunque también podía estar moribunda.

—Ruby. ¡Ruby! —gritó, partiendo en dirección de donde había oído el grito y buscando con la luz de la linterna—. ¡Ruby!

Otro grito ahogado le llevó directamente al lugar donde la joven maestra estaba tumbada en el suelo, atada de pies y manos y amordazada.

—¡Ruby! —exclamó Ted, con ansiedad, inclinándose sobre ella y comenzando a desatarla—. ¿Tiene algo? ¿Está herida?

La quitó la mordaza y Ruby se sentó, moviendo la cabeza, aspirando el aire por la boca con ansiedad. Después, sollozando, echó los brazos al cuello de Ted. El agente federal la acarició con ternura.

—Estoy bien, demasiado bien para lo que esperaba de ese bandido —murmuró ella. Ted la ayudó a levantarse—. ¿Le han

cogido?

—Aún no. ¿No sabe usted adonde se dirigía? —respondió Ted.

—No. Ni él tampoco, seguramente. Es un criminal, Hickory —respondió la joven, temblorosa—. El mató a Hunt, con sus propias manos. Luego me dijo que también había asesinado al teniente Wingate. ¿Es cierto?

—Sí. Es un verdadero criminal. ¿Puede andar un poco? Voy a llevarla en el coche al parador, donde está la Policía. Hay cientos de negros buscándola a usted y a Gallier. Quieren lincharlo.

—Huyó él apenas me dejó atada. Me dijo que iba en busca de algo de comer. Me alegré de que se alejara, porque sus intenciones con respecto a mí me daban escalofríos de horror. Algo peor que la misma muerte. Pero se fue y entonces yo traté de esconderme para que no me encontrara si volvía. Como pude, me alejé de al lado del coche. Oí después, pasado un buen rato, ruido de motores de coches, gritos de los negros, vi luces reflejadas en las copas de los árboles. Y di gracias a Dios porque acudían en mi auxilio. Nunca olvidaré todo esto, Ted.

El agente especial hizo entrar en el coche a Ruby, que estaba bajo una crisis nerviosa aguda. Después arrancó y se dirigió por la pista que rodeaba, un lado del lago, hacia el parador o «chalet». Por todas partes brillaban luces de hachones y linternas eléctricas. Gritaban los negros incansablemente, como si estuviesen acorralando en una selva africana a la caza.

Varios agentes uniformados salieron al paso del coche, apuntándolo con rifles y pistolas. Lo rodearon inmediatamente, amenazadores. Ted asomó la cabeza por la ventanilla.

—Ya está aquí la señorita Huber —dijo, empujando cariñosamente a la joven para que saliera del coche.

El parador estaba muy cerca, y los agentes la acompañaron, seguidos de Ted.

—Llévenla en un coche a su casa —dijo a un sargento de la Policía—. Está casi enferma, agotada.

—¿No viene conmigo, Ted? —preguntó la joven, que estaba tomando una taza de café caliente, y su mirada se hizo suplicante.

—No. Hay que atrapar a Gallier todavía. ¿No han dado todavía con su rastro? —preguntó al sargento.

—Todavía no. Vamos creyendo que ha salido de esta zona. Los

negros nos han fastidiado al venir. Con sus gritos y amenazas le han facilitado la fuga, orientándole. Bueno, señora Huber, vaya a aquel coche, que la llevará a su casa. Buen peso se nos ha quitado de encima con que nada le haya sucedido.

Ted y Ruby se despidieron. La joven le miró con ternura, apretando las manos del agente especial entre las suyas.

—Deje que la Policía le coja a Gallier, Ted. Usted no debe de exponerse más. Si los negros echan la mano a Gallier va a ser horrible. La Policía querrá librarlo de ser linchado y entonces sucederá lo peor. ¡No quiera ver esos horrores, Ted!

—Lo siento, Ruby, pero por si algo de eso sucede, quiero estar presente. Ojalá tuviera la suerte de detener personalmente a Gallier y librarlo de ser despedazado por los negros. Mañana, o, mejor dicho —miró al cielo—, dentro de pocas horas, nos veremos, Duerma y no piense en esto. Comienza a amanecer y entonces sabremos dónde está ese hombre. Adiós, hasta luego.

El coche de la Policía partió, llevándose a Ruby, que agitó la mano por la ventanilla. Lanzó un beso a Ted, que sonrió alegremente. Cuando todo pasase, después de castigado Gallier, tendría que hablar a Ruby de algo muy importante. Muy importante para él, por supuesto. Tal vez también para ella.

Pidió otra linterna, porque la que llevaba comenzaba a dar muy débil luz, por agotamiento de la pila seca, y cuando se la dieron partió rápidamente hacia el bosque inmediato. No sabía adónde ir. Desde luego, en dirección contraria al sitio en que los negros gritaban como locos, lejos de allí. Hasta llevaban algunos tambores como los usados por las tribus africanas, con los cuales parecían lanzar señales para orientarse y buscar a Gallier. Los agentes de Policía, tratando de rodear a los negros para controlarlos si daban con el asesino, lanzaban a su vez estridentes pitidos con los silbatos.

Ted se metió en el bosque, libre de terreno pantanoso, al noroeste del lago. Todavía había poca luz para apagar la linterna y guiarse por entre los espesos matorrales, zarzales y troncos derribados en tierra. Pensaba el agente especial que tal vez Gallier no hubiera cometido la tontería de adentrarse en los pantanos, donde hubiera muerto ahogado entre el légamo o al menos hubiera visto interrumpida su huida al ser apresado entre el barro espeso. Por lo tanto, había que buscarlo en terreno más libre y seguro.

La aurora comenzaba a teñir las copas de los pinos y eucaliptos con un color rosado, rojizo después. El cielo se tornaba gris, y poco a poco se fue haciendo la luz en aquellas espesuras. Millares de pájaros comenzaron a volar, piando desaforadamente, llenos de alegría al ver el nuevo y espléndido día que llegaba. Ted caminó más aprisa, aunque se sentía muy cansado, con aquella costra de barro seco sobre sus pantalones, y trinchera, sobre los zapatos, con una suela enorme de légamo adherida.

Llegó cerca de una choza de ramaje, seguramente un puesto de caza. Cuando lo vio, desde lejos, sacó la pistola del bolsillo y refrenó su paso, desconfiado. Buscó el amparo de un grueso pino. Aquella choza estaba muy metida entre el follaje, y solamente su forma cónica delataba que estaba construida por la mano del hombre. Un refugio bastante aceptable para quien tratara de esconderse, en vez de vagar por el bosque y ser visto.

Vaciló el agente especial antes de avanzar y ver si estaba vacía aquella choza, en la que solamente podrían caer un par de personas. Si Gallier estalla allí dentro tendría gran ventaja sobre él, ya que lo vería llegar y podría disparar sobre él a placer.

¿Cómo llegar hasta allí sin correr aquel riesgo? Y alejarse sin saber si el asesino estaba allí o no era dejar en el aire una posible eventualidad de detenerlo.

Se inclinó y cogió una gruesa piedra. Metió la mano en el bolsillo de la trinchera y dejó en él la pistola. Después lanzó con vigor la piedra sobre la choza, de la que distaba unas quince yardas. El proyectil dio de lleno en la choza, en su parte media. Crujieron las ramas rotas, pero nada en el interior dio señales de vida. Ted pensó que si Gallier era listo, y había que reconocer que lo era, aunque al final había obrado como un loco exasperado, disimularía lo más posible su estancia allí, dentro de la choza, por si el agente especial se marchaba o se decidía a presentarse a cuerpo descubierto, en cuyo caso lo mataría de un tiro sin exponerse él.

Hickory pesaba detenidamente esta posibilidad y trataba de solucionar el problema de saber si la choza ocultaba a Gallier. Podía acribillar a balazos aquel escondite, y algún proyectil alcanzaría al criminal, si es que estaba allí; pero no quería matarlo ni atraerse a los negros, cuyos gritos oía a lo lejos, así como el sordo rumor de los tambores.

Salió de detrás del tronco de pino, y, muy inclinado, con el revólver en la mano, escondiéndose tras las malezas, fue rodeando la choza, buscando un lugar desde donde acercarse más. No consideraba que perdía el tiempo en aquella búsqueda. Si no lo hiciera, le quedaría la fuerte duda de haber dejado atrás al asesino de Gallier.

Se detuvo de repente, levantando la pistola, lleno de inquietud. Había visto perfectamente moverse varias ramas secas de las que formaban la choza. Un movimiento de dentro afuera, no casual, sino en virtud de un empuje leve de quien... estaba dentro. ¡Alguien estaba dentro, y al buscar otra postura movió aquellas ramas! Era muy pequeño el espacio interior para no producir aquel movimiento delator.

—¡Salga, Gallier, con los brazos en alto, o disparo! —gritó Ted con voz fuerte, rotunda—. ¡Salga, o disparo!

Un silencio absoluto siguió a las palabras del agente federal. Gallier quería tal vez que su enemigo se acercase más, para matarle sin peligro por su parte, o imbuirle la convicción de que se había equivocado y creyese que nadie estaba allí dentro. Ted consideraba todo esto, sonriendo con malicia. Solamente creería que Gallier no estaba allí cuando viera el interior de la choza y la encontrara vacía. El criminal hacía algo infantil, aunque desesperado.

Hickory disparó sobre la choza, a una altura mediar. No podía estar así, indefinidamente, esperando a que el criminal saliera de su cubil. Volvió a disparar, esta vez a la altura en que supuso estaría el suelo de la choza.

Gallier respondió con un grito de rabia. Ted sonrió fríamente y recargó el revólver, esperando la reacción, del asesino. Sonó un disparo, y Ted se inclinó, pasando la bala por encima de su cabeza, muy alta. Pero ahora la situación de Gallier era mucho peor que la del agente federal, por cuanto éste podía moverse, buscar mejores sitios para esconderse, y el criminal, dentro de aquella guarida de ramaje, debía esperar una muerte cierta si no salía pronto.

Ted lamentaba tener que disparar. Los negros, si oían el ruido de los disparos, iban a acudir, y entonces sucedería lo que Ruby pronosticara: destrozarían a Gallier. Tal vez la Policía podría evitarlo, pero habría de ser a costa de tener que matar a algunos negros, los más exaltados.

—¡Gallier, salga antes de que vengan los negros y lo linchen! —gritó con todas sus fuerzas—. ¡Salga con los brazos en alto!

—¡Para lincharme tienen que cogerme! —gritó el asesino con voz rabiosa—. ¿Es que si me entrego a usted no me van a ahorcar también?

—¡Si no se entrega, le acribillo a balazos, Gallier! —exclamó Ted, con decisión—. ¿Sale, o comienzo a disparar?

Se movió de repente la frágil cabaña de ramas. Pero era hacia el lado contrario al en que se encontraba Ted. Gallier estaba derribando su escondrijo para salir sin que lo viera el agente federal.

Ted se refugió tras un árbol grueso, el revólver dispuesto. Estaba decidido a dejar que saliera Gallier sin hostilizarlo. Después lo atraparía. Deseaba no matarlo, aunque ya tenía motivos sobrados para cumplir con su deber, disparando sobre él, lo matase o no.

Al acecho, vio el bulto corpulento de Gallier, que saltaba tras unos matorrales con agilidad de conejo sorprendido a la entrada de su cueva. Y fue tras él vivamente, decidido a detenerlo vivo. Mas el criminal se volvió, buscándole con la mirada, y disparó sobre él rápidamente dos veces. Gallier tenía buena puntería y usaba bien su arma. Ted lo reconoció así al constatar cómo las dos balas pasaron muy cerca de su cuerpo, a la altura de sus hombros.

Comenzó la persecución por entre los matorrales, los árboles, los charcos de aguas malolientes, las rocas. No disparaba el agente federal, limitándose a no perderlo de vista y a hacer que el otro gastase sus municiones. Ambos corrían, saltaban, daban vueltas tras las rocas, buscábanse el uno al otro, acechándose, queriendo escapar Gallier por astucia.

En una de aquellas escapadas del asesino Gallier, después de disparar su pistola otras dos veces sobre Ted, lanzó un grito de rabia al fallar el tercer disparo. Su arma estaba descargada. Sacó entonces la pequeña pistola que quitara a Ruby y reanudó la huida locamente. Ted, tras él, incansable, sacando fuerzas de flaqueza, después de pasar toda la noche buscándole, no permitía que aumentara la distancia entre él y su perseguido, unas treinta yardas.

Gallier cayó cuan largo era al tropezar en unas ramas de árbol. Se le escapó la pistola. Gruñendo, de rodillas, la buscó inútilmente. Quiso entonces meter un cargador en la suya, de reglamento. Pero

Ted se le fue encima, esgrimiendo su «Magnum» por el cañón para darle un certero golpe en la cabeza y dejarlo sin sentido.

El criminal, como de la Policía, también había recibido buenas lecciones en la academia policíaca para luchar contra los maleantes. Al ver que Ted iba a golpear en el cráneo, se irguió de repente y dio un salto de costado, los brazos tensos, con los cerrados puños amenazadores. Entonces se acometieron con ferocidad, sin dejar Ted que le quitase el revólver y queriendo cogérselo Gallier. Apretados el uno contra el otro, vacilaban y apenas si podían mover los brazos.

Cayeron juntos al suelo, encima Ted, más ágil y experto en aquella lucha bestial. Gallier pataleaba, mordía, se revolvía como un loco furioso, y su fuerza parecía aumentar conforme el agente especial trataba de dominarlo. Rodaban por el suelo, de un lado a otro, unas veces encima el agente federal y otras Gallier. Jadeaban, apenas sin poder respirar, unidos en un abrazo que parecía fuese a ahogarles a los dos.

Ted consiguió al fin desprenderse de Gallier gracias a su agilidad para revolverse. Se incorporó, y cuando fue Gallier a levantarse también recibió un tremendo puñetazo en el mentón que le hizo caer casi desvanecido. El agente federal sacó unas esposas, y antes de que su enemigo pudiera rehacerse tenía las muñecas aprisionadas a la espalda. Vencido, destrozada la cara, agotado, solamente en el rostro de Gallier se podía ver una rabia espantosa, la humillación y el rencor.

—Tenemos que salir de aquí cuanto antes —dijo Ted después, recuperado un poco—. Si los negros nos ven, lo van a descuartizar. Vamos, hemos de marcharnos. Lo entregaré a sus excamaradas. ¿Puede andar?

—Sí, puedo —murmuró sordamente Gallier—. ¿Es cierto que si me cogen los «morenos» me matarán, como dice? —El pánico se reflejó en su cara.

Y comenzó a caminar delante de Ted, que le llevaba cogido por el cuello de la destrozada americana.

—Es cierto. Le extraña que alguna vez los negros encuentren arrestos para hacer frente a los granujas como usted, ¿verdad? —contestó el agente federal—. Ellos quieren, por una vez, linchar a un blanco indecente. Si yo ahora lo entregase en sus manos...

—¡No lo haga, señor Hickory! —suplicó Gallier, con voz temblorosa—. Sé lo que me espera, pero que me martiricen, me arranquen la vida poco a poco...

Los negros estaban cerca. Se oían sus gritos, sus golpes de tambor. Ted miró a su alrededor, buscando un sitio donde esconderse con Gallier. Éste temblaba de pavor y miraba con ojos suplicantes a su aprehensor.

Media hora estuvieron bajo unos espesos matorrales, escuchando a los negros, que buscaban por allí cerca. Poco a poco se fueron alejando, hacia el Sur. Ted estaba muy preocupado, porque si los negros los encontraban tendría que defender a Gallier, aunque fuese a tiros. Y lo más probable sería que los dos pereciesen.

Cuando los gritos y redobles dejaron de oírse caminaron con más presteza hacia el parador. Lo vieron entre un claro del bosque, al lado del lago.

Dos agentes uniformados les salieron al paso. Gallier hizo un movimiento como si quisiera zafarse de la mano de Ted; pero éste lo sujetó fuertemente. Los agentes, asombrados, miraron con rencor al que fuera su camarada.

—¡Aprisa! —dijo Ted, con dureza—. ¡Hay que meterlo en un coche y sacarlo de aquí antes de que los negros lo vean!

Corriendo todos, llegaron al parador, donde había muchos coches y autocares, así como camiones. El sargento que estaba atendiendo al teléfono, en comunicación con el Cuartel General de la Policía, ordenó inmediatamente se cumpliera lo pedido por Ted. Gallier fue llevado a un coche de turismo y a su lado se sentó el agente federal y otro agente uniformado. El coche arrancó velozmente y tomó la carretera 171, que pasaba por Napoleonville. Allí, a toda velocidad, siguió camino de Nueva Orleáns. Gallier también iba camino de la horca.

El proceso tardó un mes en terminar. Las declaraciones de Gallier después de confesar ser el único autor de la muerte del muchacho negro Hunt Lebeau y del teniente Wingate, envolvieron a Percy Deers, el dueño del club de noche donde se jugaba clandestinamente, y a toda una banda dirigida por Gallier, compuesta de blancos y negros, para llevar a cabo su negocio de «protección».

El jurado, tras una corta deliberación, teniendo en cuenta las

confesiones del procesado, condenó a muerte a Gallier. Además de asesino, había sido traidor a la Policía, a los defensores de la Ley, y puesto en gran peligro la seguridad y tranquilidad de la ciudad al hacer que los negros fuesen hostiles a la autoridad y quisieran tomarse la justicia por su mano.

Ted fue a ver a Ruby, la maestríta adorada por los negros. La joven lo recibió con extraño azoramiento, como si temiera que el agente federal la dijese lo que ella estaba deseando, en medio de todo.

—Hemos conseguido que los padres de Hunt reciban una pensión o indemnización del Ayuntamiento, Ruby —dijo en tono alegre el agente especial—. Ya no estarán en la miseria. Es muy agradable saber esto, ¿verdad?

—Mucho —respondió ella con timidez—. También me ha alegrado el que haya sido un agente del F. B. I.

, el que descubriera lo que era Gallier y lo detuviese sin ayuda de nadie. ¿No le darán a usted algo por eso?

—Claro que no —repuso, riendo, Ted—. Ya me dan mi sueldo. ¿Me daría usted algo, Ruby, por haber hecho eso?

—Yo... —vaciló la muchacha, baja la mirada—. Le debo la vida, o algo que es mucho más valioso para mí, Ted. No podré olvidarlo nunca. En cuanto a darle algo, no sé... —sonrió con dulzura, mirando al joven—. No tengo nada, nada. No sé...

—¿Ni siquiera un poquito de cariño para mí, Ruby? —preguntó Ted, cogiéndola ambas manos entre las suyas—. ¿No ha pensado en si podría ser feliz estando conmigo, casándose conmigo? Esa idea no me deja dormir, Ruby.

—¡Como me sucede a mí! —exclamó ella, impulsivamente, rojas sus mejillas. Después apartó la mirada, confusa—. ¡Qué he dicho, Ted!... Bueno, la cosa no tiene remedio.

—Lo tiene. Casándonos, querida mía. Hemos coincidido en querernos, y eso solamente conduce a un fin. ¿Quieres?

—Sí, quiero.





200

CRÓMOS A TODO COLOR

Componen la magnífica Serie que presento por primera vez en el Mundo, la perfecta organización del

FEDERAL BUREAU OF INVESTIGATION

- Jefe de la Agencia Mayor y Cuartel General en Washington
- Formación: Fútbol, Deportes, Lucha, Investigación política y otros interesantes temas en la Academia de Quantico
- Laboratorios Científicos
- Métodos de los Agentes Especiales
- El F. B. I. en la II Guerra Mundial
- Hechos notables en su lucha contra: Falsificadores, Saboteadores, Gangsters, Espías y enemigos de los Estados Unidos
- Costumbres de los laboratorios atomicos



ALBUM del F. B. I.

para coleccionar esta espléndida Serie de Cromos, sobecladamente presentada, con orinales y otros grandes ilustraciones al medio precio de CUATRO pesetas

¡LUVIA de REGALOS!

En cientos de sobres encontrados VALDES que os daron derecho a recibir  
BALONES, PELOTAS  
Y OTROS VALIOSOS REGALOS

Adquirid en los buenos quioscos los sobres — con 3 cromos — por 30 céntimos

Pedidos a: EDITORIAL ROLLAN - San Bernande, 68

5 PESETAS

